

PUNTO DE VISTA

Año VI, número 18
Agosto de 1983
\$a 15

REVISTA DE CULTURA

CULTURA NACIONAL, CULTURA POPULAR

Definiciones y problemas
de la política y la historia
cultural en la Argentina



En torno de la cuestión cultural se han desplegado posiciones que reflexionaron sobre la Argentina como nación, sobre las relaciones entre estado y sociedad, sobre el poder de las representaciones simbólicas, sobre las redes que transmiten la hegemonía cultural y las formas de resistencia a esa hegemonía. No se trata, entonces, sólo de la cultura 'alta', sino también de las prácticas populares, sus formas or-

ganizativas, sus temas y modalidades; y de la cultura de los intelectuales, que no coincide siempre con la dominante y que ha ido trazando un perfil particular de la formación argentina. Se trata también del casi centenario debate entre cosmopolitismo y nacionalismo, en el que se juega hasta hoy un programa de lo que la cultura debe ser, junto con el cuestionamiento o la afirmación de grandes mitos nacionales.

Reportaje a Halperin Donghi

García Márquez y la cultura popular

Cuerpo y escritura de Kafka

Marx y América Latina: raíces de un desencuentro

Sobre ideología y discurso político: el fantasma de Althusser

Modelo del estado burocrático-autoritario



Daniel Moyano y las formas del exilio en la novela

PUNTO DE VISTA

REVISTA DE CULTURA

Año VI, número 18

Agosto de 1983

Consejo de Dirección:

Carlos Altamirano

María Teresa Gramuglio

Hilda Sabato

Beatriz Sarlo

Hugo Vezzetti

Directora:

Beatriz Sarlo

Diagramación:

Carlos Boccardo

Suscripciones

Argentina, un año 45 \$a.

Exterior, 6 números (correo aéreo),

25 U\$S

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de Vista fue impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Brasil 3215, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de la propiedad intelectual en trámite.

MATERIALES DE DISCUSION:

CULTURA NACIONAL Y CULTURA POPULAR

La formación cultural de la Argentina estuvo signada invariablemente por la presencia de fuertes voluntades políticas. Así, la cuestión cultural no parece haber sido sólo el tema de un debate académico, aunque se realizara en el marco de instituciones universitarias, sino más bien oportunidad para el despliegue de posiciones que, junto con la cultura, estaban reflexionando sobre la Argentina como nación, sobre los nexos entre estado y sociedad, sobre las relaciones de poder de las que la cultura no era sino una de sus manifestaciones. En 1835, ya se preguntaban Gutiérrez y Alberdi sobre qué bases lingüísticas, filosóficas, estéticas fundar una cultura argentina. La pregunta, casi un siglo después siguió conservando su vigencia y desde el *Martín Fierro* anarquista al *Martín Fierro* de la vanguardia la cuestión siguió estando abierta. Pero no sólo en el espacio de la cultura 'alta': las organizaciones políticas, sindicales, barriales, populares de los primeros cuarenta años de este siglo incidieron con sus prácticas y nuevas modalidades institucionales en la conformación de zonas —subordinadas, es cierto— de la cultura argentina. El peronismo puede decirse que galvanizó nuevamente posiciones: es así que durante toda la década del sesenta y comienzos de la siguiente, intelectuales de diferentes procedencia ideológica y política disputaron el derecho a definir los rasgos que serían esenciales a una cultura 'nacional' o 'nacional-popular' o 'popular', según los casos. Los nombres de Jauretche y Hernández Arregui se agregan desde esta perspectiva a los de Rojas, Martínez Estrada o Agosti. Los materiales que se publican a continuación intentan hacerse cargo de algunos temas del debate, desde perspectivas vinculadas a reflexiones e investigaciones en curso. A ellos nos pareció útil agregar un ensayo del uruguayo Carlos Real de Azúa en donde se puede leer seguramente un profundo esfuerzo de desmitologización de la problemática.

BEATRIZ SARLO

La perseverancia de un debate

Como categoría 'lo popular' tiene la singularidad de abrirse, por lo menos en la Argentina, hacia zonas inevitablemente contenciosas. ¿De qué se habla? ¿De objetos que por su origen, por sus rasgos, por su consumo, por su mundo de ideas, por su lenguaje, son populares? ¿De una tradición, quizás? ¿De líneas que se entrecruzan con otras, muchas veces opuestas? ¿O nos referimos más que a objetos, a prácticas sociales en las cuales esos objetos están implicados?

Categoría incómoda, en lugar de definir un ámbito suscita una serie de problemas: más que una categoría de objetos sería preciso pensarla como una *dimensión* del mundo simbólico. Dimensión dotada de una singularidad suplementaria: su inestabilidad está relacionada con otras dimensiones de este mundo. En la Argentina, especialmente con 'lo nacional'. Digamos, en primer lugar, que ésta también se manifiesta como una relación no siempre pacífica y que sólo el esfuerzo por establecer tradiciones culturales que incluyan ambas dimensiones produce la alianza de lo nacional y lo popular en prácticas, discursos y objetos que ni por su función, ni por sus rasgos, ni por la historia de su recepción, la legitiman siempre. Sinonimización de 'nacional' y 'popular' que, tomada irreflexivamente en todas sus consecuencias, puede llegar a afirmar que discursos 'nacionales' reaccionarios y antipopulares como el de Leopoldo Lugones pertenecen a la misma genealogía popular que el *Martín Fierro*, que a Lugones le sirve de objeto de reflexión. El ejemplo no es arbitrario: al releer uno de los textos fundadores del nacionalismo populista en el campo de la cultura, como *Imperialismo y cultura* de Hernández Arregui, se comprueba con facilidad la benevolencia excesiva hacia Lugones y Gálvez,

en tanto escritores 'nacionalistas', y el encono que despiertan los proyectos democratistas populistas de Boedo, porque serían manifestaciones poco atentas a la dimensión nacional de la cultura.

Hernández Arregui razonó la cultura desde la política. Fue la política la que le proporcionó enemigos, aliados, héroes, a cuyo modelo la cultura argentina se adaptaría con una docilidad que pone en dudas por lo menos sus dimensiones más específicas. Agréguese a esto que no siempre resulta aceptable la versión de la política que proporciona su patrón a la organización de los hechos culturales. Y, como complicación suplementaria, la idea de que es posible trazar líneas culturales unívocas que definirían, desde la colonia hasta la fecha, el mundo de las representaciones simbólicas y de las prácticas correspondientes. Un proyecto animado por esta confiada ambición se demuestra, por lo general, poco sensible a las particularidades, a los matices y, a menudo, a la empiria misma. Genealogías nacional-populares, genealogías 'liberales' o genealogías 'progresistas' se necesitan mutuamente porque unas no pueden armarse sin el espejo de las otras: han sido manifestaciones ideológico-políticas en el espacio de la cultura. Este último rasgo no desanima, por supuesto, a quien no pretenda una neutralidad imposible. Pero no hay razón para optar por ésta o por una no menos hipotética objetividad transocial. Es necesario pensar una relación crítica que esté en condiciones de *desagregar* estos linajes cultural-políticos, sin olvidar, al mismo tiempo, que su construcción ha respondido a imperativos y necesidades del campo intelectual y del debate ideológico, y que, en tanto respuesta a esos requerimientos, los linajes han sido no sólo cristalizaciones que distribuían los lugares y los sujetos

del pasado cultural, sino elementos activos en la producción de nuevos discursos y representaciones. En su calidad de elementos activos del sistema estético, los linajes culturales tienen el derecho de ser juzgados por lo que producen: obras, prácticas, figuras de escritor o de artista. En tanto líneas de interpretación historiográfica (que, además, tienden a dividir el campo de la cultura según trincheras cuya lógica responde casi obsesivamente a la del conflicto político) están sometidos, como otros discursos, a las pruebas de la empiria, la argumentación y el análisis de sus presupuestos.

El gesto de trazar un linaje tiene, casi siempre, algo de anacrónico, en la medida en que el pasado se valora y se juzga desde la perspectiva fundadora del presente: el 17 de octubre resemantiza a la Vuelta de Obligado y Perón resemantiza a Yrigoyen y a Rosas; del mismo modo, el peronismo de Manuel Gálvez contribuye a que se lea sin encono su nacionalismo católico de inspiración francesa; inversamente, el anti-peronismo de Martínez Estrada es responsable de que se desvanezca una de las acusaciones más formidables sobre la constitución de la Argentina moderna y su consolidación territorial basada en las expediciones a lo que se denominó, negando al indio, "el desierto". Canal Feijóo señalaba el anacronismo del nacionalismo cultural cuando se reivindicaba hispanista, como si la imposición de la cultura española hubiera operado sobre un espacio vacío; en este caso, por cierto remoto, el nacionalismo se demuestra menos ferozmente anticosmopolita, que cuando se trata de evaluar los datos de importación cultural que le son contemporáneos.

Los linajes traducen una doble pretensión: la de organizar el pasado en función del presente (y de sus necesidades políticas) y, al mismo tiempo, excluir otros linajes del campo de la legitimidad cultural. En este sentido, el caso argentino es particularmente ilustrativo, por la nitidez del enfrentamiento entre sus partidos culturales, que suelen intercambiar acusaciones casi simétricas. Tomemos la de cosmopolitismo, que es una denominación compleja: adjetiva no sólo la actividad de 'importación' cultural sino



la ilegitimidad de esa práctica, en la medida en que el cosmopolita desplazaría materiales productivos nacionales que, errónea o perversamente, juzga insuficientes; opta no sólo por lo extranjero frente a lo nacional, sino por lo no popular o, dicho fuertemente, por lo antipopular: lo extranjero es, desde la perspectiva que se afirma como única nacional, una máquina ideológica de conspiración contra las fuentes populares de la cultura. La satanización del extranjero, característica del nacionalismo blanco de las primeras décadas de este siglo, encontraba su razón en que cuestión nacional y cuestión social aparecerían conjuradas por el inmigrante obrero que se establecía en Buenos Aires; un poco más tarde, el nacionalismo antimperialista alteró el sistema de equivalencias y lo extranjero quedó adherido al capital inglés y los considerados sus aliados locales; ya en los sesenta, las teorías dependencistas se proyectaron desde la

economía sobre el campo cultural. La hipótesis de la "dependencia cultural" se convirtió en principio omniexplicativo que, en esta ocasión, tuvo la virtud de ser utilizado tanto por intelectuales de izquierda como por los de la zona nacional-populista. Lo que estuvo en debate en estos tres momentos fue, en realidad, un mismo derecho: el de tutelaje sobre la importación cultural. En este sentido, el Burke de Rosas no es menos extranjero ni menos reaccionario que el Cousin de Echeverría, pero, detrás de la escena, se sopesan las intenciones y, caso a incorporar al manual de zonceras argentinas, se dice tranquilizadoramente: "cosmopolitas son los otros" (los otros: quienes leen otros libros extranjeros y arman otro sistema de traducciones).

El del cosmopolita es un lugar, no un conjunto de rasgos estabilizados, sino más bien una pretensión a la legítimi-

dad ideológica y cultural que pone en cuestión otras pretensiones. En la Argentina del siglo XIX, un sintagma político célebre unió las calificaciones de salvaje y extranjero; sesenta años después, la barbarie interna pasaba a estar constituida por el inmigrante y por su cultura política, y el salvaje seguía siendo en consecuencia un extranjero. La revista *Martín Fierro* y las del grupo de Boedo intercambiaron simétricamente la acusación mutua de cosmopolitismo, porque traducían y producían a partir de sistemas literarios, aunque igualmente extranjeros, diferentes; y porque la lengua de los "escritores sociales" no les parecía suficientemente argentina a los de la vanguardia. Hasta hace unos pocos años, se consideró más alejado de la dimensión cultural popular al criollismo urbano de vanguardia producido por Borges en los veinte, que el casi contemporáneo de Homero Manzi. La explicación de esta opción incomprensible, es

exterior a la literatura, porque los linajes culturales son alternativas donde la ideología y la política reclaman su derecho sobre el campo de los bienes y representaciones simbólicos. Derecho que no puede menos que reconocerse en la medida en que su discurso sea explícito y la modalidad de su intervención no implique la tendencia imperial de la ratio política a pulverizar otras razones.

La otra oposición que define linajes es la de (según una de las fórmulas canónicas) cultura de elite y cultura popular. Nuevamente en este caso, el concepto de *dimensión* popular de la cultura, que se propuso más arriba, tiene la ventaja de no presionar al análisis o a la historia cultural a presuponer una *sustancia popular* cuya realización en los bienes simbólicos crearía un continente homogéneo y excluyente. Está bien lejos de serlo, salvo que se presuponga al pueblo como una entidad homogénea, un sujeto colectivo poseedor, por naturaleza, de cualidades inmanentes, en lugar de un espacio, fracturado históricamente, en el que se combinan las tendencias a la autonomía con discursos y prácticas provenientes de la hegemonía ideológica y cultural de otros sectores sociales; un espacio también fracturado por especificaciones que surgen de la existencia de minorías sexuales, generacionales, geográficas, étnicas, que han producido y siguen produciendo diferentes modalidades de apropiación de los bienes culturales. En resumen: una identidad que se define y se reforma, precisamente, en su proceso de construcción.

La oposición cultura de elite-cultura popular presupone, con la misma falta de razones, la estabilidad de la elite y, lo que es quizás más grave, también su homogeneidad ideológica y estética. A un campo intelectual como el argentino, caracterizado por la variedad y, a menudo, la inestabilidad de las fracciones, es difícil magnetizarlo, si se quiere conservar cierta fidelidad a los hechos, en dos grandes bloques. Debería ser posible discriminar elementos heterogéneos tramados en un mismo discurso; también la variación de una misma forma incluida en sistemas discursivos e ideológicos

diferentes hace posible la copresencia de distintas estrategias de apropiación cultural. Un registro que organice la cultura según un modelo esquemático incluso para sociedades más simples que la argentina, tiende a concebir a los objetos culturales como espacios inertes tanto histórica como sincrónicamente. Renunciar a la oposición simple cultura de elite-cultura popular no equivale por supuesto a ignorar que ciertos discursos y prácticas requieren, por su sofisticación, un conjunto de destrezas que es condición social de su consumo; tampoco equivale a afirmar que en la cultura argentina no exista, junto con lo que hemos propuesto llamar *dimensión popular*, una flexión hipercultivada, cuyos contenidos ideológicos no son, por otra parte, necesariamente antipopulares. O a la inversa, formas discursivas compuestas sintonizando la *dimensión popular*, cuyos materiales ideológicos son una muestra de reaccionarismo político o moral. Es grave, también, pasar por alto el curioso fenómeno por el cual, en la Argentina, la cultura dominante no es invariablemente cultura de elite, ni se confunde con la cultura de los sectores más avanzados del campo intelectual, no importa cuál fuera su peso relativo en el interior de éste. Inversamente, la cultura hegemónica (que fácilmente se confunde con cultura de elite) no ha demostrado sino su capacidad para degradar y empobrecer las representaciones, mitos y prácticas de la elite cultural, incluso de la elite cultural tradicionalmente considerada —simplificando lo que es de por sí complicado— parte de las clases dominantes.

Para intentar la desagregación de los linajes culturales, y una reclasificación de su espacio, es preciso, entonces, renunciar a algunos presupuestos: 1. el de una 'identidad popular' inmutable y sustancial, que se manifestaría en una línea continua en el campo de la cultura; 2. simétricamente, el de una elite intelectual, despojada por definición de las dimensiones nacional y popular; 3. el de una simbiosis inevitable de las dimensiones nacional y popular, simbiosis que la observación de los hechos, prácticas y discursos culturales se empeña en desmentir, demostrando que ambas dimen-

siones plantean básicamente el problema de cómo construirse en una trama; 4. el de una concepción fijista de las formas culturales, que pasa por alto el cambio de su función y que, en consecuencia, deshistoriza el proceso de préstamos, influencias y contaminaciones producido entre discursos y prácticas culturales heterogéneos ideológica y socialmente.

En su historia, ese artefacto complejo: la cultura argentina se construyó según procesos de imposición y destrucción de elementos culturales preexistentes y según cursos de importación de instrumentos ideológicos y formales. Ello parece haber resultado en un sistema cultural moderno, que no excluyó la violencia, pero que al mismo tiempo dotó a los intelectuales de una conciencia aguda de las implicaciones sociales y políticas de su práctica. La ausencia de un mandarinado que avalara la tradición, creó esa cualidad inquieta y disconforme del campo intelectual y esa tensión, nunca resuelta pero nunca abandonada, entre las prácticas culturales y el campo político. A esa tensión responde tanto la preocupación de estas notas como la persistencia del debate en el que ellas pretenden intervenir.

ESCRITURA

Teoría y crítica literaria

Consejo de Dirección

Angel Rama — Rafael Di Prisco

Año VI, Nº 11

I. PROBLEMAS
DE TEORÍA LITERARIA
II. LITERATURA
LATINOAMERICANA

Correspondencia a: Apartado 65603, Caracas 1066-A, Venezuela

CARLOS ALTAMIRANO

Algunas notas sobre nuestra cultura

"Para una perspectiva, insistimos, en la que la nación existente a fines del siglo XIX fue un fruto del proceso histórico y no la tardía formalización de una realidad ya existente al filo de la independencia..."

José Carlos Chiaramonte

"La doctrina romántica de un espíritu del pueblo originario, que actuara en lo profundo de la historia como demiurgo de toda la realidad cultural, tanto política como de cualquier otro carácter, no tiene sustentadero alguno en la historia y pertenece al reino de la mala metafísica".

Hermann Heller

Desde que adquirió plena ciudadanía en las lenguas occidentales modernas (y el fenómeno no va más allá del siglo XIX)¹, la palabra cultura no ha dejado de suscitar definiciones y empleos controvertidos. Compitiendo, superponiéndose u oponiéndose a otra, "civilización", el término cultura vuelve a suscitar siempre la cuestión de su ámbito —amplio o restringido— de pertinencia. Tal vez ocurra con él lo que según Adorno ocurre con los términos del lenguaje filosófico, que son títulos para "problemas, y no designaciones unívocas e irreversibles de cosas unívocas e irreversibles".²

La antropología, que lo adoptó para definir con él su objeto por excelencia, le dio una acepción amplia que contribuyó a sacudirle un poco el aire aristocrático de que se rodeó y del que todavía no se ha despojado del todo: la cultura como saber de los ilustrados, culti-

vo de las artes y de las "bellas letras". Pero ni la antropología ni las ciencias sociales que fueron tras su definición han quietado la vida pública de esta palabra. Ella se encuentra, como otras palabras, demasiado entretejida con las divisiones y los conflictos del mundo contemporáneo como para que su empleo sea unánime. Porque ha sido dentro de las sociedades modernas y sobre todo respecto de ellas que la palabra cultura, en sus usos "profanos" y "científicos", se tornó a la vez corriente y poco pacífica. No tengo, pues, la ilusión de ingresar como árbitro en este terreno controvertido. Solo quiero dar cierta versión del modo en que se ha anudado la formación cultural argentina, una sociedad que durante todo el siglo XX no ha dejado de interrogarse acerca de su identidad como sociedad nacional.

Referirse a la cultura argentina, se piense en la literatura de los intelectuales o en los deportes populares, es referirse a una formación periférica derivada de la expansión europeo-occidental. Para bien o para mal, es decir, como quiera que se lo juzgue, esa localización en el ámbito de la occidentalización es para nosotros un dato radical. La conquista, la ocupación colonial y el trasplante europeos: tal es el punto de partida de la constitución histórica y cultural de lo que en el curso del siglo XIX habría de convertirse en el estado nacional argentino. A diferencia de otras áreas (incluso latinoamericanas) sometidas a la acción colonial europea, en el espacio que terminaría por erigirse en región dominante de la vida económica y política del país no preexistían focos

civilizatorios poderosos, ni poblaciones estabilizadas y políticamente cohesionadas. Sólo comunidades nativas dispersas. El movimiento de imposición y transferencia de la conquista convirtió a este laxo tejido prehispánico en un hecho marginal dentro del área rioplatense. Siglos más tarde, las sucesivas "conquistas del desierto" completarían la obra y, a la hora de consolidación del estado nacional, las regiones donde las culturas indígenas habían sido más fuertes y complejas se articularían como áreas subordinadas respecto del centro alojado en el Litoral. "Al primer disparo de arcabuz en el río de la Plata, hecho en interés de España y por la soberanía española, responde tres siglos y medio después, como un eco que repercute a través del tiempo y la distancia, el último estampido del rémington, en las soledades de la Patagonia, o en las selvas del Chaco, disparado en nombre de la soberanía argentina".³ El eco del que habla José J. Biedma es, en realidad, el de la certidumbre heredada y compartida por todas las fracciones que se disputarían el control y la orientación del conglomerado político surgido del movimiento independentista: la certidumbre de que la nueva nación pertenecía al "mundo de las naciones cristianas" (Halperin Donghi).

Con la expansión española navegaron también relaciones sociales, universos simbólicos, instituciones, la lengua y los modos de usar la lengua. De la implantación de esas matrices culturales, de su reajuste y de los "compromisos" que trabaron con el legado prehispánico habrían de surgir los núcleos urbanos y su periferia rural, la ciudad y el campo de la era colonial y de la Argentina "criolla", esos dos mundos socio-culturales cuyas complejas relaciones se mezclarían con la línea de conflictos regionales que caracterizó la vida histórica de los pueblos rioplatenses después del derrumbe de la administración española y durante gran parte del siglo XIX. Como señala José Luis Romero, quien lo juzga un rasgo común a toda la experiencia latinoamericana, ciudad y campo condensan dos formas, dos estilos, dos mundos ideológicos configurados por el proceso de criollización del transplante

europeo en este territorio.⁴ Las dos obras más densas y significativas de la literatura argentina del siglo XIX, *Facundo* y *Martin Fierro*, pueden ser remitidas a cada una de esas dos constelaciones culturales. Es verdad que ni la ciudad ni el campo eran homogéneos desde el punto de vista social y que dentro de los núcleos urbanos es sobre todo en los círculos letrados de la clase "decente" donde habría de tomar cuerpo aquel espíritu de la ciudad.⁵

La institución de una cultura colonial tendría, pues, como reverso un proceso de "criollización" de sus componentes según grados y estratificaciones diversos. Este movimiento de criollización de elementos y significaciones transferidos (el folklore argentino es un arsenal de ejemplos), operaría con arreglo a una dialéctica de transformaciones y desplazamientos que perduraría en las relaciones con el mundo europeo después del fin de la dominación española. El "proceso transculturador, escribe Angel Rama a propósito de toda América Latina, se evidencia en los desplazamientos que registran los *corpus* doctrinales al cabo de un extenso período de acriollamiento, posterior al ingreso desde el exterior. La transformación que sufren en ese acriollamiento, que concluye identificándolos con la nacionalidad o la región, puede ser ilustrada por la religión católica, que es la que cuenta con mayor tiempo de asentamiento y más honda penetrabilidad popular".⁶

Ahora bien, aunque las estructuras culturales derivadas del ciclo colonial español crearon algunos lazos unitarios más o menos fuertes entre los pueblos rioplatenses, ninguna de ellas podía producir "naturalmente" identidades de carácter nacional. Para que fueran cristalizando como tales fue necesario que primero emergiera la apelación patriótica contra "otros" (la revolución, pero sobre todo la guerra de independencia y la movilización para la guerra constituyeron la primera experiencia nacional para todas las clases criollas), y después la construcción de un centro político-estatal dotado del suficiente poder para "unificar" (incluyendo/excluyendo) el heterogéneo cuerpo de la sociedad local.

España no era, por supuesto, la Euro-

pa del capitalismo, de las revoluciones burguesas y del liberalismo político. A esta Europa de la "modernidad" se ligaría abiertamente el país después de 1852. Pero ya antes, y sobre todo a partir del movimiento independentista, la experiencia de esa otra Europa estuvo presente en el horizonte político e ideológico de los círculos ilustrados, quienes derivaron de allí la asimilación de la idea nacional con la construcción de la nación-estado. ("La nación, tal como la entendemos hoy, fue desconocida en la Edad Media, y todavía en el siglo XVIII los vínculos eclesiásticos y dinásticos aparecían en la política mucho más fuertes que aquellos nacionales. . . Es a partir de la Revolución Francesa y del imperalismo napoleónico, y al principio como reacción contra éste, cuando las naciones, en creciente medida, aparecen como las más pujantes fuerzas formadoras de Estados"⁷.) De ese mundo de la burguesía triunfante, al que se había incorporado el ejemplo de los Estados Unidos, extrajeron también sus modelos las fracciones de la élite social y política que en la segunda mitad del siglo XIX lanzarían al país por la vía de la "civilización" y el "progreso": constitucionalismo liberal e incorporación plena y deliberada a la división internacional del trabajo. Aunque los resultados no estuvieran a la altura de los proyectos —y aquí pesaron tanto los intereses externos como los intereses locales que le dieron su configuración definitiva al estado nacional—, ello sólo se vería más tarde. De cualquier modo la Argentina criolla se trastocó profundamente. Durante las décadas de la "era aluvial" (Romero), Europa no se introdujo en la sociedad argentina únicamente a través de sus mercancías, sus capitales, el prestigio de sus instituciones políticas y económicas, el eco de sus formas culturales, sino también a través de la masiva inmigración que produjo una población nueva en Buenos Aires, en algunos conglomerados del Litoral y en sus respectivas periferias rurales.

Este injerto europeo, que provocaría una corriente de tensiones en el cuerpo de la sociedad nativa y, en algunos círculos intelectuales de "criollos viejos", la inquietud por los problemas de la iden-

tidad nacional, era un componente esencial del programa con arreglo al cual se llevó a cabo el proceso de la modernización. Este programa contenía una doctrina cultural que Canal Feijóo resumió en tres tesis o "teorías" básicas: 1) la teoría del "desierto", una noción negativa que definía como naturaleza incul-ta la parte ocupada por el indio o por la historia colonial española (en realidad, la cultura rural criolla): era lo que había que arrasar o conquistar; 2) la teoría de que "sin grandes poblaciones no hay cultura"; 3) la teoría de que la 'planta de la civilización no se propaga por semilla sino por extrema lentitud; es como la viña, que prende y cunde de gajo'.⁸

La urbanización, la alfabetización, la emergencia de las clases y los conflictos de las sociedades capitalistas, la constitución de un mercado de bienes simbólicos, el esbozo de un campo intelectual (Bourdieu) y las primeras manifestaciones de lo que más tarde se llamaría "industria cultural": tales fueron algunos de los resultados de la acción orientada a darle proyección práctica al programa de la modernización y a su correspondiente doctrina cultural. (Este proceso "realizó", por decirlo así a) la supremacía de una región y una ciudad, Buenos Aires, el *locus* por excelencia de la cultura moderna; b) el poder social de una clase —la "oligarquía"—, que había enganchado sus intereses con los del imperialismo británico; c) la hegemonía ideológica del liberalismo. Sin que se puedan anudar síntesis cómodas entre estas tres instancias, porque, por ejemplo, sería en nombre del pleno cumplimiento de la Constitución liberal que el radicalismo jaquearía, primero, y derrotaría después, al régimen conservador controlado por la oligarquía).

Según Eric Wolf, "algún tipo de transculturación interna debe encontrarse en la base de cada nación moderna".⁹ En la Argentina el Estado y sus instituciones, desde la escuela al ejército, fueron los agentes principales de esa acción transculturadora orientada a inculcar, pero también a desarraigar, a subordinar o a absorber hábitos y significaciones culturales en función de la amalgama de "orden y progreso" que, sobre todo a partir de 1880, resumió el espí-

ritu dominante de una república oligárquica. La acción fue sistemática y se ejerció tanto sobre las clases populares de origen criollo como sobre las recién incorporadas por la política inmigratoria. Respecto de estas últimas, la eficacia integradora de la transculturación fue muy grande si se la compara con la experiencia de los Estados Unidos: no se formaron aquí "subculturas étnicas persistentes, como ocurrió en aquel país, en las que el origen nacional se conserva como parte de la identidad. No hubo, ni hay en la Argentina italo-argentinos, hispano-argentinos o polaco-argentinos, como existen *italo-american* o *irish-american*, etc., en los Estados Unidos (aún después de tres o cuatro generaciones)".¹⁰

Entonces, si bien, como se suele decir, la empresa de la modernización del país se llevó a cabo "mirando hacia Europa" y traduciendo hacia adentro doctrinas e instituciones (no sólo políticas o económicas o estéticas, sino también militares) tomadas del "ejemplo europeo", todo ello no debe hacer olvidar la dimensión *nacional* del esfuerzo por consolidar un centro de hegemonía local, correlativo de un sistema de dominación interior.

Ninguna acción transculturadora, por sistemática que sea, produce únicamente lo que persigue: la resistencia, la retención o la sola heterogeneidad del mundo social sobre el cual se ejerce bastante para provocar los desajustes, los desvíos o las formaciones culturales derivadas que no entraban en los proyectos. Además, aunque el proceso modernizador fue bastante potente como para generar e inculcar imágenes y símbolos de identificación colectiva (al menos en la región dominante de la sociedad argentina), trajo también consigo las divisiones y los conflictos que le son inherentes.

La formación en las primeras décadas de este siglo de un "campo intelectual" (Bourdieu) precario, pero crecientemente diferenciado de las funciones de la política y la diplomacia, cuyo surgimiento se ligaba a la complejización de la división del trabajo y a las primeras modalidades de la profesionalización literaria, habría de crear el espacio de una cultura "ilus-

trada" donde resonaría el eco del debate ideológico y estético de las metrópolis europeas. Pero ese eco filtraría también las condiciones, los problemas y los conflictos de la sociedad argentina. Entre ellos el de la identidad nacional en proceso de redefinición por el fenómeno inmigratorio y las agitaciones plebeyas que las relaciones capitalistas traían consigo. Así, será dentro de ese espacio "ilustrado" donde surgirán, por iniciativa de los miembros criollos de la élite intelectual, los programas de nacionalismo cultural y la búsqueda de valores y significaciones autóctonos aptos para dotar de unidad a un cuerpo social que se percibe amenazado por el "cosmopolitismo". La dialéctica entre europeísmo y nacionalismo cultural habría de convertirse, desde la primera década de este siglo, en una problemática recurrente del campo intelectual argentino, alimentando algunos de sus debates y buena parte de la ensayística sobre la identidad o el "ser nacional".

Los núcleos activos de las clases populares, sobre todo los de sus contingentes de origen inmigratorio, también adoptarían y adaptarían instituciones y medios de producción cultural derivados del "ejemplo europeo" (desde la organización sindical al periodismo obrero, pasando por la articulación directamente política de sus reivindicaciones), ya para impugnar o resistir la dominación social, ya para estructurar formas diferenciadas de identidad social en el interior de la Argentina modernizada. En esta sociedad "aluvial" y como parte de ella, existía asimismo un filón criollo de cultura popular cuyo eco, más o menos transformado, se abriría camino en el nuevo espacio urbano. Este fermento de formas y significaciones que remitían a la Argentina "criolla" no aparecería únicamente en el campo cultural de las clases subalternas, sino que se mostraría activo también en el mundo literario de los grupos intelectuales. Elocuente es en tal sentido el arco que recorre el nombre *Martin Fierro* desde el suplemento literario del periódico anarquista a la revista de vanguardia de los años veinte, en tanto revela inmediatamente la polivalencia de la figura simbólica del gaucho en el ambi-

to de y en relación con la Argentina moderna. Podría decirse que el legado cultural criollo funcionó, dentro del área de la modernización, como una formación "residual" en el sentido que Raymond Williams le atribuye a este término. Para Williams, residual no es sinónimo de arcaico o de supervivencia. Se trata de un cuerpo de significaciones que si bien se han formado en el pasado, y tienen un lugar subordinado dentro de la constelación cultural dominante, su presencia es todavía activa en el proceso cultural, como elementos del presente y no del pasado. Así operaría el complejo de hábitos, experiencias y valores que componían el legado criollo frente al liberalismo positivista que dominaba el espíritu de la modernización y sus instituciones: activo en relación con los cambios, las presiones y los conflictos que el "progreso" acarrearía consigo. La canción popular, la literatura, el teatro y, más adelante, el radioteatro y el cine, encontrarían allí una reserva de temas y estereotipos disponibles para los usos más diversos.

Si el triunfo del radicalismo, en 1916, puso fin a la república oligárquica, la hegemonía del liberalismo en el campo intelectual comenzaría su proceso de declinación en la década del 30, acompañando el retorno del bloque conservador al poder político y la primera gran crisis del país agroexportador, próspero y dependiente, que había sido puesto en marcha cincuenta años antes. Crisis en las metrópolis y crisis local, crisis económica, política e ideológica: todas estas dimensiones se entrecruzaron y se potenciaron para crear el clima de malestar y de crítica hacia la Argentina posterior a 1880, hacia los *founding fathers* de la tradición liberal (Sarmiento, Alberdi, Mitre) y hacia la codificación que ésta había hecho del pasado. La del 30 es la década de los grandes ensayos sobre el "ser nacional" (*El hombre que está solo y espera*, *Radiografía de la pampa*, *Historia de una pasión argentina*) y la década en que el revisionismo histórico cristaliza como tradición intelectual. Sería superficial liquidar las diferencias que van desde la posición de Eduardo Mallea a la de Ernesto Palacio o Ramón Doll, y lo mismo podría decirse acerca



Leónidas

de la distancia que media entre los hermanos Irazusta y Martínez Estrada, pero en todos ellos puede reconocerse el eco de un tema que estaba en el aire: la certidumbre de que el país se había constituido mal y que el rumbo que habían seguido la modernización y el progreso era parte de esa mala constitución. La contraposición maurrasiana entre un *pays réel* y un *pays légal* habría de alcanzar desde entonces una amplia fortuna como clave interpretativa de los "males argentinos".

Que los nacionalistas no menos que los otros hallaran, para su crítica de la tradición liberal, estímulo e inspiración ideológicos en el debate intelectual europeo —el nacionalismo del grupo de la Action Française fue uno de los focos ideológicos más prestigiosos—, no haría sino ratificar la situación estructuralmente ambigua de los *literati*

argentinos y su cultura frente al mundo cultural europeo, a cuyo arsenal recurren no sólo aquellos para quienes las metrópolis hegemónicas realizan el paradigma de la civilización, sino también sus críticos, es decir los que pretenden o buscan dar cuenta de la "desnacionalización" intelectual producida por el europeísmo de élites. Por otra parte, todos esos estímulos y préstamos, reconocidos o simulados, sólo alcanzaron efectos y realizaciones perdurables cuando se engranaron con las contradicciones de la dinámica social y política local, alimentando tradiciones intelectuales preexistentes o proporcionando temas e instrumentos para tensiones que hasta entonces carecían de articulación ideológica.

Los avatares del "progresismo laico", otro de los personajes de la escena intelectual argentina, a mitad de camino en-

tre el liberalismo iluminado, reformista, y la izquierda, socialista y comunista, acompañarían cada vez más estrechamente las vicisitudes de ésta, según un itinerario que la trayectoria de Aníbal Ponce ilustra bastante bien. Más adelante, la Segunda Guerra Mundial y sobre todo el peronismo provocarían nuevos alineamientos entre los *literati* argentinos y el liberalismo recompondría temporariamente su lugar tutelar en el campo intelectual. Pero, después de 1958 aquél no haría sino retroceder hasta identificarse lisa y llanamente con el conservadorismo social, político y cultural: basta leer sus grandes diarios, *La Nación* y *La Prensa* y sus respectivos suplementos dominicales.

El proceso histórico argentino posterior a la década del 30, en primer lugar la intensa experiencia social y polí-

tica que tomó forma en el peronismo como régimen y como movimiento de masas, conmovería las cristalizaciones culturales del ciclo precedente, si bien esto sólo se habría de hacer evidente para todos después de 1955. Las migraciones internas que acompañaron el crecimiento de la industria y que desplazaron amplios contingentes populares de las áreas rurales y de las regiones marginadas del proceso modernizador, tendrían un papel revulsivo casi equiparable al que había tenido la inmigración de ultramar. Esta nueva presencia plebeya, las modalidades que asumió su "ciudadanización", tanto desde el punto de vista institucional como político, cuestionarían certidumbres arraigadas no únicamente en las élites del *establishment*, más conservador y autoritario que liberal, sino también en el "progresismo" que constituía la cultura de los núcleos activos de las capas medias urbanas. Del cuestionamiento tampoco saldrían indemnes los grupos y las organizaciones que se situaban a la izquierda del espectro ideológico.

No se puede afirmar que el ciclo iniciado en los años 40 esté concluido, pero ha producido ya duraderas cristalizaciones culturales. La más notoria: la emergencia de una identidad política e ideológica dominante en las clases populares, el populismo nacionalista. La constelación ideológica populista, que adquirió sus rasgos definitivos bajo la experiencia de la proscripción política y las cruzadas antiperonistas posteriores a 1955, no quedaría confinada en el mundo de los trabajadores y de las clases subalternas. Poco a poco, primero, y aceleradamente desde la segunda mitad de la década del 60, el populismo nacionalista se convertiría en polo de referencia para una fracción cada vez más numerosa de intelectuales provenientes de las capas medias progresistas, es decir de aquellos sectores que habían vivido de manera más dramática y ambigua sus relaciones con el movimiento que incluía a la mayoría de las clases populares. Se generaría así una corriente orientada a reinterpretar el mundo cultural de las clases subalternas, a la búsqueda de una identidad nacional-popular y a la elaboración correlativa de una tra-

dición intelectual, con sus antepasados y sus escritores "malditos" (Discépolo, Jauretche, Manzi, Scalabrini Ortiz, etc.).

En suma, la cultura argentina "no es una esencia sino una historia". Una historia nada apacible que ha agregado en un espacio que en el curso del siglo XIX se definiría como territorio del estado nacional, y según una secuencia frecuentemente coercitiva, las matrices y las técnicas culturales del mundo europeo-occidental (en su faz colonial española, primero, en su faz capitalista noratlántica, después). Esas matrices y esas técnicas, que no eran homogéneas y a menudo se superpusieron, operaron en la formación de la cultura de las élites, como en la cultura de las clases subalternas. Las inflexiones que el proceso local introdujo en los elementos recibidos, a través de la "criollización", el sincretismo o la incorporación a los conflictos sociales y políticos de la historia argentina, los convirtieron en parte de nuestra cultura. Esas inflexiones no obedecieron necesariamente a programas deliberados de originalidad; a menudo fueron el efecto de operaciones menos controladas y controlables como los que le dieron forma a los rasgos del castellano rioplatense, cuyos "vicios" no pudo corregir una larga y sistemática prédica escolar.

La noción de cultura nacional apunta a la existencia de un campo de significaciones compartidas interclasistas dentro de una sociedad de clases, y capaces de producir identificaciones más o menos colectivas. El Estado nacional, sus instituciones, y las clases que a través de ellos contaron con el poder para definir el orden social legítimo jugaron, sin dudas, un papel decisivo en la configuración de ese campo de significaciones. Desde este punto de vista, las cosas no ocurrieron en la Argentina de un modo diferente al de otras sociedades capitalistas. Pero ninguna clase o grupo dominante controla todos los procesos y las formas de significación de un pueblo y sería erróneo hacer de cada uno de los elementos que ingresan en la configuración de una cultura nacional nada más que el eco de la dominación de clase. Los procesos de incorporación

y absorción de significaciones culturales no circulan en una sola dirección y sus productos no son unívocos.

Si la cultura argentina no es una esencia, sino una historia, esa historia es también la de la formación de sus constelaciones ideológicas y de sus tradiciones intelectuales, entendiendo por tales no la prolongación o la repetición de lo mismo, sino operaciones activas de construcción y reconstrucción ante los desafíos de la sociedad y ante los desafíos de las otras tradiciones, hegemónicas, residuales o emergentes. En fin, es la historia de sus transformaciones, pero asimismo la de sus obsesiones (arraigo/desarraigo de sus élites, autenticidad/inautenticidad de sus productos cultivados, provincianismo/cosmopolitismo, etc.) y de la reflexión sobre sus "males".

¹ Ver la introducción de Pietro Rossi a AA.VV., *Il concetto di cultura*, Turin, Einaudi, 1970, y la voz "culture", en R. Williams, *Keywords*.

² *Terminología filosófica*, Madrid, Taurus, t. II, p. 10.

³ Citado en David Viñas, *Indios, ejército y fronteras*, México, Siglo XXI, 1983, p. 45-6.

⁴ José Luis Romero, "Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías", en *Las ideologías de la cultura nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

⁵ Ver Luis Alberto Romero, *Buenos Aires: la sociedad criolla, 1810-1950*, Buenos Aires, PEHESA-CISEA, 1980.

⁶ Angel Rama, *La transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, p. 72-3.

⁷ Hermann Heller, *Teoría del Estado*, México, FCE, 1968, p. 179.

⁸ Bernardo Canal Feijóo, *Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional argentina*, Buenos Aires, Institución cultural española, 1944, p. 47-8.

⁹ Citado en Edelberto Torres Rivas, "La nación: problemas teóricos e históricos", en AA.VV., *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981, p. 115.

¹⁰ Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1975, p. 104-5.

PEHESA

Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana*

La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica

En nuestro país el tema de la cultura popular remite a un terreno controvertido en el que tradicionalmente la discusión se ha polarizado en torno de dos concepciones principales. Una de ellas tiende a considerar a la cultura popular como una mera imagen degradada o retrasada de la cultura dominante, y a los sectores populares como una blanda arcilla modelada desde arriba. Actitud pasiva y refleja de las clases subordinadas, cuya contracara se halla, en esta versión, en la voluntad manipuladora de los poderosos, encarnada en los aparatos del estado, en los medios masivos de comunicación. . .

La otra perspectiva, en cambio, concibe a la cultura popular como inmanente, pura e incontaminada, resistente a cualquier influencia "externa". Esta visión, que es retomada de la tradición romántica por el populismo, presupone la existencia de un universo simbólico cerrado, un espacio homogéneo y claramente definido, que se plantea como alternativa antagónica a un segundo universo, continente de todo lo que se considera cultura "no popular". El mundo de las representaciones simbólicas aparece así claramente dividido en dos sectores opuestos y enfrentados, cuyas raíces —como señala Beatriz Sarlo— se hacen remontar al origen mismo de nuestra sociedad. En esta versión, la antinomia popular-antipopular no se identifica necesariamente con la de subordinada-dominante y en cambio aparece muchas veces superpuesta con aquélla que enfrenta a la nacional con la antinacional.

Así planteado, el debate deja escaso margen para las preguntas. Más bien nos

ofrece soluciones, alternativas excluyentes que han servido más para fundamentar posiciones político-ideológicas previamente adoptadas que para avanzar en la comprensión del objeto tratado, la cultura popular.

Para intentar escapar a esta disyuntiva nos proponemos cuestionar el objeto mismo y aunque esta tarea —en la que otros también se encuentran empeñados— sólo está comenzando, queremos ofrecer algunas reflexiones que contribuyan a esta discusión.

En consecuencia, más que de cultura popular hablaremos de cultura de los sectores populares, y trataremos de analizarla a partir de la cambiante y compleja realidad que esos sectores representan en nuestra sociedad. Nos referiremos así no a un *corpus* coherente, único y determinado de representaciones, sino a un conjunto fragmentario y heterogéneo de formas de conciencia en perpetua transformación. Estas formas de conciencia son específicas de los sectores populares, en tanto resultan de su modo de percibir y vivir las diferentes esferas de la realidad; en tanto son también un producto de sus experiencias políticas, laborales, familiares, estéticas. En términos de E.P. Thompson: "La conciencia de clase es la manera como estas experiencias se traducen en términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales".¹

Esta cultura no es, como dijimos, un universo simbólico cerrado y coherente sino un conjunto heterogéneo, compuesto por fragmentos no totalmente integrados de concepciones del mundo vinculados con las distintas esferas de la vida de estos sectores: el trabajo, el ámbito familiar; por fragmentos surgidos en distintos momentos, que se acumulan sin desplazarse totalmente, algu-

nos con un proceso de maceración más prolongado, otros con un vestigio más evidente de lo recibido o impuesto; por fragmentos que —finalmente— reflejan la heterogeneidad del propio sujeto, y las diferencias ocupacionales, sexuales, étnicas o generacionales que podemos encontrar en su interior.

Pero esta cultura no surge en el vacío, sino en el seno de una sociedad en la que los sectores populares son, en realidad, las clases subalternas de un orden construido por otros. Como cultura subalternada, por lo tanto, la suya se desarrolla y florece en los marcos de la ideología hegemónica, globalmente unificadora, que de alguna manera pretende fijar sus límites pero que no arrasa con ella. Se constituye así un elástico terreno de conflicto al que concurren formas simbólicas de diverso origen, representaciones provenientes de otros ámbitos sociales de producción cultural e ideológica. Así planteada, la cultura de los sectores populares puede ser comprendida como un proceso, como un campo en perpetuo cambio y en tensión permanente con el de la cultura dominante —también él complejo y heterogéneo— y con otras esferas de producción simbólica. No existe entonces una línea dada de una vez para siempre que separe lo popular de lo que no lo es: por el contrario, ésta se define en cada momento según el particular equilibrio de esas fuerzas encontradas.

Analizar la cultura de los sectores populares implica, pues, referirse al tema de su conformación, del proceso siempre renovado de su construcción. La problemática es particularmente compleja y recién se está comenzando a trabajar en ella desde diversas disciplinas. Tiene variadas facetas, y muchas de ellas están aún demasiado ocultas a nuestras miradas para que pretendamos abarcarlas íntegramente. Nos limitaremos entonces a señalar algunos de los factores que incidieron en la formación de esa cultura en el caso particular de Buenos Aires, a partir de la conformación a fines del siglo pasado de la sociedad aluvial. Llegaremos hasta los prolegómenos de ese gran viraje que se produce en nuestra historia en la década de 1940, a partir del cual puede hablarse como es usual, de "sociedad de masas" y de "política de

* Integran el PEHESA, programa asociado al CISEA, Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sabato.

masas".

La cultura de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1945

En la conformación de la cultura de los sectores populares de Buenos Aires, las últimas décadas del siglo XIX pasado y la primera de éste constituyen una etapa de profundas y complejas transformaciones, que resultan del proceso de formación de estos nuevos sectores en el seno de la sociedad aluvial en gestación. Buenos Aires, una ciudad que hacia mediados del siglo XIX albergaba a menos de cien mil habitantes, sesenta años más tarde los había multiplicado por quince. Millones de inmigrantes se incorporaron a la ciudad, la "invadieron", la convirtieron en la Babel del Plata. Trabajadores casi todos ellos, confluyeron con los de origen criollo en la constitución de unos sectores populares totalmente renovados, radicalmente diferentes a cualquiera de los grupos que los constituyeron.

Como señalara José Luis Romero: "La realidad que se constituyó por el alu-

vión inmigratorio incorporado a la sociedad criolla adquirió caracteres de conglomerado, esto es de masa informe no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto. El aluvión inmigratorio considerado en sí mismo, tenía algunos caracteres peculiares, pero muy pronto comenzó a entrar en contacto con la masa criolla, y de tal relación derivaron influencias recíprocas que modificaron tanto a uno como a otro".²

En ese largo proceso de creación de una nueva sociedad, los sectores populares apenas conformaron, durante mucho tiempo, una masa heterogénea de gentes de distintos orígenes y tradiciones. Ni en el campo laboral ni en el de la vida cotidiana las experiencias de estos sectores eran uniformes, como no lo eran su herencia o su historia. Mientras ciertos grupos —en minoría— eran portadores de una cultura popular criolla, también ella heterogénea, los inmigrantes, de variados orígenes, traían otras concepciones de la vida y representaciones del mundo, por lo que en el campo de la cultura popular se producían constantes fusiones y tensiones.

Aunque esa cultura se nutrió originalmente de la tradición de cada uno de los grupos que allí confluyeron, fue permanentemente enriquecida con las experiencias cotidianas. Lo viejo y lo nuevo, lo local y lo extranjero, ofrecieron así persistente fuente de conflicto pero, a la vez, materia prima en la constitución de una nueva identidad.

Igualmente diversos y variados fueron los ámbitos donde comenzó a plasmar esa cultura popular, en el seno de un conglomerado que por entonces se hacinaba en los conventillos del centro. Sociedades mutuales y de resistencia, organizadas por nacionalidad y por oficio, sindicatos, bibliotecas populares, escuelas libertarias, centros socialistas, son algunos de los ejemplos de estas organizaciones celulares que brotaron espontáneamente y a través de las cuales no sólo se articuló la incipiente sociedad sino que se conformó una tradición cultural particularmente viva y consistente.

Pero esa cultura en formación no resultó un campo aislado ni autosuficiente. Sobre él procuraron incidir —y lo

hicieron— diversos actores. En primer lugar el Estado, impulsor principal del proceso de construcción de un orden que en todos los campos, el político, el socio-económico, el cultural, buscaba establecer su hegemonía, combinando la fuerza con la articulación del consenso. A través de ese Estado, la renovada *élite* que había logrado monopolizar el poder político hacia 1880 consolidó su hegemonía, promoviendo la ejecución de políticas que abarcaban desde la economía a la educación, desde la filantropía a la represión. En el campo de la cultura, su gran herramienta fue la instrucción pública, que procuraba homogeneizar a la masa diversa, nacionalizarla e inculcarle valores acordes con la idea dominante de orden y progreso.

Los sectores populares no fueron, sin embargo, materia inerte en el modelado de ese nuevo orden: a través de prácticas muy diversas, respondieron a él, se le resistieron y lo reprodujeron, recreándolo. En el campo de su cultura, experiencias heterogéneas y conciencia fragmentada no se tradujeron en una cultura de los sectores populares apéndice de la cultura dominante; por el contrario, en este período ella mostró signos inequívocos de vitalidad e independencia.

Pero además del Estado, otros actores de índole y fuerzas diversas compitieron con él, tratando de influir sobre ese proceso de formación de la cultura de los sectores populares. Un actor permanente, aunque no siempre igualmente poderoso, fue la Iglesia, cuya influencia preocupaba particularmente al Estado en esta etapa. Otros fueron las asociaciones de colectividades extranjeras que procuraban reforzar la identidad nacional de los grupos inmigrantes. Finalmente, hubo grupos que, insertos en los mismos sectores populares, buscaron incidir sobre ellos con un planteo que apuntaba al desafío y a la autonomía: fueron los anarquistas y socialistas, que llegaron a formular propuestas que implicaban un proyecto cultural alternativo. Sin embargo, y a pesar de que la historia de la sociedad popular es inseparable de la de estos grupos que contribuyeron a conformarla, tampoco se modeló a imagen y semejanza de sus

EL BIMESTRE político y económico

Esta publicación es un intento de ordenar el pasado cercano, mediante una presentación sistemática de los hechos, que permite repasar lo ocurrido de una manera sencilla, evitando el riesgo de pasar por alto sucesos importantes. En concreto, una cronología interrelacionada de los hechos políticos, sociales y económicos, sobre la base de las informaciones aparecidas en todos los diarios de Buenos Aires, así como en las revistas más importantes del país y las principales publicaciones periódicas extranjeras. Se incluyen también algunos de los documentos más importantes aparecidos en el período.

Suscripción anual (seis entregas)

Argentina	\$ 900.000
América	u\$s 25
Resto del mundo	u\$s 30

Cheque o giro bancario a la orden del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA), Pueyrredón 510, 6to. piso, 1032, Buenos Aires, Argentina.

proyectos.

Ni ámbito autosuficiente ni apéndice de la cultura dominante, la cultura popular se nutría de tradiciones diversas, recibía influencias múltiples, constituyéndose así en una elástica zona de incorporación y de rechazo, de aceptación y de resistencia, pero también de distorsión, de elaboración, en fin, de recreación.

Si esto es válido casi en cualquier contexto, lo es en forma más evidente para los sectores populares porteños de principios de siglo, pues la sociedad toda estaba conformándose y definiendo sus articulaciones y jerarquías. Quedaba, pues, un ancho margen, una amplia zona en disputa y sin ocupar, que progresivamente fue achicándose en la medida en que, en las décadas siguientes, el Estado fue avanzando en el control de la sociedad.

Este avance consistió, por una parte, en una represión sistemática sobre los grupos más abiertamente contestatarios del orden que se pretendía imponer, en especial sobre los anarquistas. Por otra, en un esfuerzo redoblado en el campo de la instrucción pública, concebida como el principal instrumento de cohesión e integración ideológica de la población, objetivo al que concurrían también otras instituciones, como la del servicio militar obligatorio. En uno y otro caso, la formación específicamente "patriótica"

ocupaba un lugar central.

La educación popular tuvo, sin embargo, un papel complejo y contradictorio, y algunos de sus efectos comenzaron a hacerse sentir a partir de la segunda década del siglo, pero sobre todo después de 1920. Además de cumplir la función integradora que el Estado le adjudicó en este período, la escuela pública significó para los sectores populares el avance de la alfabetización. Esto los preparó para recibir masivamente mensajes escritos y, simultáneamente, mucho más complejos y elaborados que en la etapa anterior. El nuevo mensaje típico ya no fue el discurso encendido del orador anarquista sino el folleto o el libro, o también el periódico, como lo probó Botana con *Crítica*.

Esto indudablemente aumentó la capacidad de penetración del Estado y de otros agentes interesados en influir sobre los sectores populares, pero también permitió a éstos la lectura y la reflexión individual, la crítica y la reelaboración.

El avance de la alfabetización, el incremento —moderado aún— del tiempo libre y una mejora relativa en los niveles de ingreso de los sectores populares, coincidieron en esta etapa con el desarrollo de los medios de comunicación, que comenzaron a tener alcance masivo. El cine, la radio, los diarios, tuvieron una influencia cada vez mayor en el

modelado de la cultura popular a partir de la década de 1920, a la vez que se nutrieron de ella para formular sus propuestas y elaborar mensajes que, por otra parte, resultarían atractivos para los sectores populares.

Estos avances del Estado y de los medios de comunicación masiva no implicaron la desaparición de otros agentes que pretendían influir sobre la cultura popular, como la Iglesia o los grupos político-ideológicos contestatarios que, en efecto, incidieron de manera decisiva sobre ella. En lo que respecta a estos últimos, sin embargo, cambió su carácter, en tanto el mensaje anarquista fue perdiendo vigencia y socialistas, comunistas, sindicalistas y una vasta gama de progresistas llevaron a cabo una prédica de forma y contenido diferente de la del período anterior. Por entonces, los márgenes para las propuestas culturales alternativas se habían achicado, no solamente como consecuencia de la acción del Estado o de otros agentes sino sobre todo como resultado de los cambios habidos en el seno mismo de los sectores populares.

El proceso de asimilación de los extranjeros se había cumplido en sus etapas más significativas, aunque la sociedad continuaba recibiendo nuevos aportes inmigratorios. Hacia fines de la década del 30 éstos ya no solamente provenían de Europa sino también de las zo-

HISPANICA

Saúl Sosnowski
5 PUEBLO COURT
GAITHERSBURGH,
MD. 20878 - U. S. A.

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES

Bibliotecas e instituciones: U\$S 21.00
Suscripciones individuales: U\$S 15.00
Patrocinadores: U\$S 30.00
(Excepción: Año I, nos. 1-2-3 U\$S 25.00)

Libros de Ediciones Hispanica

- María Luisa Bastos, *Borges ante la crítica argentina: 1923 - 1960*, 356 p., U\$S 8.00
Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis*, 120 p., U\$S 4.00
Saúl Sosnowski, *Borges y la Cábala: La búsqueda del Verbo*, 120 p., U\$S 3.50
Oscar Hahn, *Arte de morir* (poemas), 186 p., U\$S 5.00
Rose S. Minc, editor, *Latin American Fiction Today: a Symposium*, 198 p., U\$S 9.95
Beatriz Pastor, *Roberto Arlt y la rebelión alienada*, 120 p., U\$S 7.95
Rose S. Minc, editor, *Literature and Popular Culture in the Hispanic World: A Symposium*, 112 p., U\$S 11.95
Emilio Bejel y Marie Panico, *Huellas/Footprints*, 124 p., U\$S 6.50
Elizabeth Garrels, *Mariátegui y la Argentina: un caso de lentes ajenos*
Isabel Alvarez Borland, *Discontinuidad y ruptura en Guillermo Cabrera Infante*

nas rurales del país, al principio sobre todo de la región pampeana en crisis, que cada vez más expulsaba a los hijos de la primera inmigración. En la ciudad, esa segunda generación, criada y educada en la Argentina, tenía seguramente una identificación mucho menos firme con la tradición cultural paterna, ella misma modificada por la nueva vida. Sectores importantes ya habían recorrido su primer y a menudo único tramo de la "aventura del ascenso": el empleo calificado, el negocio por cuenta propia, la casa en alguno de los nuevos barrios. Por otra parte, mientras el sector capitalista se consolidaba en el área de las industrias urbanas, la administración pública también crecía notablemente, de manera que el obrero industrial y el empleado público empezaron a ser más típicos que el trabajador de taller o el "cuenta propia". Unos y otros, y otros más, coincidieron en lo que empezó a ser el ámbito más característico de la sociabilidad: el barrio. La ciudad se expandió en forma notable. Transportes baratos y grandes loteos posibilitaron el primer gran proceso de suburbanización. Los trabajadores —hasta entonces concentrados en el centro o en la Boca— comenzaron a desplegarse por los barrios, generalmente apartados de los lugares de trabajo, donde levantaban la "casa propia".

Allí se tejieron y anudaron las nuevas redes de solidaridad, que complementaban o suplantaban a las iniciales, basadas principalmente en el origen nacional o en el trabajo común. Allí se instalaron y crecieron los centros más característicos de la sociabilidad, que transcurría en la cuadra, el café, el cine-teatro, el baile de club o el curso vecinal. Allí, en el barrio, se desarrollaron las nuevas organizaciones celulares típicas de este período: la sociedad de fomento, el club de barrio, y aún el comité político. Este desarrollo supuso la pérdida de importancia, al menos relativa, del taller semiartesanal y el conventillo, donde la conversación y la discusión se realizaban en el seno de grupos relativamente homogéneos por su origen y su actividad, y también la perdieron ámbitos estrictamente políticos o sindicales, como el centro socialista o la so-

ciudad de resistencia anarquista. Creció, en cambio, la importancia de la familia y el hogar, asentado ahora en la casa propia y también la de otros ámbitos específicamente barriales, como el café, el club, la biblioteca o la sociedad de fomento. Pero allí la heterogeneidad social era marcada: trabajadores de distintos oficios y ramas se sumaron a los pequeños comerciantes del barrio, a algún profesional y hasta a ciertos "marginales". Se fueron gestando nuevas solidaridades, jerarquías y liderazgos, vínculos múltiples y coincidencias entre gente diversa, tejiéndose así un entramado social original.

Probablemente también eran nuevos los temas de discusiones e intercambios de ideas que allí tenían lugar, de modo que fue generándose todo un campo de experiencias peculiares que contribuyó a conformar la nueva visión del mundo de los sectores populares, alejada cada vez más de la frontalmente cuestionadora actitud que caracterizó a los círculos de trabajadores del Centenario o de la Semana Trágica. Parece así diluirse esa imagen tan típica de los sectores populares de principios de siglo: la de una sociedad puesta patas para arriba, deshecha y rehecha, una vez suprimidos el patrón —el capitalismo— y el Estado. En su lugar, surge lentamente una concepción nueva, menos contestataria, más conformista tal vez, la de una sociedad que puede ser reformada y mejorada de a poco, la de una sociedad que puede llegar a ser más justa.

Todos estos rasgos sugieren además que en esta etapa se fue conformando en Buenos Aires una cultura de los sectores subordinados de la sociedad que apelaba menos a los trabajadores en sentido estricto —como lo hacía a principios de siglo— y más a lo popular en su concepción más amplia e inclusiva.

Tal vez en esos rasgos de la cultura de los sectores populares encontremos una de las claves para la comprensión del proceso de cambio que se inicia hacia 1945, año en el que simbólicamente podemos ubicar el origen de la era contemporánea de nuestra vida sociopolítica y sociocultural. En ese sentido, dudamos de los planteos de quienes han creído ver en esa fecha un corte profundo en la tradi-

ción cultural popular. En estos planteos se señala que no sólo irrumpen decididamente los medios masivos de comunicación —particularmente la radio— sino que los propios sectores populares aparecen bruscamente en la escena política. Ambos fenómenos habrían concurrido en el mismo sentido: mientras los medios masivos penetraban hasta los más recónditos resquicios de la sociedad, otro tanto ocurría, por ejemplo, con los renovados sindicatos, que reivindicaban una pluralidad de funciones sociales, políticas y culturales. Sobre todo, ocurría eso con un estado militante dispuesto a llenar todos los huecos de la sociedad civil y hacer sentir su influencia sobre ellos. Ha sido común derivar de estos hechos la interpretación, explícita o implícita, de la manipulación pura: los sectores populares serían fácil presa de los medios masivos, blanda arcilla lista para ser modelada desde el Estado, *tabula rasa*, o cualquier otra metáfora. Tal hipótesis está en la base de la más clásica de las interpretaciones sobre el populismo peronista, la de Gino Germani, con su planteo sobre las "masas en disponibilidad", capturadas y encuadradas por un estado autoritario y populista.

Pensamos, en cambio, que sociedad y política de masas se construyen también a partir de esa cultura —del "sentido común"— de los sectores populares a quienes se apela desde el poder. La historia de esta etapa queda fuera de los límites de esta nota. Durante la misma hubo sin duda cambios profundos en la cultura popular, en sus contenidos y en sus prácticas. Pero apuntemos para terminar que por lo menos dos concepciones básicas del proyecto peronista —la propuesta populista de la alianza de clases y la noción de justicia social— sin duda encontraron un campo de reconocimiento y reproducción en esa cultura de los sectores populares que se había ido acuñando en el período anterior a 1945.

¹ E.P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, 1977, Tomo I, 8.

² José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, 1975, 175.

JORGE E. DOTTI

Filosofía nacional: profesionalización y compromiso

"Es preciso, pues, conquistar una filosofía, para conquistar una nacionalidad". La archicitada frase de Alberdi condensa los motivos en torno a los cuales ha venido girando la discusión sobre el pensamiento filosófico nacional. La correlación auspiciada no parece arbitraria, ya que si algún sentido tiene lo de una "filosofía argentina", debe radicar (no exclusiva pero sí fundamentalmente) en la autorreflexión, en la meditación sobre la propia identidad como tarea imprescindible para lograrla. Lo cual a su vez nos lleva a considerar la historia del trabajo y polémico acoplamiento de un sustantivo con aspiraciones universalistas y un adjetivo de efectos restringentes. Lo haremos desde una perspectiva deliberadamente parcial, y de algún modo, "formalista": la de seguir las vicisitudes "corporativas" de la filosofía argentina y de sus voceros (en sentido restringido, sin incluir textos que forman también el corpus del pensamiento nacional) y destacar así ciertos criterios metodológicos generales para abordar el tema. En tal sentido, debemos ante todo diferenciar dos etapas en esta búsqueda de una conciencia filosófica: la que va desde el romanticismo rioplatense hasta la década del 20, y la que cubre el último medio siglo. Centraremos las observaciones siguientes en la primera de ellas, para concluir con una referencia muy breve a los últimos años de la segunda.

1. Como recaudo inicial proponemos evitar las grandes líneas interpretativas asentadas en "filosofías de la historia". No existe el *Ser argentino* como una sustancia-sujeto que se va desplegando en fases, más o menos convulsionadas, de autorrealización. No existe un Logos criollo, que deba ser captado en su fatigosa epifanía. Tenemos más bien

pensadores con vaivenes teóricos acentuados, inscriptos en tal o cual tendencia en virtud del privilegio que se otorgue a ciertos motivos que ellos han tematizado, pero sin que esto excluya la presencia de otras ideas, a menudo de signo contrario. La textura ideológica resultante se nos presenta como una yuxtaposición de capas conceptuales, funcionalizadas a un proyecto político. Esta finalidad práctica inmediata prevalece sobre los recaudos filológicos y desplaza el prurito de la coherencia doctrinaria. Por lo demás, la heterogeneidad enriquece el discurso de nuestros pensadores, abriéndolo —digamos así— al pluralismo exegetico.

En segundo lugar, la cuestión de la "originalidad" del pensamiento argentino no debe ser manejada como si se tratara de una operación aritmética consistente en restarle a lo dicho en Sudamérica lo ya dicho allende el océano, y considerar la eventual diferencia como aporte autóctono. Exagerando, diríamos en cambio que la originalidad es inevitable. El hecho mismo de hacer operar un cuerpo de ideas, cualquiera fuera su proveniencia, en nuestro ámbito socio-cultural lleva inevitablemente consigo el reacomodamiento del sentido originario; más aún, una recreación del significado, una función ideológica inédita condicionada por las circunstancias locales. La situación argentina es el factor regulativo de la selección referencial y temática de las fuentes y, sobre todo, de la elaboración que temas y autores reciben en nuestro medio. Una elaboración, entonces, que está "condenada" a ser original, tanto en su pobreza como en su riqueza filosóficas y más allá de sus antecedentes genealógicos.

En este primer período, es evidente que la traducción al "argentino" de tal

o cual motivo ideológico extranjero debe ser evaluada atendiendo al impulso autóctono (individual y colectivo) que determina tal gesto literario. De hecho, en la casi totalidad de nuestros pensadores, se trató de elaborar un paradigma novedoso, de cuya capacidad hegemónica en la toma de decisiones políticas dependía la posibilidad de cerrar el ciclo de enfrentamientos estériles y construir una nación moderna. Obviamente, Alberdi es emblemático al respecto.

Ligado a esta cuestión está el tema de la "dependencia cultural", una categoría que, tal como suele ser utilizada, reposa en una gnoseología ingenua. El ideólogo nativo sería un receptor pasivo que traduce mecánicamente mensajes metropolitanos, los cuales, por ser tales, tendrían además un efecto nocivo para las nacionalidades periféricas. Este modelo del "ventrilocuo" es reduccionista. No existen pensadores calificables simplemente como "concesionarios" de una fábrica ideológica extranjera. Por el contrario, las operaciones de recepción son complejas y la concretización acontece en contextos peculiares y renovados, que no permiten adscribir *a priori* ni tampoco *definitivamente* efectos socio-culturales determinados a la figura teórica recibida. Y, consecuentemente, su misma significación política está lejos de ser unidimensional (v.g. Sarmiento).

2. Corresponde considerar ahora el *status* de la filosofía y de sus agentes en el arco de tiempo que concluye a mediados de los años 20. Dicho brevemente: su posición es subalterna.

Ante todo, desde el punto de vista *institucional*: no existen academias especializadas, no hay una estructura docente funcionalizada a la disciplina ni un mercado que absorba sus eventuales productos específicos.

Pero más significativo es el rasgo *operativo* de esta condición subalterna. En "lo imaginario" argentino del siglo pasado, la filosofía vale, únicamente y sin mediaciones sutiles, como respaldo doctrinario —más o menos vago— de los proyectos políticos. *Philosophia ancilla politicae*, en su versión más directa e instrumental. Se invocan autoridades filosóficas para incorporarlas al propio

discurso como "antecesores" prestigiosos o para rechazarlas como precedentes equívocos, sin que en ningún caso se conozca rigurosamente su pensamiento. La construcción del país apremia demasiado como para meterse en honduras filológicas y es suficiente con proporcionar al propio credo un soporte ideológico genérico, necesario pero no necesariamente profundizable. Sin que falte tampoco la forma degradada de esta instrumentalización: valerse de la cita como adorno retórico que testimonia la pertenencia del autor nativo a la capa cultural alta.

Dadas estas características, es evidente que la figura del perito no tiene cabida en el paradigma vigente. La creación literaria (incluyendo la filosófica) es un complemento de la actividad profesional (medicina, abogacía) y en especial de la pública, del compromiso político. Esta condición peculiar de los agentes de la tarea filosófica se vuelve transparente si pensamos que han sido profesores de la materia figuras como Alberdi, A. Alsina, Alem, Goyana, Victorino de la Plaza, Yrigoyen. Parece la *vigilia rioplatense del sueño platónico*. El gremio cuenta entre sus pioneros con

dos presidentes de la nación, ubicados por lo demás en los extremos del espectro político. El primero, una suerte de *dandy* spinozista que terminó sus días en Londres aconsejando a los inversores británicos; el otro, krausista obstinado, líder inaugural de la Argentina de masas.

3. En torno al Centenario y en la década siguiente se produce el fenómeno que divide aguas en la historia "interna" de nuestro ejercicio filosófico. Se trata de la *profesionalización* de la filosofía, que tiene lugar en el marco más amplio dado por la configuración del *campo intelectual* argentino. Su figura típica es el escritor profesional que encuentra su base de sustentación en la escritura como actividad laborativa. Su reconocimiento como intelectual es material (en cuanto existe un mercado e instituciones que pueden pagarle un sueldo) y a la vez espiritual: la moneda del prestigio, ganada en la confrontación con sus pares en la república de las letras. La consagración depende ahora de instituciones específicas (academias, publicaciones, foros, congresos), que lo juzgan con criterios immanentes (o casi) al campo mismo.

Por cierto, este fenómeno es más evidente en el terreno de la creación poética, pero también tiene lugar en nuestra disciplina, por ejemplo en la enseñanza y en la producción de artículos y ensayos. Las tensiones generadas por este momento de transición hacen eclosión en la polémica "positivismo-antipositivismo". Paralelamente a las cuestiones ideológicas pertinentes, la renovación del claustro académico en Filosofía y Letras de Buenos Aires (es decir, la hegemonía que alcanzan los egresados de la Facultad) constituye el reflejo burocrático de un movimiento socio-cultural más amplio: el desplazamiento del paradigma anquilosado por otro que, a su manera, se configura como vanguardia. Otros datos significativos: la lucha por la validez de los títulos; la institución de becas para el perfeccionamiento en el extranjero (cuyos primeros beneficiarios fueron Anquín y Astrada).

Naturalmente, este proceso corre paralelo al de democratización de la

vida argentina tras el agotamiento del "Régimen". Es importante destacar, al respecto, que la realización incompleta o frustrada de esta democratización incide negativamente en el grado de autonomía que pueden desarrollar el campo intelectual y sus miembros, sometidos a presiones políticas económicas policiales que distan de ser metafóricas. Una "autonomía", cabe aclararlo, que evita a la filosofía la mimetización con otros productos y circuitos de la vida nacional, pero que no implica de por sí distanciamiento de la realidad sino especificidad disciplinaria.

4. A partir de ese momento de ruptura, las vicisitudes *profesionales* de la filosofía argentina —que no analizaremos— tienen como rasgo distintivo un creciente perfeccionamiento técnico acompañado, en demasiados casos, por la pérdida de la correlación entre preocupación filosófica y compromiso político. O, peor que la despolitización (objetivamente imposible), por la incapacidad para mediar entre la idoneidad alcanzada y la aplicación de los instrumentos de análisis a la comprensión de las circunstancias argentinas. Una mediación fallida que conduce a resultados paródicos ("periodismo" filosófico, exégesis maniqueas, acriticismo e impunidad filológica, etc.), particularmente en los períodos de debilitamiento de los controles disciplinarios (de corte netamente democrático: discusiones y foros, publicaciones y polémicas) ante la quiebra institucional del país. Lo cual se ha agravado con la inicial intolerancia caótica y la posterior represión despiadada del último decenio.

En cuanto al *pensamiento* filosófico argentino, es innegable que forman parte de él, con plenos derechos, obras que se inscriben en un circuito universal necesariamente neutro (en sus temáticas y exigencias) respecto de las peculiaridades locales. Pero el eje portante de ese pensamiento no pasa por ellas, sino por la meditación sobre nuestra identidad. Obviamente es una cuestión abierta. En la actualidad se presenta como la necesidad de pensar/actuar, para decirlo kantianamente, la "síntesis trascendental" entre *democracia* y *nación*.

revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección:

ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
Urbanización La Castellana
Teléfono 456353
Lima - 18
PERU

CARLOS REAL DE AZÚA

Los males latinoamericanos y su clave

Etapas de una reflexión

Fue seguramente en la década de los años cincuenta que el tema del subdesarrollo llegó a convertirse en la preocupación céntrica, en la "gran cuestión" que a toda reflexión latinoamericana acucia. Todavía no se había inventado el paliativo terminológico ("en vías de desarrollo") que precave las vanidades heridas; aún no circulaban con la intensidad con que lo hicieron después la variante situacional de "marginalidad" o "periferia" o la histórico-política-económica de la "dependencia". El decenio siguiente y aquel en que estamos seguramente han contribuido a ordenar las interpretaciones que siguieron suscitando estos fenómenos, a afinarlas y clarificarlas, a dualizar significativamente algunas de las más importantes. También, y esto es lo que importa ahora, y aquí, a darles, entre otras nuevas dimensiones, la hondura diacrónica que a algunas les estaba faltando, la profundidad del tiempo en que se generaron las condiciones que han de afrontarse. Y es así y por esto que se ha hecho historia económica y social a la luz de las nuevas preguntas que el repertorio problemático actual plantea inevitablemente; aun más: no se hace historia del género manual o panorámico que no esté inducida en su mismo plan y contenido por esa nueva visión que desde el presente se obtiene¹. En planteos de área más reducida ya tienen también la respetabilidad que dan los años textos como los de Aníbal Pinto ("Chile: un caso de desarrollo frustrado"), Helio Jaguaribe ("Desarrollo económico y desarrollo político"); Celso Furtado ("Formación económica del Brasil") o buena parte del material argentino de algunos números de "Desarrollo Económico", la revista que publica en Buenos Aires el Instituto de Desarrollo Económi-

co y Social.

Quien dice historiografía cabal dice realidades fácticas al mismo tiempo que las representaciones mentales que suscitan estas realidades, que tienden a conformarlas a su vez o interactúan con ellas. El hilo de la "historia de las ideas" no ha dejado de ser tomado por esta dimensión de la nueva historiografía; se sigue el rastro de las ideas, de las ideologías y aun de los llanos pareceres que desde la conciencia de las pasadas generaciones latinoamericanas proyectaron, justificaron y a veces sólo disculparon el curso de nuestras sociedades frente a pautas indiscutidas de opinión mundial.

Como es natural, ningún enfoque se excluye así y el que me parece interesante adoptar no tiene primacía sobre ninguno de los otros, a los que, simplemente, esté (tal vez) en condición de sumarse. Y digamos ahora, en concreto, que se trata de circuir, en el género bastante copioso y continuado que es el ensayo latinoamericano el tema de "los males". De los males que ha sufrido y sufre Latinoamérica en el doble plano de su identificación y de cuáles hayan sido sus causas, sus orígenes o raíces. (Las implicaciones mecanicistas, organicistas o historicistas de cada uno de estos términos no afectan mayormente, me parece, el planteo que aquí se intenta.)

Del valor sintomático de esta indagación o de su operatividad presente no me toca (creo) opinar. Pero sí subrayar que al sesgo de mucha confusa estimación de la "praxis", la clásica exigencia del inteligir primero para actuar después sigue (también creo) limpiamente en pie.

Rémoras y lastres

Cuando un pensamiento específica (o por lo menos: deliberadamente) latinoamericano se formalizó, muchos males

comunes se hicieron patentes y la evidencia de un peso inmenso que nos inmovilizaba, que nos ataba a un "status" insuperable comenzó a angustiarnos. Nutre la reflexión, la voluntad de auto-examen en las primeras décadas de la formación de nuestras nacionalidades, refleja la modalidad típica del pensamiento liberal, europeísta y progresista en que se imponían. Háblese de *lastres*, si se piensa en un vuelo de América hacia las alturas de los tiempos. O de retardos, de *rémoras* si, también románticamente, se concibe el espoleo de un impulso, de un "drang", o, en forma más racional, se programa una marcha hacia algún preciso objetivo delante de nosotros.

Aunque de manera muy global todo el pensamiento del continente la profese, creo que es especialmente en la cultura iberoamericana de los países del extremo sur en la que se orquesta más ricamente esta idea de la rémora. Echeverría, Alberdi, Sarmiento en la Argentina, Bilbao y Lastarria en Chile, los mismos epígonos uruguayos (tal el caso de Andrés Balmori) le dan todo su perfil. Este módulo tuvo vida larga. Ya presente en los énfasis de la justificación revolucionaria (todavía veremos una etapa anterior) se prolongó hasta el grupo de los "ensayistas americanistas" de fines del 900, inflados de positivismo, evolucionismo y seguridad científica. El mexicano Francisco Bulnes ("El porvenir de los pueblos latinoamericanos", 1899), el boliviano Alcides Arguedas ("Pueblo enfermo", 1903) y sobre todo el argentino Carlos Octavio Bunge ("Nuestra América", de 1903) lo recogieron y sistematizaron.

Las rémoras eran parciales, culturales, religiosas, sociales, geográficas, económicas, psicológicas y políticas, y todo ese lote, mediante el contraste con el desenvolvimiento triunfal de los Estados Unidos del Norte podía ser organizado con puntual simetría. Raciales eran sobre todo la heterogeneidad de aportes étnicos y sus desarmonías pero cada uno de esos aportes constituía un lastre especial: lo español y sus caracteres, el indio, el mestizo y el negro, dotados de precisas y desalentadoras, inamovibles etiologías. Entre las geográficas y ecológicas sobresalían sobre todo el desierto, la inhumana naturaleza de muchas zonas del continente, el clima tropical anonadante, la cordillera aisladora, la precariedad general de toda comunicación, todo contacto social medianamente amplio. Socialmente, se subrayaba la "barbarie nativa", rozagante y sin desbastar. Y aquella extre-

Publicado en: Carlos Real de Azúa, *Historia visible e historia esotérica: personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca/Calicanto, 1975.

ma escasez de población, que inspiraría las radicales terapéuticas de Alberdi. Pero —sobre todo— era cultural y política; asumía la faz misma de la Historia, ceñía el ominoso pasado: la herencia española y católica. En su "Evangelio Americano", el tronituyente Francisco Bilbao exclamaba: *nosotros conoceremos la Historia para poder maldecirla*. Y la Historia era eso: catolicismo e hispanidad, armados en las rotundas mayúsculas de la época: Fanatismo y Superstición; Ignorancia; Privilegio y Explotación; Despotismo; a los tres niveles: religioso-cultural, socio-económico y político. También sus rastros venenosos hasta aquel ayer: el clericalismo, el espíritu de casta, el caudillaje (o el "caciquismo" y aún el "cesarismo"), el feudalismo social. A veces se materializó en concreciones incisivas: el peso del latifundio feudal (Sarmiento), el desprecio del trabajo manual (Alberdi).

Atrás de todo, fuerzas y estructuras se psicologizaban en un dibujable talante social, que hacia 1900 Bunge taraceó con esa seriedad que le venía de su sangre germana. Allí se alineaban el "dogmatismo" y la "crueldad", la "tristeza" y la "arrogancia", el "fanatismo" y la "pereza". Las taras, en él, o en otros, eran innumerables, por lo menos si se recurría al abundante arsenal de sinónimos de que el castellano dispone.

Todo esto parecería acercarnos a la onda de "la culpa" y —en efecto— aquí se da uno de los planos de pasaje. Pues las rémoras mayores también tenían "culpables", porque si la naturaleza es (presumiblemente) inocente de designios siniestros, el colonaje español y la Iglesia no eran pasibles de dispensa. Se consideraban, con todo, lejos e incapaces de dañar como no fuera con sus alientos remanentes. O "remorantes". No eran problema nuevo y como lastre se les fijaba el destino de ser echados por la borda cuando las fuerzas alcanzasen.

Todo el siglo XIX y pensamiento iberoamericano contemplaron así desde un cariz historicista, mesologista y genético las causas de los males de América. No sería difícil señalar que el romanticismo cargó las tintas sobre la España política, la religión y la geografía mientras el positivismo finisecular lo hizo sobre todo con los factores étnicos. Era el gran momento del racismo occidental, de la "decadencia latina", de la maldición mestiza y de la pregunta —que contestó cuidadosamente Edmond Desmolinis y prohijó el noventayochista Santiago Alba— de "a

quoi tient-il la supériorité des anglosaxons?". El día que se trace la línea del pensamiento racista en Iberoamérica asombrará el volumen de una ideología entrelazada a lo más "oficial" de nuestras definiciones culturales.

La idea de la rémora, decía, tuvo una vida larga. Pues, si se mira hacia delante ¿dónde, si no en su casillero, alojar las "deficiencias estructurales" de los planteos desarrollistas de CEPAL y otros centros similares? Tampoco empezaba con el ideologismo romántico y sus inmediatos antecedentes. Antonello Gerbi, en el más apasionante libro de historia de las ideas que conozco² reconstruyó el debate sobre nuestro continente que desencadenaron las teorías de Buffon y De Pauw con sus aseveraciones (contradictorias casi siempre) sobre la inmadurez o la vejez de América, sobre la debilidad, afeminamiento, pequeñez o degeneración que habrían marcado a animales y vegetales, tierras, cosas y hombres de este continente. Cuando Hegel colocaba a América fuera de la Historia, dictaminaba sobre su inmadurez y la ubicaba en la pura naturaleza prolongaba en el pensamiento más operante del siglo XIX una postura abundantemente polemizada a través de casi una centuria³.

El peso de una maldición

Es curioso contemplar cómo saltando sobre el moralismo romántico, la seguridad positivista y el dinamismo reformador o revolucionario, la noción de una misteriosa esterilidad o enteeque de Iberoamérica, de una ominosa tara metafísica rebrota hasta nuestros días. La maldición de haber nacido americanos la llamaba Alfonso Reyes en su "Presagio de América" aunque él nunca, ciertamente, haya arrimado brasas a su fuego. En su conocido (y sin duda brillante) libro, "El pecado original de América", H. A. Murena explanó esta vivencia de un destierro del "mundo del espíritu" que vivía su "hombre transobjetivo", una situación similar a la que, en su elegante lenguaje de viajera, Victoria Ocampo condensó en la imagen de "unas almas sin pasaporte". En 1949, Giovanni Papini replanteaba el tema de la esterilidad de América, no demasiado bien replicado por sus objetores Germán Arciniegas y el chileno Jaime Eyzaguirre. Y es un recuerdo bastante particular mío el de una notable carta privada de Juan Carlos Onetti (destinada a un tercero) en la que se alegaba

la decadencia de los poetas españoles trasplantados a esta tierra de América y los costosos toros de "pedigree" acometidos en nuestras cabañas por una ruinosa frigidez⁴.

Sin duda esta conciencia de marginalidad personal y todas las enigmáticas causas que la prestigian es la versión pesimista de una situación histórica racionalizable y reversible (por mucho que la reversión parezca necesitar de una coyuntura que no es fácil de darse, de unas energías tremendas que no parecen verosíblemente convocables). Obvio resulta igualmente que estos estados de espíritu se acordaron en el pasado con el temple habitual de nuestras minorías intelectuales. Desde este lado atlántico, retomando una línea que iría de Buffon a Papini sin dejar de enrolar al mismo Marx⁵, vertieron un "eurocentrismo" y un "nordocentrismo" cuya vigencia hace muy poco que empezó a debilitarse.

Pero la teoría del "pecado" o de la "mancha" es también otro plano de pasaje, y seguramente el mejor, entre la idea de la rémora y el tema de la culpa.

El tema de la culpa

Se trata, en realidad de un espectro en uno de cuyos extremos se marcan la necesidad de lo inexorable y en el otro la plasticidad infinita de la materia humana modelada por la libre energía histórica. De las rémoras, de los gravámenes que soporta nuestra América es difícil decir (no se marca el límite de las aguas) desde donde se creyó navegar en zona de responsabilidad para cada una de las generaciones presentes en el escenario del hemisferio, desde donde la deserción de asumir esa libertad creadora adquirió la nota de culpa. Tengo para mí que el tránsito se produce en las décadas en que nuestras naciones llegan a una relativa estabilidad, más o menos después de 1850, y el prospecto de una Latinoamérica modernizada según las pautas del capitalismo liberal y del ejemplo europeo se hace tan factible como aguda y concorde la percepción de las dificultades que —ahora desde el presente— traban esa modelación. Las rémoras aparecían afirmadas por nuestra conducta o creadas por ella y mientras aquéllas (o los lastres) se "vencían" o se "aligeraban", éstas tenían por destino ser "enjugadas", "expiadas".

También fue en la generación historicista-romántica que se plenifica su formulación pero es en su madurez y ya al filo de su ausencia —tal el caso de los "Estu-

pa y los Estados Unidos.

No es fácil precisar cuándo comenzó la inversión —se siente uno tentado a recurrir al término “copernicana”— respecto a esto último. Fijar cuándo la indefensión de nuestros países, la crédula, afable confianza en la generosidad de las potencias que regían el mundo, la docilidad a sus imposiciones (o a sus sugerencias o a sus seducciones) fue convirtiéndose en la culpa suprema de nuestros pueblos y —sobre todo— de sus clases dirigentes. No es nada segura la fuerza que en esto haya tenido el proceso de industrialización y el robustecimiento de un mercado y una burguesía nacionales, sólo muy incipientes por entonces justamente en las zonas culturales en que la denuncia se hizo más densa. Si se reflexiona que el peligro se marcaba ya, y sobre todo, en los Estados Unidos, no es posible disminuir el impacto de una fidelidad a esas naciones de Europa —Francia, Inglaterra—, modelos de la “élite cultural” latinoamericana en el siglo XIX. Pues eran justamente ellas las más amenazadas en sus intereses y en su expansión cultural, inversionista, comercial por el rápido avance norteamericano. Por otra parte, en la modalidad nacionalista-liberal de los hombres de aquel tiempo se operaba con absoluta normalidad una disociación que más tarde pareció revisable; nacionalistas y auténticos “patriotas” muchos de ellos en todo lo que tuviera que ver con los tratos de Estado a Estado y todo el copioso ceremonial de los respetos y dignidades nacionales estaban, en cambio, dotados de una casi pétrea insensibilidad para todo lo que fuera irrupción pacífica y social de contingentes humanos, costumbres, ideas e intereses foráneos⁷. En este plano el 900 no altera sustancialmente las cosas: se sigue confiando “socio-culturalmente” en la modernidad occidental aunque sobre ello, en un orden más contingente y mudable, la denuncia de la codicia anglosajona se pronuncie y apunte con general certeza a muchos cómplices internos de sus propósitos. Pero es, más que nada, cierta colectiva inconsciencia del problema la que denuncia advertencias como la de “Continente Enfermo”, del venezolano César Zumeta (Nueva York, 1899) o las mucho más persistentes y articuladas del argentino Manuel Ugarte. No es otro el acento que se puede rastrear en la dramática advertencia del primero: *de los pueblos débiles de la tierra, los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispano-americanas*. O el contraste que en su obra

mejor armada, “El porvenir de América Latina” (aparecida tras el trueno en la calma que fue la acción de 1903 en Panamá) realizaba Ugarte entre la *educación y costumbres aquí (en Estados Unidos) ásperas, imperiosas y brutales, en una sociedad trepidante de actividad y de vida y allá (al sur de Río Grande) inseguras, escépticas y bulliciosas, con un conjunto soleado y negligente*.

Menos grave aparecía, sin embargo, la agresión frontal que la solapada conquista que la imitación envolvía. El tema del mimetismo ideológico y cultural es uno de los más debatidos de la historia espiritual de nuestra América. Desde que las naciones del Sur se pusieron a andar, el juicio sobre la nocividad de las posturas miméticas fue creciendo inconteniblemente. Desde el lado conservador hasta el reformista se hizo caudal de la debilidad de un “teoricismo” divorciado de la “realidad” (cruda ésta, liberal aquélla). Claro que por turno. Era la imitación de una Europa monárquica y aristocrática la que por 1850, algunos desvelados anunciaban y advertían en sus letales efectos para una América libre. Más tarde la acusación cambiaría de bando y lo cambió muchas veces.

Sin embargo, no es hasta fines de siglo que la imitación como una culpabilidad de descastamiento y entrega se pronuncia enteramente. En el tan conocido artículo de Martí, “Nuestra América” (1891), la antítesis sarmentina de “civilización y barbarie” se hace la de la “falsa erudición” y la “naturaleza”, sus descastados, tan ácidamente retratados son algo más que remotos, nostálgicos o equivocados. Examinado al sesgo de la pista que sigo, el “Ariel” (1900) de Rodó es un planteo elusivo (por no decir optimista) respecto a los que tradicionalmente se concebían como lastres —tal el caso de lo hispánico, pese a estar poco subrayado—. En cambio las también tradicionalmente juzgadas como “culpas” (tal el caso del “ocio” (sobre todo “noble”), el de una “multiplicidad” un sí es no es diletantesca fueron elevadas por él a piezas capitales de una muy categórica concepción humanista de la cultura. Pero es en su famoso pasaje sobre los Estados Unidos y la “nordomanía” que se vierte lo que aquí más importa: si, aún en los cautos planos culturales que Rodó coloca el problema, es “el alma” quien corre el peligro de “la enajenación”, la culpa es la imitación desatentada, el desapego a lo propio, el afán por injertar lo que no es congenialmente heterogéneo.

No es difícil encontrar posiciones afines en otros pensadores americanos de la época: similar es la de Hostos, como lo marcaba un agudo planteo de Víctor Massuh. Pero es más importante esbozar qué modalidad nueva asumió esta culpabilidad de lo imitativo en una posterior camada de ensayistas de Latinoamérica.

Vasconcelos, señaló como hecho objetivo, la discontinuidad que imprimió al desarrollo latinoamericano la “superposición”, sin “superación” de las sucesivas etapas históricas que significaron la Colonia, la Revolución, la instauración de la Modernidad. Para Martínez Estrada, tras de él, la “culpa” —social y concreta— que él refirió a la Argentina pero es extensible a todo el continente— se encarna en la conservación de lo que él llama los “invariantes” (lo colonial, lo indígena, lo gauchesco, lo aluvial) que, en su modo de grandes coágulos inasimilados, todo nuestro esfuerzo se mancomuna por ocultar. Con una maciza importación de técnicas sin espíritu, tratamos de exorcisar esos lastres malignos y, por el ministerio de medios ya fracasados (escuela, inmigración, capital extranjero, fomento económico) evitar que ellos generen desde el mismo fondo nacional lo que no pueden menos que generar: una barbarie corrompida por la cultura; una cultura bastardeada, pegadiza, precaria.

Las vías al “mea culpa” de la inautenticidad y el descastamiento son así muy diversas y hasta las hay más sinuosas que las del autor de “Radiografía de la Pampa”. Ninguna tiene, ni es previsible que tenga en el futuro, el impacto social del descubrimiento del carácter “ideológico”, con todas las consecuencias que ello arrastra, de casi todas las ideas de presunta validez universal que las minorías dirigentes de Iberoamérica habían abrazado. No tengo tiempo de retrazar las fuentes de esta convicción (que no están únicamente en el marxismo) ni de desplegar un copioso ejemplario. Pero la creencia en la equivocidad de las “ideologías”, en su inadecuación a otras circunstancias que aquéllas que les vieron nacer, en la índole contraproducente que su encarnación puede adoptar y sobre todo en su esencial ingrediente decorativo y universalizante está hoy muy extendida en términos generales. En América, como en Africa, como en Asia, las revoluciones populares y nacionales han experimentado dolorosamente qué “status” de sujeción y qué vaciedad de contenidos podían encubrir ciertas pimpantes experiencias de constitucionalismo europeo y de modernización epi-

dérmica⁸.

En el orden un poco menos candente del pensamiento económico y social tales reconocimientos han sido particularmente reveladores. Pienso en la reciente y comentada confesión de Raúl Prebisch⁹ o en la penetrante historia económica del Brasil (ya citada) de Celso Furtado. La adopción rígida de ideologías que nos perjudicaban y que las metrópolis no se tomaban tan en serio llega hasta nuestros días con una gama de reacciones muy matizadas: ya están a suficiente distancia histórica los efectos del libre comercio teorizado desde Adam Smith hasta Cobden y seguido puntualmente por los brasileños y casi todos los otros pueblos de América Latina. Ya lo están los del sistema rígido del patrón-oro en países de la condición exportadora-importadora de los nuestros. Ya lo están los de la "superioridad blanca", que brindando toda suerte de beneficios a ciertos sectores inmigratorios planeó una suerte de genocidio socio-económico de nuestras poblaciones nativas, consideradas irredimibles para la "vida civilizada", "inintegrables" al crédulo prospecto de crecimiento acariciado por nuestras minorías.

La inversión de la culpa

La trayectoria de "la culpa" se me alarga demasiado pero ella no estaría medianamente completa si no recapitulara una última vuelta de tuerca del tema. Ya señalaba como la actitud ariélica de Rodó incluía una aceptación (débil y un poco vergonzante pero real) de lo que cabía llamar nuestras culpas y nuestros lastres. Pero Rodó estuvo seguramente lejos de prever que en el curso de algunas décadas, y a medida que se pronunciara la crisis de la civilización y la sociedad occidentales, la culpa sería justamente el no aceptar, el no asumir plena y hasta orgulosamente lo que encorpaba el voluminoso capítulo de las calificadas nuestras faltas, de las llamadas nuestras rémoras¹⁰. En adelante, cuando se afinaron psicologías, antropologías y tipologías nacionales el cuadro ya no estuvo reclamando a gritos el bisturí o la escoba. Tampoco, por suerte, el péndulo se largaba siempre hacia la punta de la autocomplacencia. ¿Términos medios? Pienso, por ejemplo, en la sustanciosa introspección que representan las investigaciones de Samuel Ramos sobre el mejicano o en la serie entera de "México y lo mexicano". Tampoco sería en tono inculminatorio que Sábato, en un reciente en-

sayo sobre el tango, se refería al "resentimiento y la tristeza" como señas solares de una idiosincrasia argentina. Mas en general hay que subrayar que en el gran momento esperanzado del futuro latinoamericano que representó la Segunda Guerra Mundial (y que se vierte tan transparentemente en algunos ensayos de Alfonso Reyes, en la profunda concepción mesiánica de Juan Larrea) rémoras y culpas se borran en una especie de torrentosa luz adviniente. Todo tiene su hogar y su redención en este hemisferio destinado a superar (Larrea dixit) entre océanos, las grandezas de una cultura entre ríos (la judeo-cristiana) y de otra entre tierras (la mediterránea).

Ya antes y en su obra tal vez más importante: "La Raza Cósmica" (1925), Vasconcelos había asestado a los dos rémoras más insistidas: el mestizaje racial y el clima tórrido una descalificación primordialmente intuitiva pero que las ciencias sociales tenderían después a ratificar. No es posible rebajar en la historia de nuestros estados de espíritu el efecto de ese brioso alegato del gran mexicano sobre el porvenir de las sociedades tropicales y sobre la fecundidad de nuestro grande e involuntario revoltijo o "melting pot" de sangres y culturas.

Alrededor de una década más tarde, Gilberto Freyre se referirá a los pueblos —China, Brasil— que no han sufrido más que superficialmente la occidentalización burguesa y que se encuentran más desembarazados para llegar —con la ayuda de las mismas técnicas de Occidente— a formas inéditas de convivencia humana, social e internacional.

Los enfoques filosóficos e histórico-culturales de nuestros días —es el caso del chileno Schwartzmann y del argentino Rodolfo Kusch en "América profunda" (1962)— se moverán en un plano aún más hondo pero sustancialmente fiel a tales pautas. Para Kusch, por ejemplo, en su polemizable pero fértil planteo, la "aculturación" de Occidente se simetriza por la fuerza invisible pero triunfal de la "fagocitación" de lo indígena y americano y sus categorías del "mero estar" frente a la del "ser", del "hedor" y de lo "hediento" frente a la "pulcritud" europea que pugna infructuosamente por recubrirlos, anunciando la inexorable caducidad del mundo occidental-burgués basado en la satisfacción brindada por el "patio de las cosas" emplazado en una "ciudad" levantada para precaver de la "ira de los hombres" a una cultura olvidada de la "ira de Dios". Trascendentalismo personal y lite-

rario opinarán algunos, indigenismo anti-moderno y reaccionario, otros. Pero paradójicamente (o tal vez no tanto) Kusch ubica al comunismo entre las potencias que comandan esta irrupción de la "gran historia" en la "pequeña historia". La "pequeña historia" de las naciones y estados bien recortados y limpios que tanto hemos tratado de ser.

La teoría de la conjura

Tiene una sinuosa vida la idea de una conjura que nos ronda. Que no sólo las culpas eran nuestras y que "los otros" —Europa, Estados Unidos— también tenían su parte en nuestras desgracias es vieja convicción iberoamericana. Una famosa y hoy recordada frase de Bolívar no es un caso aislado de una desolada convicción. Al principio, sin embargo, lo que tendía a acentuarse era que la culpa europea consistía esencialmente en ignorarnos, o menospreciarnos, o no "civilizarnos" más, o respetar "gobiernos bárbaros" y tratar con ellos. Alberdi por ejemplo (y con él toda la generación romántico-liberal) digitó estos reproches. En los ensayistas americanistas del 900 —Francisco García Calderón, especialmente¹¹ los asume bien en este tema— la noción de los peligros exteriores se aúna a la de las culpas internas. Las culpas incluían la baja de la guardia frente a las codicias que nos rondaban o la ingenuidad de creernos inmunes a sucesivos zarpazos. Pero europeístas y francófilos entusiastas todos ellos, era frente a los Estados Unidos que alzaban estas advertencias. Sin embargo, aún en esa dirección, el dictamen era complejo. Después de subrayar la rapacidad yanqui en el área del Caribe sostenía García Calderón que *al Sud del Istmo son desinteresadas sus intervenciones pacificadoras...* Y concluía, salomónicamente: *la política maquiavélica dice a los Estados Unidos que han de dividir para reinar: de Panamá al Plata ellos unen y civilizan.* Es digno de señalar que en este "maquiavélico" "dividir para reinar" ya está contenida la noción de conjura que después se precisará.

Muchos, registrese con honradez, no parecerán necesitarla y, sobre todo los planteos de entonación marxista, se limitarán a establecer el "quantum" y los modos de la explotación colonial como fenómenos objetivos que, aunque impliquen la avidez imperialista externa y las complicidades interiores, sólo como aureola emocional o dramatización propa-



FOLIOS EDICIONES

Miguel Briante, *Ley de juego*
 Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*

Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista*

Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*

Pierre Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*

Michel Foucault, *El discurso del poder*

De próxima aparición:

Juan José Saer, *El entendido*
 Antonio Dal Masetto, *Fuego a discreción*

FOLIOS EDICIONES

GANDHI S. A.

Distribuidor: Tucumán 3748
 (1189), Buenos Aires.
 Tel 89-5050

gandística se concederán el manejo de tales elementos. Hay otras posturas matizadas, tal la de Leopoldo Zea en "América en la Historia" que se hallan en cambio, en el linde mismo de la noción de conjura. Porque, dejando de lado algunos equívocos, ¿no implica esa posición su teoría de un Occidente que desencadena universalmente su fe en el liberalismo y la "modernización" pero, al mismo tiempo niega a las otras áreas del mundo, salvo a restringidas minorías de "gerentes" los beneficios de esa misma modernización; de ese Occidente que, (como si esto fuera poco) se apoya fuera de Europa en los sectores de signo antimoderno y antiliberal?

Pero fue sobre todo desde la percepción de un estado de dependencia —omnipresente, omniexplicativo, invariable, salvo la ruptura violenta— que se desprendió la teoría de la conjura o del "complot" como la clave única del atraso y la marginalidad latinoamericanas. Poderosos vínculos unen sin duda dependencia y conjura: su voga es bastante simultánea y suelen, a menudo, sostenerse en conjunto. En puridad, van muy en camino de reemplazar totalmente a las anteriormente revisadas: la de los "lastres", la de las culpas".¹²

Vale la pena, creo, precisar algo más y comenzar señalando que se trata aquí de una concepción de la acción histórico-social esencialmente esotérica, de una interpretación general de todos los acontecimientos importantes estimados como el resultado de las decisiones de esas "fuerzas ocultas" de que hablaba Getulio Vargas en su emocionante carta-testamento del 24 de agosto de 1954.

Esas fuerzas se identifican a veces con naciones, estados, clases, ideologías y grupos funcionales; otras aparecen siendo el instrumento, el brazo armado o enguantado de ellos¹³. Una cosa u otra, se las supone dotadas de una "personalidad" —esto es, de un perfil, de un saber y un querer— que el tiempo apenas desdibuja. Su querer, sobre todo, se le concibe cargado de una malignidad que es voluntad de dominio y voluntad de provecho invariables y casi ilimitadas¹⁴. También lo sería su capacidad de organización, que asegurarían ciudadelas institucionales de aquel incontrastable poder con que las vio Mills estudiando las de su presente norteamericano. Poseerían una aptitud tal para la deliberación y la decisión más racionales que ella les permitiría un cálculo milimétrico de su impacto. También estarían dotados de una continuidad, de una

fría persistencia en la persecución de sus metas que las pondría en condiciones de cancelar todas las variaciones que pudieran imprimirle el cambio de los gestores y de las generaciones de ellos, de su estilo de acción y hasta de sus posiciones doctrinales conscientes. Habilitadas por una abundancia de medios económicos e inmateriales irrestrictos, serían capaces de poner las velas al aire de unos cambios técnicos que otros apenas otean y ellas podrían enlentecer o acicatear; artífices de la acción clandestina, estarían en condiciones de asumir el explosivo poder de las pasiones mayoritarias que son dables de generar, de encandecer o de enfriar y que, aún despreciando, manipularían con destreza. Pero el uso de estos poderes se acrecentaría por un poder más y que es el escamotear la vista de su uso. Ello tanto para la alta habilidad de su manejo como por seguir la pauta habitual de actuar por medio de terceros, de instrumentos.

Aquí entra en juego la clave decisiva de la instigación, de la inducción de comportamientos ajenos. Y si se concibe a esas fuerzas esotéricas actuando fuera de su enclave nacional (si es que lo tienen) la teoría de la conjura se completa si contamos con la certeza de que esa conjura es capaz de ganar en cada medio nacional la voluntad de los elementos nativos necesarios que han de secundarla y permitirle alcanzar sus fines, y, sobre todo, lograr que esos elementos den la cara de modo lo suficientemente ostensible como para que no se sospeche —o que no se pueda probar— la existencia de otros gestores.

El fenómeno que los mexicanos —con el nombre de la amante indígena de Cortés— llamaron "malinchismo" tiene múltiples apariencias pero su parte ha sido representada habitualmente por las oligarquías nativas, descaecidas de su función de usufructuarias mayores a las de "gerentes" o meras intermediarias. Aquí la "conjura" se imbrica a la "culpa", aunque sea una culpa sectorizada, clasística; la misma "rémora" está también presente, pues estas conjuras sólo pueden operar sobre las malandanzas estructurales que nos han tenido indefensos. La voluntad del plan puede ser ganada por el directo y brutal cohecho, por el contrato de dependencia estable, por el espejismo de alguna promesa dorada y aun por la vía más sutil de la "ilusión ideológica": en la trampa de las representaciones mentales pueden meter el pie gentes de buena fe, cuya integridad en materia personal

esté más allá de toda sospecha. La saliencia que tenga cualquiera de estos medios¹⁵ introduce en las explicaciones variantes de consideración pero siempre lo que tiende a resultar es, sino el literal "testaferro", sí el clásico "vendepatrias", el abominado "cipayo" que ha campeado y campea en nuestras sociedades. De cualquier manera, figura negra. Porque sea cual fuere el color y el sabor de las fuerzas externas que sirva las metas últimas son siempre la mediatización, la explotación, el despojo; las tácticas empleadas, la división de los dominados, su descharacterización, el sabotaje —sobre todo— de toda tentativa de desarrollo autónomo.

Historia esotérica

Sucesiva o simultáneamente ha sido abundante la designación de estas fuerzas ocultas, a veces secretas, a veces sólo "discretas"¹⁶, a veces visibles en una engañosa, inocente rutina de organización. Muchas se han turnado en este tipo de denuncia según sean los intereses y las afinidades ideológicas de cada grupo de señaladores. En el pasado, cuando se las concebía como "sociedades secretas", solía representárselas actuando en esos claros de los bosques que dieron su nombre a los "carbonarios", en sótanos o en bohordillas o en trastiendas; hoy se las ve en las reuniones de los "happy few", frente a los mapas de los Estados Mayores, en torno a las relucientes mesas de los directorios empresarios, en la luz tamizada de los despachos en que se hilta la tela del mundo. Son centros de política exterior: el Foreign Office, el State Department —y hasta Ithamaraty—; centros de poder financiero: Wall Street, la City; centros de acción religiosa, o ideológica o racial: Roma, el Vaticano, el "Opus Dei", "los jesuitas", el Gran Oriente, la Sinarquia francesa, el mítico Gran Kahal; organizaciones militares, paramilitares o informativas: la C.I.A., el Pentágono, el Secret Service; centros de poder revolucionario y sus internacionales: Moscú, Pekín, La Habana, el Komintern o el Kominform. La lista, naturalmente, no enumera sujetos de parejos alcances ni es tampoco sincrónica: ya nadie habla de "los jesuitas" o de "la masonería" como se hacía en el siglo XIX, del Gran Oriente o el Gran Kahal como en la "década rosada" y aún los tentáculos de "la City" parecen muy venidos a menos.

De cualquier manera, antes o ahora, todos habrían sido capaces de larguís-

mas, tenaces, retributivas empresas. Pienso, por ejemplo, en explicaciones de la secularización del mundo a partir de la descomposición medieval, en la concepción de una "apostasia" que sería el resultado de un cuidadoso plan cumplido por etapas.^{16 bis} O en la "Leyenda Negra" (cuya historia hizo Carbia) que desprestigió la obra de España en América, ablandó el terreno para sus reemplazantes y que habría sido parejamente regulada. O en la curiosa idea de una "sinarquia", en la que se agruparían muchas de las fuerzas actuantes al presente de las recién enumeradas y que circuló mucho en los medios del peronismo argentino hacia 1972 y 1973. Es capaz de imaginar un centro de inducción que manejaría partidos conservadores y partidos revolucionarios, sectores sociales altos, sectores medios y sectores bajos, las seducciones del socialismo y la poderosa nostalgia de las certidumbres tradicionales, los intereses de las corporaciones transnacionales y los de las economías socialistas. Todo como si fuera un solo y gran teclado de piezas bien afinadas en el que una mano diestra y malévol —y agreguemos: psicológicamente, históricamente, estructuralmente imposible, inconcebible— eligiera para cada paso el compás más justo¹⁷.

Con todo, creo que han existido en el pensamiento latinoamericano dos núcleos interpretativos de nuestra realidad apoyados en la noción de conjura, que lucen como dotados de mayor relevancia que los antes citados.

Comenzando por el norte latinoamericano, por México, se juntan los nombres de Lucas Alamán (1792-1853) y de José Vasconcelos (1881-1959). Aunque parezca harto discutible la justeza de su interpretación¹⁸, el segundo vio en Alamán al primer vidente de un plan y de una tendencia que él llamaría el "poinsetismo", con el nombre del diplomático estadounidense que en alguna instancia movió sutilmente los hilos en la capital mexicana. Largo aliento, largo plazo habría tenido el propósito poinsetista manipulado por los Estados Unidos y enderezado a destruir las estructuras vertebradoras de la sociedad mexicana que Alamán identificaba con el clero, la aristocracia y las fuerzas armadas¹⁹. El político activo que Alamán fue, el personaje que rompe muchos esquemas de la historia progresista, el nostálgico del dominio hispano y aun el teórico de filiación contrarrevolucionaria concibió como árbitros para desbaratar el "poinsetismo" una férrea unidad de las naciones del nuevo mundo

contra el avance norteamericano, una vigorosa política de industrialización y aun el contrapeso de influencias europeas capaces de actuar ante el avance anglosajón. Habría identificado, incluso, la naciente casta de los testaferros y los gerentes en su rival Lorenzo de Zavala y en la acción de las logias "yorkinas". Y aunque su proyecto fuera desbaratado por las circunstancias y su denuncia amortiguada hasta el silencio fue, según Vasconcelos, el primer doctrinario denunciante de la conjura y el primer estratega de los modos de enfrentarla.

El primero, nada más. Porque nuevas modalidades de tutela política y económica darían formas renovadas a la sospecha de una conspiración, ya más que nada anglosajona, para mantener débiles y en minoridad nuestras naciones. La propia experiencia histórica del Río de la Plata nos ha puesto bien en contacto con esa pieza maestra de la conjura que es la política internacional de "balcanización", siempre deseosa de romper las grandes unidades territoriales tradicionales, capaces de defenderse, haciéndolo en pequeños Estados precarios y por ello fáciles de supeditar²⁰.

Pero con esto el tema ya se sitúa en las tácticas variadas aunque bastante tipificables de esa ubicua voluntad imperialista que ha mordido persistentemente sobre nuestros pueblos. En lo que tiene que ver con esta voluntad, en cuanto fue protagonizada por la orgullosa Inglaterra del siglo XIX, creo que pocos planteos manejan tanto el oculto hilo de la conjura como el que realizara en la Argentina Raúl Scalabrini Ortiz y una numerosa línea de discípulos. El empeño por mantener la condición de una Argentina ganadera y triguera, proveedora de alimentos baratos a la creciente y famélica población de la Gran Bretaña industrial, sus correlatos políticos y sociales fueron seguidos por aquél y sus epígonos con una ulcerada certidumbre. Desde Pitt y Beresford, desde el tratado de 1824 y el establecimiento de relaciones diplomáticas hasta Justo y Roca, Aramburu y el almirante Rojas todo les confirmaba (en pureza: les confirma) en la aprensiva convicción de un poder cuya persistencia y sapiencia llegó a adquirir en Scalabrini (recuerdo alguna confidencia de un gran amigo argentino) contornos casi sobrenaturales.

Pero también en general y en otros países cercados secularmente por la "otra" codicia: la norteamericana, la izquierda radical y la izquierda nacional no han soslayado en sus planteos antim-

perialistas el tema de la conjura. Desde los estudios de principios del siglo XX pocas indagaciones de la explotación imperialista han podido prescindir del examen de unas tácticas que son (entre tantas otras) el mantenimiento de la condición monocultora de cada nación, el divisionismo político interno, la promoción de gobiernos sólo fuertes para lograr un implacable orden social, el prestigio de formas culturales extranjerizantes, la corrupción sistemática de los elencos dirigentes. Es una tradición de Iberoamérica la puesta en obra de un repertorio táctico que incluye el copamiento de todos los movimientos de raíz nacional o popular, la colaboración con las fuerzas que buscan su desnaturalización y su fracaso; también, cuando las circunstancias han sido propicias, una brutal intromisión que promueva gobernantes venales y obsecuentes allí donde estadistas honestos y capaces prometían una acción capaz de remontar el peso de nuestras rémoras, de enjugar la carga de nuestras culpas.

Ponderación de una hipótesis

Creo que si puede admitirse que las "sociedades secretas", como decía otro Lukács²¹ "no son la enfermedad sino el síntoma", lo mismo cabe aceptarlo de otras estructuras de poder no visibles o poco aparentes. Y si ésta es una cautela interpretativa a no olvidar, también me parece incluir en esa categoría otra observación (la hace René Remond y es de llano sentido común) de que todas las interpretaciones que la historiografía realiza "ex-post-facto" suelen darle a los acontecimientos una coherencia, una determinación, una intención que casi nunca poseyeron^{21 bis}.

Sin embargo, todo escepticismo ante la existencia de conglomerados tan desconocidos y duraderos de poder se rechaza como indicio de complicidad con ellos; todo reclamo de pruebas de que actúan como se dice que lo hacen se contesta con que las fuerzas secretas o discretas no dejan testimonios de sus conciliábulos; toda voluntad de clarificación tropieza con la golosa predisposición para el misterio que alienta en la mayoría de las gentes²². Porque, en verdad, los núcleos ocultos de decisión se prestan bien a la fabulación y al suspenso. La índole apócrifa de "Los Protocolos de los Sabios de Sión" está hoy bien establecida, pero la mera fabricación de sus textos es bien expresiva de una capacidad siempre bien dispuesta a

imaginar entre bambalinas terribles poderes. Si se atiende también que lo que se busca explicar es el origen de males, de vejaciones que son dolorosamente percibidas, tiene aquí sentido la aserción del psicólogo de la infancia Rosenzweig de que la respuesta extrapunitiva es siempre más fácil que la intrapunitiva²³. Y esto no ocurriría sólo en el niño sino también en esos sectores en los que se efectiva algo así como una conciencia global de las sociedades. Más de una vez se ha destacado aquel tipo de respuesta en las minorías responsables latinoamericanas y la necesidad correctiva de un renovado sentido de la propia culpa²⁴.

De cualquier manera, las teorías de la conjura y de una historia esotérica les dan al militante, al que se preocupa por lo que en su entorno ocurre, la felicidad de descifrar el revés de la trama, de imputar a la inducción de fuerzas inenfrentables los fracasos que se han sufrido y los que se sospecha que se sufrirán²⁵. En cambio, sin esta clientela tienen, suelen arrostrar la animadversión burlesca o la virtuosa indignación de los historiadores "profesionales", "serios" y "científicos".

¿Por qué?

A estos les gusta moverse en el plano de lo verificable y lo verificado, de los datos intergiversables y la historia esoterizante está casi siempre, básicamente, fuera de él.

Si los más escrupulosos realizan una estimación de factores de "causalidad interna" de un proceso, de un acontecimiento nacional determinado y éstos se revelan suficientes para su explicación, el rechazo intelectual se acentúa. No se plantea —siquiera como posibilidad— que hayan actuado inducciones externas capaces de movilizar a instigar la acción de esos determinantes internos y de incidir, así sea indirecta pero poderosamente, sobre el efecto total.

Como resulta obvio, aquí se teje la complicadísima trama que marcan la operancia de un factor interno y de un factor externo, de posibles variables endógenas y posibles variables exógenas. Si en el caso de cualquier nación por lo menos nominalmente soberana hoy está bastante aceptado que no existe factor externo que no tenga que pasar a través de los factores internos de poder²⁶, es, sin embargo la misma entidad del factor externo lo que hace problemática toda conclusión sobre el juego efectivo de las fuerzas y, sobre todo,

sobre la autonomía de un tipo de ellas²⁷.

Sin embargo —es siempre útil volver a las evidencias primeras— es difícil concebir que en la historia los hechos ocurran con la ciega espontaneidad con que creemos ocurren en el mundo natural. Existen, de seguro, más cosas entre el cielo y la tierra que aquellas que para el historiador "positivo" o "positivista" existen. La teoría del complot para influir en el curso de los acontecimientos políticos y sociales tiene respaldos demasiado firmes como para creer que su generalización poco responsable sea dilatación nacido "ex nihilo", carezca de alguna base empírica verificable. No todas las decisiones que afectan la suerte de una sociedad y que, a alguna altura de su ejecución se muestran y movilizan a la luz del día, se documentan públicamente. A veces no están ni en libros de actas, ni en correspondencias reservadas, ni en partes de comandos, ni en protocolos de reuniones; a veces, cuando lo están, son testimonios inaccesibles; en las pocas circunstancias en que ello no ocurre es con gran demora que se puede llegar a su estudio²⁸. Coyunturas históricas hay asimismo, aunque esto amplifique mucho el tema, en las que el mismo "amorismo" social que se registra en la llamada "sociedad de masas" aun parece reclamar —no sólo posibilitar— la decisión velada e imperativa.

Trabajoso es, en verdad, y tal vez sea siempre estrictamente imposible, deslindar fielmente entre lo que se genera en la calle, a la luz del día, en las pasiones reales de los hombres, en sus actos, en sus ideas, en sus tesoneros hábitos y costumbres y aquello que ocurre más allá de éstos, en ámbitos más o menos cerrados. Es de presumir que los dos espacios —y aun un tercero intermedio— interactúan. Es de presumir que los pequeños son capaces de una premeditación y deliberación de las que carecen los masivos, pero que éstos son capaces de ofrecer una sustancial resistencia a toda acción ambiciosa que no incida sobre sus latentes o sus actuales predisposiciones.

Muchos casos de este tipo de acción esotérica pertenecen a la historia científica y otros que se han hecho públicos en los últimos tiempos no tendrán, de seguro, problemas en ingresar a ella²⁹.

Más indiscutibles son aún las resultancias de un proceso mental que podría confundirse con las nociones de "conjura" y de "historia esotérica" pero que,

sin embargo, es desglosable de ellas. Verificada la acción imperialista, la permanencia de sus fines, la estabilidad de sus tácticas, se tiende por una operación intelectual habitualísima, a entificársela en "el imperialismo". El imperialismo genérico o el de tal o cual potencia nacional. En uno u otro caso la continuidad de su gestión luce entonces con contornos muy próximos a la categoría que examinamos, especialmente si se prescinde del margen de acción posible del factor interno y sólo queda visible el muy efectivo de su instrumentación a esos intereses exteriores³⁰. Esto se ha hecho todavía más transparente en el caso concreto de determinadas tácticas, vgr. la de intereses metropolitanos trabando el proceso de industrialización de los países económicamente atrasados³¹ o la de esos mismos intereses —el catálogo latinoamericano es prácticamente interminable— estimulando, financiando, manipulando la caída de aquellos gobiernos que atentan o amenazan meramente atentar contra sus lucros, negocios y prerrogativas.

Tal vez todo lo anterior haga poco más que fijar los parámetros entre los cuales la validez de la teoría de la conjura y de una acción social esotérica habrá, en cada caso concreto, de ser dilucidada. Pero de unas u otras verificaciones (es convicción fundable) hay buena distancia todavía a suponer que *nuestras historias*, como dice el brasileño Simón Schwartzman de la de su país³² *no han sido otra cosa que un juego de fantoches movidos por manos ajenas*.

Peligros de una dispensa

Parece evidente que si se adhiere a la convicción en la fuerza de esta "conjura" y aun a anteriores interpretaciones, la magnitud de cualquier "culpa" (propia) se minimiza hasta la inexistencia. Resulta asimismo claro que, escamoteando el capítulo, ayer oneroso, de las falencias internas y sus causas, no sólo queda raída toda postura autoocrítica, toda insatisfacción espoleadora, toda comparación entre lo que somos y lo que podemos ser. También resultará maltrecho, desalentado, nonato, todo esfuerzo por mejorar lo que en el mismo circuito que dibujan las rémoras, la conjura, las culpas de dentro y de fuera, podría ser mejorado. Esta depresión, en suma, de la energía, de la libertad,

de la capacidad de invención y reacción históricas posee una estrecha correspondencia con el "espíritu acreedor" que el análisis sociológico-existencial ha fijado como uno de los rasgos del llamado "hombre-masa", un espíritu que las colectividades, tanto como los individuos, parecen hoy proclives a portar.

Julián Marías, en una perspectiva europeísta y "pro-occidental", impostada por algunas ideas de Ortega y Gasset ha hablado, por ello, de las "naciones-señorito" y de las "naciones-masa", protagonistas, según él, de esa incesante ola de reclamos y exigencias que los países atrasados están planteando hoy, cada vez más unidos y más impacientes, ante las colectividades ricas y maduras. Lo que representa este modo bizco, "one-sided", de mirar la cuestión no vale la pena de molestarse en mostrarlo, pero no es inútil apuntar que, aun diversamente registrado el cuadro histórico-internacional que legitima esas posturas, apreciaciones más ecuanímes han señalado la existencia de parecidos estados de espíritu. La generosa inteligencia de René Dumont, por ejemplo, no se ha cansado de apuntar esa psicosis de pasividad y permanente petición entre las clases dirigentes de los nuevos Estados africanos ni tampoco de mostrar que mientras la avidez y la ineptitud, las desmesuradas pretensiones de esas nuevas oligarquías nativas despilfarran en proyectos alocados o en "gastos de administración" desmedidos toda la ayuda prestada, más crecen los índices de este "espíritu acreedor" que, de alguna manera, la idea de la conjura robustece³³.

Registrar tales estados de espíritu no representa, hay que apurarse a decirlo, concluir sobre este problema. Hay ¿quién lo duda? por más que se restrinjan a los sectores dirigentes o se extiendan a toda la colectividad, culpas nuestras, culpas que cierta demagogia de radio universal tiende a soslayar, subrayando la evidente realidad de nuestras rémoras estructurales y de las codicias de afuera aliándose con los cómplices de dentro³⁴. Puede valer por un decisivo acierto canalizar energías, reservar todos los alientos para la remoción de las fuerzas que nos traban, para el aventamiento de las conjuras que en contra nuestro se han tejido. Es dable sostener la índole ambigua de muchos emprendimientos por nuestra mejora, de muchas tentativas por la purificación de normas, prácticas, instituciones que pronto han de encontrar su valla en la nocividad de las estructuras y ha-

brán de dilapidar reservas latentes para una acción decisiva sin conseguir otra cosa que distraerlas o crear falsas bonanzas que escondan por un tiempo —un tiempo precarísimo— los intocados males.

Pero esto tampoco cierra los interrogantes. Más allá todavía, a los sectores más despiertos del continente dos preguntas decisivas pueden acuciarlos. Si todo depende esencialmente de las estructuras —de las rémoras, de la conjura exterior —¿"desde dónde" depende y "hasta dónde" todo puede ser mejorado y promovido por el abnegado esfuerzo de nosotros mismos? Y si aún "todo" dependiese de esos meteoros cuya destrucción nuestro interés reclama, si la conclusión, y el ámbito ineludible de esa destrucción se llamase "revolución" ¿hasta qué punto la indiferencia —y aun el consentimiento— a todas las faltas y vicios, a todas las culpas y dimisiones de nuestras propias comunidades no es capaz de destruir los últimos reflejos, las reservas postreras que en ellas quedan de ciertas calidades —digamos: disciplina social, trabajo, honradez personal, devoción, abnegación— que el mismo "gran cambio", en cantidades ingentes, debería reclamar?³⁵

Condición, situación

Creo sin vanidad que esta amortización (sino demolición) de las precedentes claves lleva como de la mano a una noción mucho más aséptica, menos dramática y, sobre todo, más arbitral que las anteriores. Llamémosla *situación* si el enfoque de nuestro continente y sus males desdeña o renuncia calar en el tiempo y sólo en forma estrictamente actual presenta sus ingredientes, su intrincada contextura, su juego de relaciones con todo el contexto mundial que nos rodea. Llamémosla *condición* si, por el contrario, otea los factores estables que los perfilan. Esencialmente neutral, no concluye sobre los actores causantes de nuestros males, su número, su personalidad o impersonalidad, su cercanía o su distancia transatlántica, la premeditación o indeliberación de su actuar. Tampoco sobre la necesidad y fijeza de aquellos males: le basta con no saberlos fugaces.

En cada aspecto que aborde está en el caso de hacer jugar las nociones ya vistas de rémora, de culpa y de conjura y de regular su relevancia factorial, de hacerlas transitables, de vigilar sus posibles desmesuras. Aun a todas las

Incluirá dentro de aquel gran contorno que representa el fenómeno de que entre el 1500 y el 1800 —y con el rótulo de "occidentalización", "modernización" o "europelización"— el mundo se dividiera en dos grandes núcleos de favorecidos y desfavorecidos, premiados y castigados, en unas pocas naciones céntricas y europeas y un inmenso resto del que sólo se escaparon (vale la pena estudiar sistemáticamente las razones) el Japón, los Estados Unidos y algunos dominios británicos. Se le llame "marginalidad" como posición, "subdesarrollo" como índice, "imperialismo" como fuerza inductora, "colonialismo" como tendencia, "factor externo" como abstracción neutra, "dependencia" (o "interdependencia asimétrica") como estado, en ellos nacimos, crecimos y marchitamos.

El de la condición-situación es el estilo (ya se habrá adivinado) de los planteos tecno-burocráticos que tanto abundan en nuestros días. Buscando el más amplio asentimiento e —incluso— tocar el duro corazón o la cerrada mollera de los más culpables, evitan, y no es el caso de reprochárselo, todo lo que recién recordaba y que es, justamente, lo que haría subir la presión de los ánimos. Si manejan multitud de claves no creo que ninguna sea tan representativa de tal actitud como la ya famosa del "deterioro de la relación de intercambio". Lo que implica aceptar, dicho sea de paso, que no pulsa asuntos menores de nuestra realidad.

Pero —repito— no son sólo los enfoques técnicos los que pueden sentirse cómodos en la condición-situación. Y si esta clave, respecto a las otras, carece de la carga y el calor que las otras tienen, mejor todavía. Ya que es en la acción humana promotora y no en el orden mismo de su teorización que estos moduladores deben operar.

¹ Es el caso de la muy conocida de Tulio Halperin Donghi: "Historia contemporánea de América Latina", Madrid, Alianza Editorial, 1969 y de la que lo es menos en estos países, por no estar vertida aun al castellano, de Gustavo Beyhau (en alemán, Fischer, 1965; en italiano, "Storia Universale", nro. 23, Feltrinelli, Milán, 1966).

² "La disputa del Nuevo Mundo: 1750-1900", México, 1960.

³ Cabe observar que las en un tiempo muy atendidas "Meditaciones Sudamericanas" (1931), del Conde Keyserling, prolongan, sin su dictamen peyorativo, esta imagen de una

América como proyección de la Naturaleza, sin Historia, sin Espíritu, toda "gana", "mineralidad", "reptilidad" y "vida ciega".

⁴ Es una erudición zootécnica poco esperable en el maestro de "El Astillero"; como conocimiento erótico resulta algo más previsible.

⁵ Para Marx, por ejemplo, en 1854, el contraste entre México y los Estados Unidos, se fijaba en el cotejo de "los vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo" de "los españoles a la tercera potencia" que los mexicanos eran con "el sentimiento yanqui de independencia y capacidad individual" (Marx-Engels: "Materiales para la historia de América Latina", Buenos Aires, 1972, pág. 203.)

⁶ Los ensayistas de "la culpa" (y esta mención no es obviamente exhaustiva) tendían a endosar al tornasol racial (de indios, oriollos, mestizos, mulatos) ciertas características que después imputaban a toda la sociedad. Tal ocurre —marco con gulones la casi virtual sinonimia— con la de arrogancia - orgullo - soberbia - megalomanía - pasión del poder. Con la de la tristeza. Con la de la ambición - arribismo "ventajismo". Con la de la crueldad - agresividad - belicosidad. Con la de la mentira - duplicidad - adulación. Con la de la desconfianza - irritabilidad - susceptibilidad. Con la de sumisión - pasividad - fatalismo. Con la del resentimiento - envidia - venganza. Con la de la inquietud - inestabilidad - indisciplina. Con la del fanatismo - dogmatismo. Con la del individualismo - insolidarismo social. O con la de: sensualidad desmedida y proliferación de vicios sociales. La de venalidad - corrupción que circula sobre todo a estratos burocráticos y a políticos pero no sólo a estos. La pereza (o la hogazanería o haraganería) se contemplaba como el vicio capital de todas nuestras sociedades americanas y explicaciones raciales, psicológicas y económicas (éstas en menor escala) se derramaron copiosamente sobre ella. En cambio eran más que nada características de la clase dirigente política, intelectual, universitaria, los añotados gustos por la verborrea retórica, la música de las grandes palabras, la discordia del decir y del hacer, el proyectismo, el idealismo verbal, la carencia de espíritu práctico, la improvisación, el repentismo, el pasionalismo, el exceso imaginativo, el teorismo, el apego a la letra, la general inautenticidad. De estos trazos éticos y psicológicos resultaban en la sociedad y el Estado, la discontinuidad del esfuerzo personal y colectivo, la postergación del fomento económico y de los "intereses útiles", la pobreza casi general, la nulidad del ánimo de empresa, la extensión del juego y la bebida generando la decadencia física de la población, la ausencia de espíritu social y el recurso permanente al socorro, la tutela y la dependencia del Estado, la empleomanía y el reparto (que Bulnes llamaba el "canibalismo burocrático"), el estilo de los insaciables motines, golpes de Estado, sublevaciones y guerras civiles y los bandazos de demagogia y tiranía, el personalismo, el sectarismo y el terror políticos, el desorden y la inestabilidad general, los incessantes amagos dictatoriales, la discontinuidad política y social, el caos fiscal y financiero, la enajenación del patrimonio común, la inoperancia de cualquier incipiente y posible opinión pública, la demagogia estrepitosa y descarada, el jacobinismo, el

militarismo, el caudillismo y el caudillismo omnipotentes. También (recuperemos el aliento) la falta de respeto al Estado y de devoción al bien común, el fraude (político, cultural y fiscal) generalizado, la vaciedad de casi todas las convicciones partidistas, el burocratismo y el "papalismo", el teorismo y la imitación cándida de instituciones y "cartas fundamentales", la ineffectividad de la ley y la infinita postergación de toda labor efectiva, seria, meditada, concreta. También —y era la insistencia fundamental de los severos juicios europeos y yanquis— la denegación de justicia al extranjero y la falta de respeto a los "intereses conservadores".

⁷ Aún habría que señalar una tendencia a "entificar" las ideas de "patria", "nación", "destino" y "dignidad nacional"; más tarde la de "desarrollo nacional" abstractizándolas; vaciándolas del contenido humano, de las gentes que las efectivizan, las encarnan. Es una proclividad irresistible en las doctrinas del nacionalismo clásico, del oligarquismo liberal y del desarrollismo capitalista nacional. Peculiariza más en general a los sectores dominantes de toda sociedad, siempre dispuestos a identificar y confundir sus propios intereses y su propia suerte con los intereses y la suerte de la sociedad en que operan y dominan. Creo, por caso, que en las generaciones de la clase dirigente porteña posterior a 1852 existía un auténtico fervor por edificar un país más grande, libre y poderoso —como lo ilustra la obra de Sarmiento y la denuncia de José Hernández— con otra gente, con otro pueblo que el originariamente argentino, la "plebe" gaucha o montonera, a la que se descalificaba para todo futuro mejor. Me parece obvio también que el mismo proceso de asociación-disociación opera en el presente ejemplo brasileño cuando se contraponen la ufania de las tasas de crecimiento anual del PIB conseguidas y el hecho —uno entre tantos— que según FAO el 35% de la población se halle por debajo del mínimo diario prudente de consumo de calorías (el 65% en el famoso nordeste de las secas), etc.

⁸ Sobre los conflictos entre la adopción total de las pautas occidentales y el resguardo de la "herencia nacional", sobre la ambigüedad resultante de la adhesión y trasplante de las ideologías fuera de su contexto original existe al presente un material de planteo y análisis extensísimo. Entre otros, por su equilibrio: K.M. Panikkar: "Asia y la dominación occidental", Buenos Aires, EUDEBA, 1966.

⁹ "Hacia una dinámica del desarrollo económico", México, 1963.

¹⁰ A esa posición se refiere el sociólogo inglés Alistair Hennesy cuando caracteriza un nacionalismo que "sacraliza como virtudes", "fallas y defectos", en el que "el atraso se hace una virtud y la pobreza una ennobecedora experiencia" (en Ghita Ionescu y Ernest Gellner: "Populism", London, Weidenfeld and Nicolson, 1970, págs. 36-36 (hay versión castellana en Amorrortu, Buenos Aires).

¹¹ Sobre todo en "Les démocraties latines de l'Amérique" y "La creación de un continente", ambos de París, 1912.

¹² Dice Hennesy que "la teoría conspira-

toría del neocolonialismo se ha convertido en una parte integral del radicalismo latinoamericano" (op. cit., pág. 37). También subraya Thomas Skidmore el valor de convicción que para el nacionalismo radical tiene la teoría conspiratoria en las prácticas del sabotaje para evitar la industrialización de los países atrasados; y mantener su subdesarrollo ("Brasil: de Getulio a Castelo", Río de Janeiro, Editora Saga, 1969, pág. 120).

¹³ Muy a menudo son las mismas naciones —como ha ocurrido u ocurre con Gran Bretaña y los Estados Unidos— las que, con todas las características que siguen, asumen la forma de entidades monolíticas, no sólo en su proyección externa de poder —lo que a veces es casi cierto— sino en su misma estructura social, cultural, ideológica interna. Sin posibilidad de extenderse en el punto, digamos que tal concepción no sólo es literalmente falsa sino que al serlo, le quita a las fuerzas que quieran enfrentar su impacto una enorme latitud de invención táctica y estratégica y una variada posibilidad de contactos y alianzas intranacionales (esto, claro está, cuando se trata de sistemas pluralistas, no de los monocráticos o más vulgarmente llamados totalitarios). V. n. 24, Aikman.

¹⁴ Esto plantea la cuestión estrictamente científica de la existencia y continuidad de unas "decisiones institucionales" que los individuos concretos cumplirían sin ser mismo a veces conscientes de ellas. Es un caso parejo, y aún incluye en esa concepción que desde Hegel, Marx y todas las teorías transpersonales de la sociedad ven gestores y designios cumpliendo los inmanentes fines de la historia misma sin siquiera percibir sus "astucias".

¹⁵ Para Raúl Scalabrini Ortiz, por ejemplo, los donantes porteños de fondos para la acción reivindicadora del 19 de abril de 1825 eran instrumentos —no precisa si conscientes o no— de Inglaterra ("Política británica en el Río de la Plata", Buenos Aires, Editorial Reconquista, 1940, pág. 104); para Ernesto Palacio en su "Historia de la Argentina" (Buenos Aires, Alpe, 1954, pág. 245) la misma inacción del gobierno de Las Heras en la oportunidad era señal segura de la influencia británica. Medio siglo más tarde, sostiene en cambio Dardo Cúneo a propósito del debate parlamentario de 1876 sobre proteccionismo en la Argentina, los grandes intereses extranjeros elegían a sus abogados por su prestigio forense y social y éstos —caso de Vicente López, Pellegrini, etc.— podían defender en ocasiones puntos de vista hostiles al capital extranjero ("Comportamiento y crisis de la clase empresaria", Buenos Aires, Pleamar, 1967, págs. 56).

¹⁶ La distinción entre sociedades secretas y discretas fue realizada por el Vaticano al autorizar el "Opus Dei".

¹⁶ bis Hanna Arendt sostiene que es muy anterior a la misma Revolución Francesa y tiene ya su versión en la "Monita Secreta", de 1812, "la noción de la existencia ininterrumpida de una secta internacional que ha perseguido los mismos fines revolucionarios desde la Antigüedad". Ve empero su primera versión explícita y moderna en las obras del Chevalier de Malet (1817) que, sin embargo, citan extensamente autores anteriores (en H. Arendt:

"Totalitarianism", New York, Harcourt-Brace, 1969, p. 57 y 82).

¹⁷ V. Gregorio Selsler, "Perón y la sinarquía", en *Marcha*, N° 1625, 29-XII-72.

¹⁸ V. Molés González Navarro: "El pensamiento político de Lucas Alamán", México, El Colegio de México, 1952, pág. 99.

¹⁹ En un contexto filosófico aristotélico y tradicional como aquel en que Alamán se movía es claro que el pueblo quedaba aquí excluido: las causas formalizadoras de la entidad social eran las citadas y el pueblo, la multitud mera "materia".

²⁰ En la historiografía revisionista rioplatense ha pesado y pesa con exceso la suposición de que la acción imperialista siempre ha tendido a dividir los conjuntos mayores como forma de debilitarlos. Es la famosa "balcanización", o "arabización" o "africanización" como otros han propuesto después llamarla. En realidad, y como lo prueban el Río de la Plata, Bélgica, la península indochina y tentativas en Texas hacia 1845 y la misma parcialidad por el bando sudista norteamericano en 1861, Gran Bretaña tendió a fomentar disgregaciones y nuevas implantaciones nacionales allí donde le convenía pero también a evitarlas en los casos en que le parecían impropias o destructoras de un emergente y adecuado mercado importador nacional. Es lo que se probó en el caso del Brasil desde la década de 1820 y especialmente en la Argentina entre 1852 y 1862.

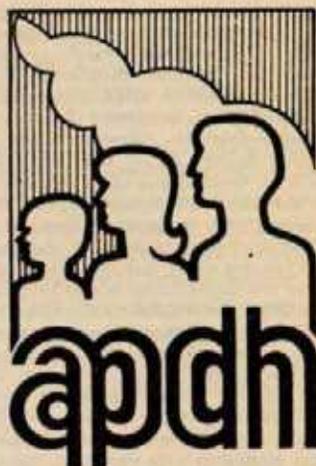
²¹ John Lukacs en prólogo a A. de Tocqueville: "The European Revolution", New York, Doubleday - Anchor - Books, 1959, p. 8.

²¹ bis Con más amplio alcance teórico hay quienes sostienen —y es el caso de Karl Popper en dos penetrantes páginas de "La sociedad abierta y sus enemigos"— que aunque sea indiscutible la existencia de "conjuraciones" en la historia, la poderación de sus efectos debe siempre tomar en cuenta la ley o principio de la indeterminación e imprevisibilidad de sus resultados que afecta a toda acción histórica consciente y deliberada (en op. cit., Buenos Aires, Editorial Paidós, 1957, págs. 296-297).

²² Remond: "Revue Française de Science Politique", 1967, pág. 1170; Colette Ysmal, ídem, 1966, págs. 1201-1203. Hanna Arendt: Op. Cit., p. 49.

²³ W.H. Sprott: "Introducción a la Psicología social", Buenos Aires, Paidós, 1964, pág. 233.

²⁴ Sostenía en Montevideo el técnico chileno Max Neff en entrevista con "Marcha", N° 1347, 7-IV-67, que contra la convicción de que todo es culpa "de otros" era urgente un "mea culpa" latinoamericano sobre las frivolidades, incapacidades, alienaciones y mediocridades que nos aquejan. En su "Sociología rural latinoamericana", Buenos Aires, EUDEBA, 1963, págs. 89-90, respecto a los lastres de nuestro régimen agrario, afirmaba Solari que la culpa de él no es sólo del imperialismo, que si defiende el régimen de tierras en otros países no lo hace en el Río de la Plata y que esa culpa lo son también la ineptitud y la impre-



La ASAMBLEA PERMANENTE
POR LOS DERECHOS HUMANOS

convoca

a los concursos de:

- PINTURA
- DIBUJO

Jurados de la Soc. Arg. de Artistas Plásticos, Asoc. Estímulo de Bellas Artes, Asoc. de Dibujantes de la Argentina y A.P.D.H.

- POESIA
- CUENTO
- ENSAYO

Jurados: Jorge Lafforgue, Carlos Altamirano, José Pablo Feinmann, Beatriz Sarlo, Santiago Kovadloff, Juan José Manauta.

Las bases pueden retirarse en: Callao 569,
2do. Piso Of. 15, Buenos Aires

visión latinoamericanas, el poder de las clases altas, la falta de organización de las bajas, etc. En sus confidencias a una periodista argentina señalaba no hace mucho Guillermo Cabrera Infante que "en Latinoamérica la gente habla copiosamente, discute y gesticula acerca de los males del colonialismo americano, pero nunca acerca de las grandes responsabilidades en que incurrían los gobiernos latinoamericanos al no ser capaces de manejar creativa y solidariamente con sus propios problemas locales, muchos de los cuales se originaron mucho antes de que Nueva Inglaterra fuera colonizada (en Rita Gulbert: "Seven Voices", New York, Alfred Knopf, 1973, pág. 371). Desde la vertiente norteamericana se ha apuntado desde 1940 la proclividad latinoamericana "extrapunitiva", caso de Duncan Aikman en "All-American Front" (hay traducción argentina en "Claridad") quien decía que "La llave del proceso mental latinoamericano es que los portavoces de las indignadas repúblicas no reconocieron imperfecciones o provocaciones de sus propios gobiernos, a los que dramatizaron como las víctimas de un ultraje global, aún antes de que tal ultraje hubiera extralimitado sus bases locales y vociferaron contra el imperialismo de la "Nueva Roma" sin hacer el más liviano esfuerzo por estimular a las vastas, latentes fuerzas que en la república nortea se oponían al imperialismo o cooperar con ellas" (en John A. Crow: "The Epic of Latin-America", New York, Doubleday, 1946). También insiste en el tema casi un tercio de siglo más tarde el sociólogo israelí-americano Joseph Hodara en su caustico artículo sobre "La dependencia de la dependencia" (en "Aportes", París, Nº 21, julio 1971). Al otro extremo de la posición, René Dumont sostiene que la culpa propia de los pueblos atrasados es un mito europeo que los blancos han explotado desvergonzadamente (en "L'Afrique Noire est mal partie", Paris, Editions Du Seuil, 1962, pág. 20). Hanna Arendt correlaciona el Mpo político "totalitario" con una propaganda "que sirve para emancipar el pensamiento de la experiencia y la realidad y siempre se esfuerza por inyectar un sentido secreto en cada acontecimiento público y tangible, sospechar una intención secreta detrás de cada acto político (...). El concepto de enemistad es reemplazado por el de conspiración y ello genera una mentalidad en la cual la realidad —amistad o enemistad efectivas— dejan de ser experimentadas y entendidas en sus propios términos sino, y siempre asumidas como significando alguna otra cosa" (Op. cit. p. 169).

²⁵ Esta función militante me parece alentar básicamente en la tesis, original aunque muy discutible, de Juan Bosch sobre "El Pentagonismo" (Montevideo, El Siglo Veintiuno, 1968). También la misma juega en planteos nacional-populistas de derecha, caso del bastante pintoresco del P. Virgilio Filippo: "Imperialismo y masonería", Buenos Aires, Organización San José, 1967, y prácticamente en toda la historiografía revisionista.

²⁶ Como creemos que el caso reciente de Chile lo demuestra, Barrington Moore Jr. sobre el fenómeno asiático, sostiene que la desesperada presión de la población sobre la tierra en China y la India no fue el resultado del impacto occidental ni de la destrucción de las artesanías si antes no hubiera precedido la acción interna, endógena (without prior stifling by purely do-

mestic forces). En "Social Origins of Democracy and Dictatorship", Penguin-Peregrine Books, 1966, págs. 177 "et passim" (hay traducción castellana en Amorrortu, Buenos Aires). Sobre el "factor exógeno" dice Fernando Henrique Cardoso ("Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes", México, Siglo XXI, págs. 71-72) que "Solamente como fuerza de expresión es posible pensar en un condicionante de lo "interno" (esto es, de la esfera de acción-decisión que se bosqueja en el ámbito de las sociedades dependientes) por lo "externo", puesto que en realidad la dominación externa sólo se presenta como tal en el caso de relaciones extremas entre metrópoli y colonia. En la "dependencia nacional" habrá siempre una base interna de dominación externa, no sólo como resultado de una superioridad, por así decirlo, técnico-económica de las economías centrales, sino como resultado de un proceso político-social de formación de alianzas y de legitimaciones que pasan a crear solidaridades —en torno, evidentemente, a núcleos de intereses económicos comunes— entre grupos y clases sociales situados en el ámbito de sociedades dependientes y los que se sitúan en las naciones hegemónicas".

²⁷ Sostiene Glaucio Soares que la existencia de "la variable no controlada por el estudio interno introduce un alto grado de inseguridad en las conclusiones y esta inseguridad es cada vez mayor cuanto menor es el grado de autonomía funcional. De modo que, suponiendo un sistema totalmente integrado y de una sistematicidad absoluta, el resultado sería indeterminado en base al estudio interno" (en "América Latina: ensayos de interpretación sociológico-política", Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970, págs. 375-376).

²⁸ "Es difícil documentar como no sea con deducciones y presunciones que suelen no convencer a los espíritus prevenidos que el predominio comercial y financiero de Inglaterra fue obra del prevaricato de los dirigentes y no una necesidad nacional. Es difícil porque no queda ratificado en documentos" (Raúl Scalabrini Ortiz: "Política británica...", cit.) Puede alegarse, es claro, que hay excepciones a esta falta de prueba y que ello es más fácil que existan en el presente, como en las famosas cintas grabadas del caso Watergate.

²⁹ De los primeros, el fenómeno de la acción "sinarquista" en Francia, durante el gobierno de Vichy. De los segundos, las tentativas de la I.T.T. contra el gobierno de Unidad Popular chileno, divulgadas en 1973 en los Estados Unidos, aunque ellas no alcanzaron apoyo oficial, por lo menos entonces.

³⁰ Es, incluso, por exigencias terminológicas, el sesgo de las interpretaciones de André Gunder Frank, del tanto más penetrante ensayo de Alain Joxe sobre "Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile", Santiago, Editorial Universitaria, 1970 y, en general, de casi toda la literatura latinoamericana sobre la incidencia de las fuerzas externas en las situaciones nacionales.

³¹ Sobre franceses e ingleses contra el proceso industrializador en la España del siglo XVIII: Richard Herr: "España y la revolución del siglo XVIII", Madrid, Aguilar, 1964, pág. 124.

³² En "Desarrollo Económico", Buenos Aires, nro. 41, pág. 53.

³³ René Dumont: "L'Afrique Noire est mal partie", Paris, 1962.

³⁴ Juan A. Ortega y Medina, interesante historiador mexicano, en un afinado juicio sobre "Historiografía soviética Iberoamericana" (México, 1961), teje esta reflexión que bien podría valer para toda Iberoamérica: "Su maniqueísmo histórico separa radicalmente los campos antagónicos, y nos conceden el papel de inocente cordero de la famosa fábula diplomática e histórica: por supuesto, los Estados Unidos representan el papel de lobo feroz. Este reparto puede tal vez halagarnos; pero la condena de Norteamérica no nos absuelve, empero, de nuestros pecados históricos. Está bien que en la nueva versión fabulesca arevaliana nos haya tocado representar a las infelices sardinas —el tiburón todo el mundo sabe quién es—; mas estas alegorías consoladoras, no nos liberan del peso histórico de nuestra culpabilidad. Es más sano históricamente asumir nuestra propia responsabilidad que achacar todas nuestras desgracias al poderoso vecino; porque a decir verdad éste no lo era tanto en 1846, y aun mucho menos lo era en 1821, cuando México resultaba ser la primera gran nación del hemisferio occidental. Si a los pocos años de esto habíamos ya perdido nuestra preponderancia, la culpa fue sin duda de los Estados Unidos; pero también lo fue nuestra; queremos decir de nuestra propia realidad, herencia y tradición históricas" (pág. 24). Ahora bien: el hecho de que esto acá afirmado frente a historiadores soviéticos, no permite fillar "toda" posición metodológicamente marxista en tal actitud. Por una parte es evidente que el recelo a los enfoques ético-psicológicos y la primacía de los sociológicos y objetivizantes desplazará el punto de vista marxista hacia un insistir en las rémoras estructurales: feudalismo, latifundio y aun en una visión del imperialismo como fuerza ciega, anónima, impersonal. Si, a pesar de esto, recurre con fines de prestigio y propaganda a la noción de culpas internas las cesará a la clase altoburguesa o feudal dirigente; si a la conjura, a los mismos sectores del exterior. Rastreando esta pista en la obra capital: "Siete ensayos sobre la realidad peruana", de José Carlos Mariátegui, el pensador marxista posiblemente más abondado y original de nuestra América, no es imposible ver su afinidad con una noción objetiva de "condición" en la que las otras: culpas, rémoras, acechanzas, se resumen o convergen. Frente al indigenismo de algunos pensadores de su tierra, Mariátegui afirmaba que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales y frente a la noción de rémora, disminuye la responsabilidad de España respecto a la de la República, aseverando posteriormente: "no renegamos la herencia española; renegamos la herencia feudal". Popper (en op. cit. en nota 21 bis, p. 302) sostiene que mientras el pensamiento personal de Marx es totalmente ajeno a la "Teoría de la conjura", ésta es la pieza sustancial del "marxismo vulgar".

³⁵ Esto sea dicho sin prejuzgar sobre los aspectos y procesos que ese "gran cambio" debería adoptar, aun siendo radical y global; sobre el ritmo gradualista que tal vez presente, sobre la economía en "medios duros" y tantas veces repelentes, o de amateurismo peño, que sea capaz de realizar.

Reportaje a Tulio Halperin Donghi

ENSEÑANZA Y PRACTICA DE LA HISTORIA

1. *Usted participó activamente no sólo en la experiencia de la universidad, entre 1958 y 1966, sino también de uno de los institutos de investigación, el de historia social de la Facultad de Filosofía y Letras. Quisiéramos pedirle su opinión acerca de esos años, tanto en el nivel de la institución académica como de las posibilidades, objetivos y prácticas de la docencia y la investigación en ese marco.*

2. *El deterioro de la vida universitaria en la Argentina de los últimos años requiere un esfuerzo para imaginar, para una universidad democrática, nuevas formas organizativas y de aprendizaje en el entrenamiento de futuros docentes e investigadores ¿cuáles serían en su opinión algunas de las pautas básicas al respecto, en especial para la carrera de historia?*

3. *Su trabajo historiográfico está colocado fuera de las clásicas líneas que han dividido a la historiografía argentina y que constituyen tendencias no sólo de la ciencia histórica y sus métodos, sino también verdaderos espacios ideológico-políticos. ¿Cómo se definiría respecto de estos campos que, al mismo tiempo, le pedimos que defina?*

1. La experiencia universitaria a la que se refiere, aunque no a todos les guste recordarlo, va en rigor de 1955 a 1966; hay que subrayarlo porque las fechas mismas revelan que se dio en un contexto histórico irreplicable, y por eso mismo su examen puede ofrecer menos enseñanzas para el futuro de lo que tantos parecen creer hoy en la Argentina. Irreplicable políticamente: fueron las condiciones peculiares de la caída del primer peronismo las que permitieron el surgimiento de una universidad democrática en un marco nacional que desde el comienzo no lo era y estaba destinado a serlo cada vez menos. Ello otorgó ventajas iniciales; así se basara ella en malos entendidos, aseguró a la renovación universitaria una tolerancia entre sectores conservadores que le permitió avanzar más de lo que había ocurrido en 1918, cuando la reforma se había insertado en un avance democrático más

amplio. Al mismo tiempo esa contradicción era una bomba de tiempo, y —desde que la revolución cubana persuadió a sectores crecientes de las clases conservadoras de que el peronismo era una anécdota que era necesario (y por lo tanto posible) reabsorber— sólo podía discutirse cuánto podría aun arrastrarse; era en cambio evidente cómo iba a terminar.

Irreplicable también culturalmente: aquí fue determinante la política cultural del primer peronismo (y no sólo dentro de la universidad), que había logrado crear un clima particularmente asfixiante, e hizo sentir la necesidad de un rápido deshielo después de esa insoportablemente larga edad glacial; las exigencias culturales eran así sentidas de veras —y no sólo repetidas como consignas políticas— por grupos mucho más amplios de lo que es habitual en momentos de tumultuosa renovación universitaria. Esto hizo que en

1955 —a mi juicio por última vez, y de modo ya anacrónico— la renovación universitaria se diera a través de un impulso que sumaba sin diferenciarlas la exigencia de cambio político democrático y la de reorientación cultural renovadora. Era ése el marco en el que se iba a dar la tentativa de organizar un centro de estudios de historia social en Buenos Aires, pero ésta estuvo además limitada por la falta de cualquier apoyatura institucional adecuada: la carrera de historia estaba más dominada que nunca por los epígonos de la Nueva Escuela, y la de Sociología nos consideraba a lo sumo auxiliares útiles. La consecuencia fue, para los estudiantes que se acercaban, una situación paradójica: el contexto no podía ser más inhóspito, pero en la medida en que todos lo advertíamos no sé si no tratamos de compensarlo demasiado con una comprensión siempre disponible para la dificultad de su situación, que llevó a que no siempre la orientación de candidatos a historiadores profesionales se distinguiera tanto como hubiera debido de una terapia de apoyo a quienes comenzaban a dudar de que podrían llegar a serlo.

Cuál era el contenido de esa renovación no era tema de debate explícito; de hecho introdujo en la Argentina la que es hoy tendencia dominante en la historiografía latinoamericana, a saber, una mezcla (integración sería un término quizá demasiado optimista) de escuela de los *Annales* y neomarxismo, con presencia a menudo significativa de aportes de las ciencias sociales anglosajonas; eso no era el resultado de una decisión de política cultural, más bien de que tratábamos de enseñar a hacer la historia que creíamos saber hacer.

Era entonces un proyecto "cientifista". Tenía desde luego que serlo en una coyuntura que, si nos dejaba algún espacio, era en nombre de nuestra competencia específica, lo único que quedaba para alegar en nuestro favor frente a un consenso político nacional y un movimiento estudiantil cada vez más ansiosos de tomar sus distancias. Pero no lo era por oportunismo; creo que, si todos sabíamos que una empresa de conocimiento se da en un contexto histórico y tiene consecuencias prácticas que inciden sobre él, tiene a la vez rasgos y exigencias específicos que es preciso respetar si se quiere hacer un trabajo respetable.

2. Imaginarlo para una universidad democrática me parece menos relevante que hacerlo para la universidad que nos va a de-

parar esta democratización política en difícil avance, si es que llega a término. Por lo dicho antes, me parece que la fórmula que hizo posible 1918 y 1955, que identificaba en un solo haz agitación estudiantil, recusación política y exigencia de renovación cultural, sólo podrá sobrevivir si se establece entre ellas una relación más compleja y articulada; ese modelo ya era inadecuado a lo que socialmente era la universidad en 1955; en 1973 su vigencia fue sólo aparente, ya que la primacía del motivo político era muy clara; tratar de exhumarlo mañana sería, me parece, leer muy mal los datos de la situación.

Naturalmente no es posible dibujar desde ya todos los rasgos de esa situación, pero puede desde ya preverse que en su centro va a estar una explosión demográfica. El movimiento estudiantil tiene, al lado de consignas ocasionales, una que le es constitutiva: la universidad abierta al pueblo, es decir, a los hijos de nuestra inmensa clase media porteña; cualquier gobierno elegido va a tener que satisfacerla, ya que es una de las pocas cosas que puede hacer por esa sufrida y exasperada clase sin gastar lo que no tiene. Esto significa que la universidad no va a tener los recursos para encuadrar de veras a la masa que se apresta a invadirla; el único modo de crear espacio para la investigación y formación de investigadores es el adoptado primero en Estados Unidos debido a la tradicional generalidad y elementalidad del primer ciclo universitario, e introducido en tantas partes desde que 1968 hizo de nuestra Reforma un fenómeno planetario: la creación de un ciclo de postgrado dotado de un currículum nutrido; es una solución que conozco demasiado de cerca para hacerme ninguna ilusión sobre ella, y significa todavía un nuevo modo de sacar las consecuencias del fin de esa identificación total entre objetivos culturales, políticos y comunitarios que hizo a la vez la fuerza y la debi-

lidad de nuestras renovaciones universitarias.

Quien ha vivido una de esas exaltantes experiencias puede compadecer a los que entren en la universidad sabiendo que ésta puede ser a lo sumo un marco y no el motor de un proyecto cultural, pero si esto es lo que es, más vale saberlo que ignorarlo. A esto habría que agregar algo más: no es ya el único marco, ni puede ser un marco autosuficiente. Y sería entonces oportuno considerar más globalmente el aparato y la política cultural del estado; la eficacia de un sistema de formación de investigadores en carreras de postgrado depende de la coordinación entre lo que hace la Universidad y lo que por su cuenta decide el CONACYT; ésta es una buena razón por la cual lo que ocurre allí debiera despertar mayor atención de la que generalmente se le dispensa; sería en verdad escandaloso que —caso de avanzar la democratización política— las áreas de ciencias sociales y humanas siguieran gobernadas con los criterios desafortunadamente facciosos que las han venido caracterizando. Esto sin hablar de otras instituciones en que esos criterios pesan menos que la negligencia de sus deberes llevada por el estado a extremos casi criminales (pienso sobre todo, pero no exclusivamente, en la Biblioteca Nacional, cuya comparación con la de Montevideo o Santiago de Chile, bajo gobiernos que ni nadan en la abundancia ni son ejemplos de agudizada sensibilidad cultural, es particularmente ilustrativa).

Subrayar estos temas y exigencias no serviría sin embargo de mucho si sólo expresara una adaptación táctica a una democratización limitada, que tolera mejor aspiraciones profesionales o científicas que recusaciones ideológicas. Debe por el contrario partir de un sinceramiento sobre lo que hacemos y queremos hacer (aquí hablo desde luego por mí, pero me parece que no sólo por mí);

comprendo muy bien que estudiar cosas que a uno le parecen interesantes, contar qué cree uno haber encontrado en ellas y tratar de enseñar a otros a hacer lo mismo es un destino muy poco exaltante, y justifica la búsqueda de compensaciones imaginarias, pero tomar a éstas por reales tiene consecuencias muy serias, que sería conveniente evitar. Eso naturalmente choca con el bovaryismo que me temo es elemento constitutivo de la personalidad del intelectual, y choca aún más con modalidades muy argentinas (cuando en 1972 o 1973 veía a tanta gente de pronto disfrazada de lo que obviamente no era, y a la vez convencida, no de que no se notaba que era disfraz, sino de que no estaba en absoluto disfrazada, era difícil no recordar a Ortega y Gasset y sus experiencias con los universitarios argentinos de medio siglo antes, frente a los cuales el tacto no servía, porque la susceptibilidad que se hería no era la derivada de lo que eran, sino de lo que creían ser), pero es necesario para conceder a nuestra tarea la atención que merece.

3. Supongo que se refiere al debate del revisionismo, que tiene en efecto enorme interés como fenómeno ideológico-político, cuyo origen más remoto se encuentra, más bien que en el peso de la formidable literatura polémica desencadenada contra Rosas por sus enemigos (según creen tantos revisionistas, para quienes Rosas es sobre todo la víctima del talento literario de Sarmiento), en la decisión estrictamente política de demonizar a Rosas para devolver rápidamente la cohesión política a la provincia de Buenos Aires y permitirle borrar las consecuencias de su derrota de Caseros. Naturalmente, esa decisión no estaba destinada a mantener eternamente marginados a los anti-guos rosistas, sino a negar que ellos hubieran jamás existido, y facilitar así su recuperación sin escándalo.

Esa audaz mistificación tuvo entre sus inspiradores al padre fundador de nuestra historiografía moderna, pero Mitre tenía demasiado respeto por su profesión para permitir que ella se infiltrara en su obra histórica, que no propone ninguna interpretación de la etapa rosista. Y en efecto esa demonización de Rosas era radicalmente incompatible con cualquier imagen histórica de la etapa por él dominada; hacia 1930 sobrevivía vigorosamente en la revista *Billiken* y en los radio-teatros, pero —contra lo que creen recor-



ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Director: Emilio J. Corbière

Correspondencia: Revista *Icaria*, Fundación "Juan B. Justo", Av. Rivadavia 2009, piso 2° E, 1033, Buenos Aires, Argentina.

dar los revisionistas— conservaba muy escasa influencia sobre la "historia oficial".

Fueron precisamente los revisionistas los que rehabilitaron la noción de la radical excepcionalidad de Rosas en la historia argentina, para ver en él el antecedente de un curso histórico alternativo al que la Argentina había venido siguiendo. El revisionismo buscaba expresar así la creciente desazón hacia ese curso, sentida primero por los que veían con hostilidad la apertura democrática de 1916, pero a partir de 1930 por los muchos más numerosos que sufren las consecuencias de la crisis que ha puesto fin a un siglo y medio de progresos vertiginosos para el Río de la Plata.

Todo esto es obvio y, si el revisionismo fuera sólo esto, se distinguiría menos de toda una literatura que en Hispanoamérica iba a echar miradas indagadoras sobre el pasado a la vez que sobre el presente, a partir de la brutal toma de conciencia de la posición marginal del subcontinente. Lo que hace su originalidad es el camino que eligió para dar expresión a esa conciencia nueva: al buscar la clave del presente en un pasado desde el origen fuertemente —y deliberadamente— mitificado, su relación con ese presente se tornaba a la vez alusiva y elusiva, y arrastraba una constante ambigüedad, surgida en parte de imprecisión y heterogeneidad ideológica, pero reforzada desde que los revisionistas descubren que ella ofrece ventajas políticas inmediatas: así el primer revisionismo, corolario de una crítica de la restauración conservadora, encuentra apoyos en ésta en la medida en que su manifestación más tangible es una invitación a tomar distancia frente a los padres fundadores, cuya relación, así fuese ambigua y mediada, con el impulso democrático revolucionario del siglo XIX los conservadores hallaban ya inaceptable. A partir de entonces el revisionismo prospera diciéndole a la gente lo que quiere oír, y si se constituye así en excelente indicador de estados de ánimo colectivos, ello no agrega agudeza a su análisis de los problemas argentinos del siglo XX; éste es ofrecido sólo de modo alegórico a través de una identificación de éstos con los que dominan su reconstrucción mitológica de la historia del siglo XIX, redefinida en cada caso para poder extraer de ella los paralelos oportunos: así Rosas pasa a ser, de profético seguidor de las lecciones de Maurras, a *quarante-huitard*, luchador contra la dependencia o el que habría recupe-

rado las Malvinas. Todo esto es un sucedáneo del examen de los problemas tan quemantes de la Argentina de hoy, y va acompañado de una reiterativa y constantemente vacía promesa de revelar su clave en un pasado mantenido en secreto por una secular conspiración de silencio. Si la gravitación del revisionismo es un rasgo sintomático de nuestra historia reciente, lo es en cuanto a la vez expresa y refuerza el ritmo maniaco-depresivo que ésta ha venido tomando, al contribuir a ofrecer en cada caso una alternativa fantasmiosa a la toma de contacto con una realidad demasiado ingrata para que no sea entendible el ansia de escapar de ella.

Sobre esas "clásicas líneas" como "tendencias de la ciencia histórica y sus métodos" me temo que tengo mucho menos que decir; no son en absoluto eso, a mi juicio. La contribución del revisionismo a hacer avanzar nuestra historiografía está muy cerca de ser nula; sin duda la *Vida política de Juan Manuel de Rosas* de Irazusta es una obra llena de sobria elegancia, pero no mucho más que un alegato de parte, la *Historia de los ferrocarriles argentinos*, de Scalabrini Ortiz, es un trabajo útil, pero en verdad se ubica fuera de los esquemas interpretativos del revisionismo, y cuando Scalabrini los adopta, en su *Política británica en el Río de la Plata*, su aplicación lo lleva al borde del delirio sistemático; las tentativas de hibridar revi-

sionismo con alguna versión de marxismo se han revelado estériles, aun cuando tuviesen a su servicio inteligencias agudas (pienso sobre todo en Astesano y en Ortega Peña-Duhaide). Todo esto me parece normal, como es normal que haya una polémica política que se especialice en usar analógicamente argumentos históricos. Lo que me parece deplorable como resultado último del impacto del revisionismo es que, mientras en otros países Mariátegui disputa con Haya de la Torre sobre el siglo XX, y los historiadores tratan de entender en serio la naturaleza de la sociedad colonial y lo que significó la incorporación subordinada a una economía dominada por el nuevo capitalismo industrial, en la Argentina haya gente grande que cree que la clave del pasado y el presente se encontrará cuando se establezca de una vez por todas si la matanza de prisioneros en San Nicolás fue más o menos fea que la de la división Aquino en Palermo. Este debate sobre temas serios a través de analogías pueriles me parece totalmente inútil, y creo que no soy el único; los revisionistas han quedado dueños del campo, y esto, que sin duda refleja su triunfo como empresa política, tiene que ver también con la vacuidad de esa empresa en el terreno estrictamente histórico: el campo que han elegido es uno que cualquiera que se interese de veras por la historia ha de cederles con mucho gusto.

Ricardo Rosas 11

LITERATURAS

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

La cocina literaria de Gabriel García Márquez

Ahora, cuando después del premio Nobel la obra de G.G.M. alcanza una difusión tan amplia, perdiendo casi sus raíces, resulta pertinente volver a rastrear en ellas, reconstruyendo el apasionante proceso gracias al cual un escritor llega a ser lo que es, en un contrapunto continuo de exploración de la realidad y de estudio de la literatura que le permita expresarla. Esa formación que sólo se da en el acto mismo de escribir; en el gesto mediante el cual un escritor se apropia de su mundo, y lo recrea. Comencemos entonces tomando el toro por las astas. En 1971 Octavio Paz mantuvo una larga entrevista-libro con Julián Ríos, en la cual dijo: "Gómez de la Serna está presente en nuestra literatura. Por ejemplo, es uno de los antecedentes de García Márquez. El mismo amor a la imagen descomunal y absurda, no el humor negro sino la fascinación, muy hispánica, por lo grotesco y lo monstruoso, por los extremos y los colmos. Por supuesto, hay una diferencia radical entre Gómez de la Serna y García Márquez: el primero es un inventor mientras que el segundo es un popularizador. El lenguaje atomizado de Gómez de la Serna es el lenguaje de la explosión: con él comienza la prosa moderna en español. La prosa del escritor colombiano, esencialmente académica, es un compromiso entre periodismo y fantasía. Poesía aguada. García Márquez es un continuador de una doble corriente latinoamericana: la épica rural y la novela fantástica. No carece de habilidad pero es un divulgador, o como llamaba Pound a este tipo de fabricantes, un *diluter*"¹.

Habría que esperar diez años para corroborar la intuitiva agudeza de Paz como lector, detectando el influjo de

Gómez de la Serna en García Márquez. En 1981, con la aparición de *Textos costeños*, un volumen donde se recoge todo el trabajo periodístico de G.G.M. entre mayo de 1948 y diciembre de 1952, la presencia de Gómez de la Serna era harto evidente. "No sé qué tiene el acordeón de comunicativo que cuando lo oímos se nos arruga el sentimiento. Perdone usted, señor lector, este principio de greguería", dice G.G.M., en el arranque de una de sus notas y el procedimiento, como periodista que era no deja de utilizarlo con insistencia.

Gancho, apertura a un territorio incógnito mediante esas sorpresas rotundas, la greguería le permitía capturar la atención, cumpliendo así el fatigoso deber de un columnista que debe renovar, cada día, el interés de sus eventuales lectores con temas novedosos, con variaciones originales en torno a los temas seculares o, incluso, a la carencia de ellos. Exageración deliberada, poesía sorpresiva, la greguería era utilizada como una llamada de alerta dentro de las convenciones estatuidas de la nota periodística. Era el leatid llamativo.

"Lo mejor que tienen las gaitas escocesas es su extraordinario parecido con las orquídeas"; "La exageración es una dama gorda y festiva que por lo general se cae por su propio peso"; "Las Islas del Pacífico, con pacientes tortugas que hacen la digestión del tiempo y con caracoles que ponen canciones retorcidas en vez de huevos"; todas estas, y muchas otras, son greguerías similares a las que Ramón Gómez de la Serna, colaborador habitual del suplemento literario de *El Tiempo*, de Bogotá, enviaba regularmente por aquellos años, desde Buenos

Aires. ¿Y qué otra cosa sino largas greguerías es la serie de textos en torno a esa marquesa que recibe elefantes blancos de regalo, elefantes que mueren de nostalgia frente a una mesa de billar, "contemplando el esférico final de lo que fue su segunda y última dentición", y que posee una orquesta de 32 canarios que interpreta óperas de Wagner?

En muchos vanguardistas —pienso en Oliverio Girondo o en Luis Vidales— es factible encontrar la misma fantasía disparatada invirtiendo, a través de breves textos en prosa, las coordenadas habituales. De ahí, también, el camino que puede concluir en un humorismo a lo Jardiel Poncela en cuyas obras completas se abanica, como es obvio, la ya mentada marquesa.

Pero lo que quería sugerir, haciendo referencia a Gómez de la Serna, es cómo a partir de ese núcleo situado entre 1948 y 1952, del cual surge prácticamente toda la obra de García Márquez, hasta llegar, en *Cien años de soledad*, a esa típica greguería que consiste en definir al dirigible como "un elefante volador que buscaba un sitio para dormir entre las nubes", lo interesante es comprobar la fidelidad de García Márquez a sus raíces, en este caso literarias. El siempre ha vituperado, en general, los asedios críticos en torno a su obra, llevándolo a poner el énfasis en una suerte de intuición poética y vitalismo de reportero hemingwayano, más que en su moroso aprendizaje de la literatura. Pero lo que sí es cierto es que él leyó, en sus años de aprendizaje, más autores de aquellos que por rutina nos hemos acostumbrado a tomar en cuenta —los Kafka, Faulkner y Virginia Woolf que siempre se reiteran y sobre los cuales, ya en 1951, el propio García Márquez había dado la voz de alerta. "Como mis autores favoritos, por el momento, son Faulkner, Kafka y Virginia Woolf, y mi máxima aspiración es llegar a escribir como ellos".

Pero dejemos de lado estos subalternos menesteres policiales, al decir de Borges, y en lugar del rastreo de influencias concentrémonos en el indudable punto de partida, a nivel literario, de una vocación terca y ambiciosa, sostenida por una voluntad de hierro y una concentración obsesiva en torno a sus inconfundibles núcleos temáticos.

"Todavía no se ha escrito en Colombia la novela que esté indudable y afortunadamente influida por Joyce, por Faulkner o por Virginia Woolf. Si los colombianos hemos de decidirnos acer-

tadamente, tendríamos que caer irremediablemente en esta corriente. Lo lamentable es que ello no haya sucedido aún, ni se vean los más ligeros síntomas que pueda acontecer alguna vez". De aquí, como rechazo, puede fijarse el entronque de G.G.M. con una tradición nacional que consideraba insuficiente pero de la cual sin lugar a dudas, se había alimentado. Tradición narrativa que arranca de *El Carnero*, de Rodríguez Freyre, un libro deleitoso, lleno de guiños de complicidad con el lector, que ve atemperada su salacidad chismográfica, plétórica de brujas y adulterios, en las *Reminiscencias*, de Cordovez Moure, y que luego habría de aportar, en *María*, la cifra del romanticismo; y en *La vorágine*, el ápice de la novela de la selva, para más tarde, en esa charla comadreja y anacrónica que es el lenguaje castizamente vernáculo de Tomás Carrasquilla, amodorrarse, casi que para siempre, si exceptuamos, obvio, los desafueros, exabruptos y pirotécnicos tipográficos, del caso patológico que era José María Vargas Vila, alguien que sin tener nada que ver con la literatura se convirtió en nuestro indudable best-seller-con mucho-antes de García Márquez.

Si bien G.G.M. elogia *La Marquesa de Yolombo* por encima de "esa cosa" —así la llamó— que era *La vorágine*, en ese definido propósito de "empezar a ser un poco menos nosotros mismos y un poco más universales" que era su programa de trabajo, él comienza por mirar hacia fuera, buscando en otros horizontes puntos de apoyo. Las que él llamó, por ejemplo, "las más famosas e indiscutiblemente dos grandes novelas de nuestro tiempo: *Contrapunto* y *Con los esclavos en la noria*, de Aldous Huxley". Pero también Dickens, Curzio Malaparte, Pierre Louys; Salavin, el aprendiz de Duhamel, García Lorca y Julien Green. O incluso un relato de Mark Twain, en el cual aparece "la historia de los dos gemelos del Mississippi, de los cuales no se sabe en la historia sino que uno había sobrevivido al otro, sin que el sobreviviente supiera cuál de los dos era el muerto"—tema, por cierto, que habría de reaparecer en *Cien años de soledad*, y el cual, en otra de sus notas periodísticas, habría de perseguir hasta sus fuentes bíblicas: "Lo peor del caso es que nada hay más contagioso que esto de la gemelidad" (un comienzo, por cierto, típico de Gómez de la Serna). "Rebeca, esposa de Isaac, fue la primera mu-

jer histórica que salió con tamaño despiante al dar a luz, simultáneamente, a Esau, el velludo y a Jacob, el suplantedor", consciente ya de que en ningún libro "hay tantas personas tácitas o concretas", como en la Biblia.

Pero no sólo era la Biblia la que reclamaba su atención. Un cuento de Truman Capote, "Miriam", le permite asomarse a esa atmósfera, de pesadilla lírica, que sería la suya en sus primeros bocetos narrativos. "Ese clima poético, casi angélico, casi completamente simbólico, en que se mueve su protagonista joven: una misteriosa niña de sueños casi inasiblemente real, casi visiblemente abstracta e inconcreta. Realismo de lo irreal, pudiéramos decir. O más exactamente: Irrealidad demasiado humana". Una excelente fórmula para definir, cómo no, su ulterior trayectoria narrativa.

Pero lo singular en García Márquez es ver cómo esa realidad escrita que iba siendo la literatura se va permeando, poco a poco, con los contenidos de esa otra realidad que es la de su cultura, una cultura popular contrapuesta por él a esa expresión letrada e indudablemente académica que era la cultura bogotana. "El provincianismo literario en Colombia empieza a 2.500 metros sobre el nivel del mar", dice G.G.M., señalando uno de los polos conflictivos que habría de determinar, como impulso, toda su obra: el enfrentamiento crítico entre la cultura costeña y la cultura cachaca, entre la Costa y Bogotá.

Ese diálogo polémico en el cual él maduraría, apropiándose de los instrumentos técnicos de los periodistas bogotanos para ponerlos al servicio de un repertorio costeño. Se dedica, por ello, a un inventario de los bienes culturales de su región, comenzando por los cantos vallenatos que los juglares del Magdalena, César y el Valle de Upar más que cantar dicen melódicamente. Como lo anota Angel Rama refiriéndose a José María Arguedas: "En los niveles del recitativo y el canto funciona el mito, mientras que en los de la declamación y la narración funciona la historia". Esos cantos vallenatos, como lo vio muy bien García Márquez, conjugan, de modo magnífico, ambos niveles: "No hay una sola letra en los vallenatos que no corresponda a un episodio cierto de la vida real, a una experiencia del autor. Un juglar del río César no canta porque sí, ni cuando le viene en gana, sino

cuando siente el apremio de hacerlo después de haber sido estimulado por un hecho real. Exactamente como el verdadero poeta. Exactamente como los juglares de la mejor estirpe medieval".

Esos trovadores, de alpargata y sombrero alón, sintetizados arquetípicamente en Francisco el Hombre, que actúan como correos trashumantes de la región, incorporando, por pocos centavos, las noticias que las gentes de un pueblo quieren transmitir a otro casi como un periódico cantado, eran los que iban a nutrir, con su eficacia narrativa —cada canción era un pequeño cuento, una historia redonda, con moraleja o sin ella— las búsquedas de G.G.M. en pos de una identidad propia. De aquello que hablando de Germán Arciniegas y su conocida *Biografía del Caribe*, que "lo acostumbra a uno a tratar con familiaridad a los personajes más inaccesibles y remotos", llamaría "el gran manicomio del Nuevo Mundo".

Era esa música popular, que en sus mejores momentos respira el aire de "la pura poesía" y que siempre se hallaba tensionada por un estricto laceratismo, la que en un plano ideal y desde una perspectiva colectiva, iba a oponer a esos detritus líricos, de un exacerba-



Ya apareció

CINE LIBRE Número 6

Bertolucci productor: un padre carnibal / Reportaje a Fernando Birri, el inventor incansable / José Luis Garcí: un Oscar al conformismo / Encuentro con Nelson Pereira dos Santos: la conciencia del Cinema Novo / Sadoul: últimas palabras de Louis Lumière.

Reclame la primera entrega de la **Historia del cine argentino** en fascículos

do individualismo, que desde Bogotá parecían perdurar, con aplastante inercia. Los satiriza así: "bueyes virgilianos coronados de rosas francesas; manebos adónicos condenados a cadena perpetua; y novias imposibles que si de algo pueden estar satisfechas es de tener ojos como soles, bocas de rubí, dientes de perlas y breve pie, como todas las novias imposibles de los versos centenaristas".

Una retórica, en fin, que él iba a poner en duda no sólo desde los cantos vallenatos sino sumándose con entusiasmo a la renovación lírica que propugnaba por entonces el movimiento denominado "Piedra y Cielo". Un entusiasmo, sí, atemperado por la crítica, pero que iba a ser decisivo en su carrera. "Tal vez ya ha dicho alguien que 'Piedra y Cielo' fue nuestro movimiento literario más ingenioso. El más sagaz y al mismo tiempo, muy posiblemente, el mejor intencionado. Pero pasada la tempestad metafórica, olvidado el fogonazo del último relámpago, tal vez sea doloroso reconocer que fue muy poco —casi nada en realidad— lo que nos dio 'Piedra y Cielo', aparte de cierto romanticismo audaz para romper los códigos estéticos vigentes antes de ese movimiento, aunque para caer bajo la dictadura de otro —impuesto por ellos— igualmente transitorio y vicioso. Le falta lo esencial: el estremecimiento".

Una valoración que la crítica literaria colombiana, en estos últimos años, ha hecho suya, apuntando hacia el mismo desfasaje entre un lenguaje casi etéreo y una reducción del caudal lírico a la simple tautología sonora. A pesar de que buena parte del arsenal metafórico de "Piedra y Cielo" habría de incorporarse a su propia escritura, de modo evidente, y que Angel Rama, hablando del futuro de *Cien años de soledad* dice que "el libro agotará a los lectores ansiosos de novedades, quienes serán reacios al mal poeta 'pedra-cielista' que allí se esconde y verán su rutilante coherencia como un previsible espectáculo de feria folklórica"², García Márquez pedía algo más, en el plano de la poesía.

Pedía la voz de Pablo Neruda, demasiado visible en dos discípulos suyos colombianos que G.G.M. reseñó con acuidad: Carlos Castro Saavedra y Héctor Rojas Herazo. Una poesía de glándulas, vísceras y entrañas, que rescate a la poesía "de aquel paraíso de evasión" piedra-cielista, "de aquel suspirante territorio donde el hombre parecía haber reempla-

zado sus hormonas por refinados jugos vegetales". Y agrega: "El error fundamental de todos nuestros poetas consiste precisamente en que se hundieron para siempre en la catalepsia de las palabras. En consecuencia, dejaron primar la onomatopeya sobre el sentido. Y creyeron ser tiernos cuando elaboraron el poema con palabras suspirantes, o soberbios cuando lo elaboraron con elementos vocabulares de estridente y galopante sonoridad".

García Márquez, quien ya por aquellos años conocía tan bien el carácter de los colombianos como para afirmar que en el fondo del baúl de cada uno de ellos "hay siempre un soneto escrito y un discurso en preparación", iba a poner en duda toda esa altisonancia de orador parlamentario, de editorial de periódico, de coronación de reina de belleza, para llevándola a su delirio —el caso, por ejemplo, de un cuento como "Los funerales de la Mama Grande"— hacerla estallar, manteniéndola, sin embargo, como sustrato de su propia escritura. No otra cosa puede explicar la apoteosis verbal que alcanzan ciertas páginas de *El otoño del patriarca*, donde su fascinación por el solo goce idiomático riza el rizo de tantos párrafos sostenidos a punta de puro virtuosismo.

Pero si bien ironiza, apropiándose, en torno a dicha retórica, no por ello descuida otra vertiente, por cierto muy colombiana, de agudos comentaristas de prensa que en sus columnas diarias daban desde Bogotá, como García Márquez lo hacía desde Cartagena y Barranquilla, con puntualidad concentrada, muy válidas impresiones del acontecer humano y literario. Uno de ellos era Hernando Téllez, afrancesado, gran lector de Julian Green; el otro Eduardo Zalamea Borda, más norteamericanizado, y autor de una novela sobre la Guajira, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, y con los cuales, desde provincia, García Márquez mantendría un diálogo fraternalmente edípico, donde reivindicaría una cultura más democrática, casi populachera, en la cual la cursilería —"lo único cierto después de tantos años"—, el melodramatismo y la sensiblería se tornan anti-valores, ante la rigidez aparente de la cultura bogotana.

Hay un momento en esta confrontación entre el joven periodista, que escribe sus primeros cuentos, y los ya consagrados maestros del periodismo, también narradores, que a mi parecer resulta antológico. Téllez, un hombre

fino si los hubo, y dotado de agudo sentido del humor, descubre en la cocina de su casa una edición del *Cancionero Latinoamericano*, propiedad de la muchacha de servicio, que leído le da la sensación de que la vida humana es "un ejercicio incómodo, sujeto a las más pesadas chanzas, bastante despacible y terriblemente absurdo". García Márquez replica a este comentario de Téllez con una nota que es un indudable manifiesto estético: "Infidelidad, Ausencia, Perfidia, Olvido y Venganza" no son acaso los mismos cinco temas de los más grandes maestros de la literatura universal, se pregunta. Y luego recuerda, una vez más, la carga lírica de los cantos vallenatos y el poder melódico de las letras de mambo, con el cual, como dice en otra nota, Pérez Prado ha "tocado la clave definitiva en el corazón de todos los muchachitos que silban en todas las esquinas del mundo", para concluir reiterando su admiración por un escritor que "sin previa preparación espiritual" irrumpía en "un sector social con el que no parece estar familiarizado". Por lo pronto, concluye, "los incondicionales admiradores de Hernando Téllez debemos manifestar nuestro agrado de que el excelente estilista haya descubierto una de las ventajas que tiene para un escritor forzar un poco la costumbre —y los posibles escrúpulos— y dirigirse al jardín no por el camino de la biblioteca sino por el de la cocina".

La cocina, donde se escucha en la radio esa inmortal obra que fue "El derecho de nacer" a la cual tanto Téllez como García Márquez dedican sendos análisis, con sus celeberrimos personajes Albertico Limonta, Rafael del Junco y la Negra María Dolores. La cocina, donde además de radionovelas se oyen boleros, que también García Márquez comenta en sus columnas ("Llevarás la marca" o "Sencillamente hipócrita") hablando de esas obstinadas letras que todos deben soportar "sólo porque en determinada parte del mundo, determinada mujer se burló de determinado idiota, y éste se consideró en la obligación de decirselo a todo el que esté en capacidad de oír". La cocina, donde se oyen también guarachas, mambos, son montuno, destacando nombres que hoy, treinta años después, continúan vigentes, como el del "jefe" Daniel Santos o el de Miguelito Valdés, exaltados igualmente por García Márquez. Es allí en la cocina, precisamente, donde se pierde

todo sentido del ridículo, en aras de esa pasión desahogada que es el fútbol. Resulta curioso comprobar cómo García Márquez, "dotado de una santa ignorancia deportiva", cae en ese torbellino exaltante de todos los domingos, por culpa de sus amigos, trocándose en un hinchita furibundo. La cocina, finalmente, donde si se lee, se leen acaso esos maravillosos subproductos que son los folletines sentimentales, la crónica roja, las novelitas policiales o las tiras cómicas.

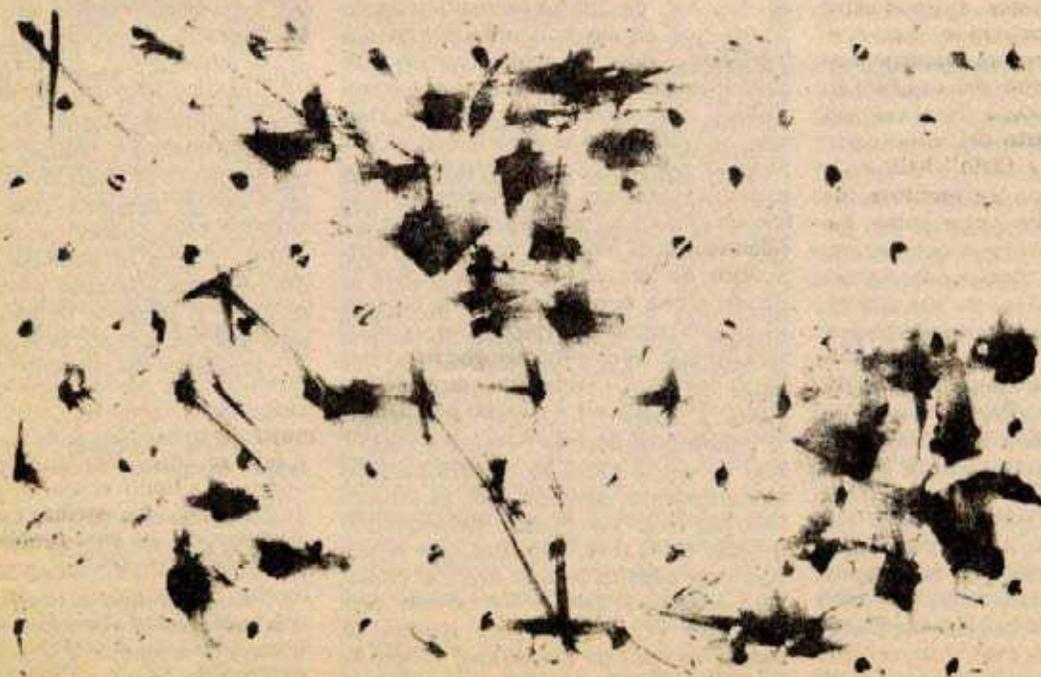
No hay, a lo largo de estas centenas de columnas periodísticas —y varios años antes de Umberto Eco!— un tema que vuelva con mayor regularidad que el de las tiras cómicas, especialmente el de las malandanzas y desavenencias de Panchito y Ramona. ¿Por qué este interés? La respuesta la da el propio García Márquez, ya con perspectiva de novelista: "Ningún hogar ha sido tan bien definido desde un principio como este que forjó McManus. Desde hace treinta y seis años está la esposa tratando de templar las desafinadas cuerdas de su garganta metálica, mientras el marido inventa las más inútiles artimañas para lograr encontrarse con sus desajustados contertulios". Definir, desde el comienzo, un carácter para así volverlo inolvidable: esta fórmula de las tiras cómicas habría de serle útil

al aprendiz de escritor. Sólo una vez fijado, el personaje podría cambiar y transformarse. Sólo una vez visto con nitidez, él podría salirse de las manos del autor, y mirarlo, frente a frente.

Este interés por las tiras cómicas lo lleva, en un solo párrafo de una nota, a glorificar la noticia del fallecimiento de Borroughs, el creador de Tarzán. A resumir, periodísticamente, un complejo proceso de "modernización" cultural que apuntaba, como tantos otros datos aquí consignados, a mostrar el influjo de los medios de comunicación masiva en la fabricación de una nueva cultura, de producción en serie y acogida múltiple; de despersonalización tecnológica, en aras de la satisfacción inmediata y el consumismo ya perceptible. "En la obra literaria Cervantes es ahora lo que es por haber logrado un Quijote; Dostoiewski por haber entregado al mundo un Karamasov o un Raskolnikov, Rabelais por haber impuesto un Gargantúa y un Pantagruel. Con las historietas cómicas, en cambio, acontece que los personajes vivos se incorporan al vocabulario común y se hacen famosos por sus propias actividades, sin que a nadie le importe un bledo cuál es el nombre del autor de Dick Tracey. Se está hablando de hechos como lo son —e indiscutiblemente por cierto— estos

de que así como en la esquina hay un Gargantúa, hay en la otra un Avivato y más allá un Superman y finalmente un Popeye estafalario y descomunal. Si ello significa que la humanidad está en una lamentable decadencia, buena hora es de que lo digan otros. Pero no nos va a costar mucho trabajo admitir que el género preponderante de esa decadencia no lo es tanto el cinematógrafo como las tiras cómicas", para terminar preguntándose: ¿Por qué los personajes de las tiras cómicas se hacen famosos y enriquecen las expresiones populares sin que el público se interese por conocer los nombres de quienes les dieron vida?

Música popular del Caribe, tiras cómicas, cambio de tono en la sensibilidad colectiva, apertura democrática: de aquí, en una forma natural, se llegaría al reconocimiento de la notoria influencia del cine en ciertos recursos de la novela actual, y su admiración por el neo-realismo italiano. Hablando de *Ladrón de bicicletas* dirá G.G.M.: "los italianos están haciendo cine en la calle, sin estudios, sin trucos escénicos, como la vida misma". Y esto, que luego documentará ampliamente su labor como crítico cinematográfico, y sus trancos estudios de cine, en Italia, tiene una prolongación coherente en su defensa de la publicidad, ingrediente básico en la conformación



de esta nueva cultura.

"Las gentes de este tiempo prefieren —¿preferimos?— una propaganda ingeniosa a todas las palabras de Pígalión. Por lo menos la primera nos deja la satisfacción de que nos engaña sin que nos demos cuenta". Era el joven periodista que aprehendía la realidad con voracidad incontenible y buscaba, en todos los medios de comunicación a su alcance, trucos que le permitieran volverla persuasiva, desde el punto de vista literario. Era el hombre que desbordado por su materia narrativa buscaba concertarla en una ficción sin resquicios, contundente como un buen slogan. De ahí su insistencia en el primer párrafo de toda novela, el cual habrá de determinar el resto.

"Toda obra de ficción es la presentación de un mundo imaginario, entregado por un autor capaz de rodearlo con las más dramáticas apariencias de realidad, a un público capaz de estremecerse ante esas apariencias". Esas apariencias en que iban a quedar convertidas su nostalgia y sus recuerdos; el mundo, ya arrasado de Aracataca-Macondo, y la pervivencia cristalizada de su soledad inmemorial. Personajes inconfundibles —la casa, el coronel, Remedios— que en muchas de estas cuartillas iniciales se vislumbran con claridad, aunque todavía sometidos a la rígida puntuación cronológica.

Pastiche y parodias de lenguajes codificados; el paso de la leyenda inmemorial a la volandera nota periodística y de ésta, nuevamente, al flujo recurrente del mito: toda esta cocina literaria en que se va haciendo G.G.M.; todo este ir y venir de influjos y al mismo tiempo, y sobre todo, esa práctica cotidiana de irse acostumbrando a decir lo suyo, viéndolo escrito, es lo que nos permite repasar las casi mil páginas de su etapa inicial, advirtiendo cómo se daban allí, precisos, todos los temas que luego habrían de volverse inconfundibles rasgos en su desempeño profesional.

Ese propósito, por ejemplo, de humanizar la historia, volviéndola cotidiana, y a la vez confiriéndole una aureola mítica, de crear milagros a partir de los datos concretos; o fabricar maravillas que se desprenden, con naturalidad, de la planicie diaria. Hablando de un libro iconoclasta sobre una heroína de la independencia colombiana caracteriza su estilo con una frase perfectamente aplicable al que años después va a ser el suyo: "una prosa vacilante entre la narración vernácula y la historia novelada en la que sin em-

bargo se sienten a veces los benéficos alfileres de la poesía rescatada".

G.G.M., miembro, de algún modo, de una generación "despreocupada por lo trascendental, subyugada por lo transitoriamente pintoresco y frívolo"; generación que va al cine, baila ritmos antillanos, toma coca-cola, usa en el vestido todos los matices de la escala cromática, y saluda a sus compañeros con inmenso desenfado, tal como la pinta en una de sus notas, era al mismo tiempo capaz de afinar sus instrumentos de captación del modo más sutil e individualizado; y, simultáneamente, de descubrir, en su contorno inmediato, los puntos de referencia que le dieran respaldo a sus propósitos literarios. Por una parte, el ser humano que reacciona de modo personal ante el mundo; por otra, el escritor que busca, con ansia, maestros y formas que le permitan decir lo que él ve, lo que él siente, lo que él huele. Fijémonos en esto.

Si hay un sentido que defina la obra de García Márquez éste sería el del olfato. "El sentido del olfato es implacable en la individualización de los recuerdos. Hubo una vez una mujer que usó un perfume amargo. Y allí se quedó para siempre, impresa en la memoria, como la fotografía de un olor y es así más dolorosa y torturante por lo vaga, por lo abstracta e inalcanzable. Porque el retrato da la luz y la forma, pero el recuerdo del olor da la temperatura. En ninguno de los cinco sentidos queda mejor marcado el tiempo que en el del olfato", dice en una hermosa, y muy definitiva nota que no por nada se titula "El infierno olfativo".

Pero dicha nota —la nota de un poeta que reflexiona sobre los activantes que dan vida a su memoria y mantienen activo el recuerdo— concluye con una cita, en la cual el carácter físico del acto se metafórica y asciende a una dimensión literaria, que sintetizándolo lo amplía al máximo: "J.R.J. preguntaba: ¿A qué huele el amor? Podría respondersele: Huele a verde". Juan Ramón Jiménez, la presencia tutelar de "Piedra y Cielo", uno de cuyos libros sirvió para bautizar el movimiento, aparece aquí ya consustanciado con las formas de expresión propias de G.G.M. Aquellas que él emplea para designar lo más suyo: el olfato, esa magdalena que le ha servido para recuperar el trópico; para aspirar, de nuevo, ese olor de la guayaba, en que ha querido simbolizar toda su aventura. Una aventura literaria.

Hablando del cuentista barranquillero José Félix Fuenmayor, autor de *La muerte en la calle*, dice G.G.M.: "nos lleva la ventaja a los jóvenes de que nosotros leemos a Faulkner, a Steinbeck, a Sarmiento, a Hemingway, dispuestos a admirar en ellos lo que nos parece bien y a rechazar lo que nos parece mal. La actitud de José Félix Fuenmayor es otra: es una posición de pelea. Una posición que —me parece— lo coloca más adelante de los jóvenes: constantemente está discutiendo consigo mismo, enredándose, abriendo trochas, hasta cuando se le queda entre los dedos una raíz, un balance que no admite ya más depuración. Lo accesorio, lo deslumbrante, lo ornamental no cuenta para el criollismo de este autor. Se va al fondo, a la esencia de lo nuestro, y saca a flote nuestras características nacionales. Pero solamente las que tienen valor universal ¿y las otras para qué?"

Esencializar y transfigurar. Sí, todas estas series de preguntas que G.G.M. se había hecho a sí mismo, a nivel de su sensibilidad personal, y de su búsqueda de medios y maestros, desembocan allí, en esta nueva pregunta, a partir de la cual ya podía lanzarse a escribir su mundo —el mundo de la Marquesita de la Sierpe y de los coroneles retirados que acuden a misa con su hija; ese mundo estancado que aguardaba la llegada de alguien, a la vez tan próximo y tan distante de él, como para verlo, y olerlo, dándole nueva vida. Podía empezar. Ya sólo le quedaba por delante el largo camino de casi treinta y tres años que concluiría con el premio Nobel, premiosamente anunciado en la nota que en 1950 dedicó a William Faulkner con tal motivo: "El maestro William Faulkner, en su apartada casa de Oxford, Missouri, debe haber recibido la noticia con la frialdad de quien ve llegar un tardío visitante que nada nuevo agregará a su largo y paciente trabajo de escritor, pero que, en cambio, le dejará el incómodo privilegio de ponerlo de moda".¹

¹ Octavio Paz-Julían Ríos, *Solo a dos voces*, Barcelona, Editorial Lumen, 1973.

² Angel Rama, "El puesto de Gabriel García Márquez", en *Eco*, Bogotá, Número 255, enero 1983, págs. 225-237.

³ Todas las citas de Gabriel García Márquez aparecidas en el presente trabajo han sido tomadas de G.G.M., *Textos costeños*, *Obra periodística*, vol. I, recopilación y prólogo Jacques Gilard, Barcelona, Editorial Bruguera, 1981.

GERARDO MARIO GOLOBOFF

Kafka: la escritura ardiente



"Ansiaba amar, pero huía del amor. Escribía una frase e inmediatamente la tachaba". Esta caracterización (que no está extraída de ningún ensayo sino de un cuento: "Un amigo de Kafka", de Isaac Singer) me ha sorprendido siempre, no tanto por su profundidad evidente, sino, más que nada, por la tan extraña y subterránea unidad entre ambas ideas, expresadas además en forma simultánea. Es tan estrecha en Kafka la relación entre el amor y la escritura, que ésta no puede comprenderse fuera de la relación erótica, aún en sus más variadas y desconocidas manifestaciones. El afecto, la amistad, el contacto, la proximidad física, el goce sexual, el deseo bajo cualquiera de sus infinitas facetas, se activan, se cargan y se canalizan en la máxima pulsión kafkiana: el acto de escribir.

Nos sorprende por eso que Bataille advierta que "el erotismo en *El proceso* o *El castillo* es un erotismo sin amor, sin deseo y sin fuerza, un erotismo del desierto, al que habría que escapar a toda costa", porque lo que parece habersele deslizado al autor de *La literatura y el mal* es la absoluta inmersión del deseo

en la escritura, hasta el punto mismo de disimularse y desaparecer, hasta hacerse sólo descarga, "desierta" descarga. (Los complejos mecanismos por los que la energía literaria se apropia de todo el campo "ardiente" del sujeto quisieron ser comunicados también por el propio Kafka cuando, en una carta dirigida a Max Brod, sostiene la imagen, aparentemente brutal, de que la frase final de "La condena" fue concebida "como una fuerte eyaculación". La enorme concentración "orgánica" de la imaginación kafkiana, las exigencias y los padecimientos de la creación, la completa inmersión del escritor en la marcha de su texto, no podían sino buscar símiles corporales a esa necesidad de solución, de cierre. Más tarde, en los numerosos textos trunco que dejará, la vía que parece elegir el inconsciente es otra: la de la pérdida, la de la disolución. . .)

Por mucho que se haya dicho y afirmado sobre su carácter "intelectual", Kafka aparece, en este sentido, como uno de los escritores más "físicos": su cuerpo es el motor que constantemente anima el flujo artístico, así como la sequedad (la humana imposibilidad de escribir siempre) repercute sobre su or-

ganismo, caja, receptáculo casi cosificado de esa angustia. Las anotaciones que registran estos trasvasamientos y desacerdos son numerosísimas. Tomemos algunas, poco menos que al azar: "Pero es necesario que cada día al menos una línea se fije sobre mí, así como hoy se orienta el telescopio sobre los cometas", escribe en una de las primerísimas páginas del *Diario*. Más adelante, buscando las causas del pertinaz desvelo nocturno que lo acompañó toda su vida, asienta: "Yo creo que este insomnio se debe únicamente al hecho de que escribo" (2 de octubre, 1911). En otra ocasión, justamente al terminar de escribir el ya mencionado relato "La condena": ". . . mis piernas anquilosadas. Mi terrible fatiga y mi alegría. . . / En muchas ocasiones durante esta noche, he soportado el peso de mi cuerpo sobre mi espalda. / . . / Leves dolores en el corazón. El cansancio, desapareciendo en medio de la noche. Mi temblorosa entrada a la habitación de mis hermanas." (23 de setiembre, 1912).

Es, pues, la raíz eminentemente somática de su vocación la que lo lleva a sentirse prisionero de esa necesidad de llenar cuartillas, del tener que dedicar obsesivamente un tiempo diario a la tarea, del precisar huir a otro tipo de trabajos. Prisionero también de la propia y humana imposibilidad de perfección. Y, finalmente, de la definitiva privación ante cualquier otro gusto. Ya a principios de 1912 comprobaba: "Se puede distinguir perfectamente en mí una concentración en beneficio de la literatura. Cuando se volvió evidente en mi organismo que la orientación de mi naturaleza hacia la creación literaria era la más productiva, todo se comprimió en esa dirección y dejó desiertas aquellas aptitudes que se orientaban hacia los placeres del sexo, de la bebida, de la comida, de la reflexión filosófica y, en primerísimo lugar, de la música. Yo enflaquecí por todos esos lados".

Esta disposición ascética de uno de los fundadores de la modernidad literaria de nuestro tiempo se adelanta a ciertas teorías puestas en boga por algunos nuevos escritores, para quienes la reivindicación gremial fundamental parece ser la de negarse como tales. Ser ignorante, inculto, o bien vitalista, vividor, improvisado y, muy especialmente, no intelectual, no artista, constituiría uno de los timbres de honor en esta época de la cultura para esos campeones de la espontaneidad. Kafka, en

cambio, como Flaubert, vive en y por la literatura, es su apóstol. Precisamente, estudiando esta comparación, afirma Maurice Blanchot en su bello trabajo "Kafka y la exigencia de la obra": "... desde su adolescencia sufrió extraordinariamente la influencia de artistas como Goethe y como Flaubert, que a menudo estaba dispuesto a colocar por encima de todos, porque ellos estaban dispuestos a colocar su arte por encima de todo". El "todo", por ello, se juega aquí, en el trabajo literario, en su costosa hechura y en sus inciertos resultados. Y se juega dramática, terriblemente. No hay otros consuelos, ni escapatorias, ni coartadas. No se desconocen, es cierto, la política, la preocupación social, la historia, la responsabilidad colectiva, pero es en la producción textual donde el escritor "dice" qué es el mundo y, dado el carácter de la praxis artística, muchas veces lo que él será.

En ocasiones desgraciadas se pretendió que Kafka, por esas razones, pecaba de "idealismo". El capítulo (como tantos otros semejantes) no está aún cerrado porque los sectores que lo afirmaban piensan todavía que los buenos sentidos preceden a la obra literaria, que ella los transparente, los trasmite. Kafka, como ninguno, vivió la materialidad de la literatura, su poder transformador, el movimiento de la obra. Puso de manifiesto lo que sin él hubiéramos podido presentir pero jamás saber: que pocos escriben verdaderamente porque conozcan como nadie hacia dónde va el mundo y la vida, porque tengan un claro mensaje que dejar a los demás. Que en realidad se escribe porque el hombre no termina en sí mismo, la incertidumbre y la falta de certezas lo dominan, la fragmentación es su profundo sino.

Hasta el último instante de su vida, Kafka cree que no hay nada que legar, nada que dictar a los demás. Con el famoso pedido para que, a su muerte, se quemaran sus textos, parece señalarlo. En ese ruego pleno de sinceridad, de desazón, está contenido íntegramente el sentido de actividad, de energía que se "quema" en el instante de labor. Todo lo demás (eco, fama, publicidad) es ajeno al trabajo de escribir. Comprendiéndolo también así (no en vano fue su mejor amigo y el destinatario del pedido), la genialidad de Max Brod consistió en desdeñar una hoguera por otra.

Toulouse, mayo 1983

NORA CATELLI

La vuelta a la narración

I

"Es una novela de aventuras" dijo Mario Vargas Llosa en la presentación de *La guerra del fin del mundo*¹. Se escriben y se publican viejas y nuevas novelas del mar, de aventuras, góticas, históricas, negras, eróticas y políticas. "Ha terminado la racha de esa literatura ecléctica, cerrada y pedante" declaró Jaime Salinas, director de la editorial Alfaguara, al iniciar una colección dedicada a nueva ficción. Y si Vargas Llosa encabeza estas notas, de más está decir que no se trata de autores de best-sellers, fabricantes de baratijas o vendedores de emociones a tanto la página. Muchos de los que se han pasado al bando de la novela adjetivada tienen un pasado de estricta, rigurosa y férrea andadura por los caminos más arduos y difíciles de la ficción antiargumental. Basta pensar en Juan Benet,² ese extraordinario novelista español casi desconocido fuera de la península. Su hermética producción no le impidió convertirse en finalista del premio Planeta 1981 con una novela "simple" y decir que *El aire de un crimen* le serviría para probar lo fácil que era "escribir una novela con argumento". En agosto de 1981, Umberto Eco llevaba vendidos, en Italia, trescientos mil ejemplares de su primera obra de ficción, *Il nome della rosa* (*El nombre de la rosa*, editado en castellano por Bruguera, 1982). En ella hay un monasterio del siglo XIV, muertos, detectives, venenos, acertijos, laberintos, un manuscrito de incalculable valor perdido para siempre, una teoría que une a Aristóteles y Bajtin. Pero sobre todo hay argumento, historia, *fábula*.

II

Interpretaciones aparte, los periodistas resumen este clima con la fórmula de una "vuelta a la narración" cuyos rasgos más notables son la reedición o el redescubrimiento de la gran estirpe de los narradores anglosajones (Stevenson, Conrad, Scott Fitzgerald, Hemingway, Chandler, Hammet, Mc Coy e incluso Bret Harte, Saki y Ring Lardner³), la aparición de la imagen de un lector que exige peripecias y la sensación de que se ha tocado un límite, de que, como dijo Mailer en una entrevista, son ahora los escritores de best-sellers los que cuentan vidas y manejan grandes unidades de tiempo y lugar mientras los grandes narradores se quedan cada vez más limitados al desarrollo de las aventuras del lenguaje, la escritura o la sensibilidad⁴. "¿Qué sobrevivirá del presente y a veces brillante cúmulo de escritura sobre la escritura?" se preguntaba George Steiner en 1970⁵. El consideraba ese *writing on writing* como expresión de una innegable vivacidad pero le atribuía, a pesar de todo, cierto sentido "espúreo" porque tal actividad era síntoma de un "inconfundible bizantinismo y de cierta morbidez y malestar". Diez años después, esa práctica parece haber generado una suerte de *horror vacui* que ha obligado al inmediato gesto opuesto. Volver al argumento, a la intriga, al personaje eliminaría el peligro del aislamiento y la soledad que tal bizantinismo produjo y que se expresó fundamentalmente en el agotamiento de la novela francesa. Hoy, a la distancia, es evidente que la grandes novelas hispanoamericanas —aún las más audaces entre las del *boom*— aparecen como un conjunto de bulien-

tes historias revestidas, eso sí, de insólitos ropajes lingüísticos. La posición de estas novelas no es ni ha sido similar a sus contemporáneas europeas, porque los latinoamericanos unen la inventiva argumental a la verbal, despliegan mundos y en general entregan al lector universos no "ensimismados" sino abiertos, alternativos y enorme o trágicamente divertidos.⁶

III

Existe entonces la certidumbre, en muchos escritores, de que los caminos experimentales han llevado a la novela a un estado de súbita caducidad, de inmediata obsolescencia y vejez. Única justificación válida y permanente del arte de novelar, lo *narrativo/argumental* es revelador de manera indiscriminada, ahistórica si se quiere. Una vez aceptado este principio, va de suyo la segunda conclusión: ¿Dónde son más evidentes los códigos narrativos que en los llamados subgéneros? ¿Aquellos dramas amorosos, aquellos gigantescos conflictos psicológicos y morales, aquellas tramas políticas completas, no las encontramos todavía en la trituradora hipercodificada de una novela policial? ¿Y no prescindimos allí de toda retencencia ante sus trampas, ante su conservadurismo, ante su apego a esquemas familiares, repetidos u obvios? Íntacto, omnipresente, el código iguala y neutraliza los temas en aras de una función que a su vez anula las variaciones particulares y propias de cada novela. No afirmo con esto nada original: simplemente resumo las razones posibles que han hecho que tantos escritores hayan decidido volver al redil de la historia, la peripecia, la fábula o la intriga —o a su esencia anterior, si tal cosa existe y puede ser llamada relato aunque, se sabe, el relato está siempre ahí como límite—. Retorno ambigüo, cargado de interrogantes, el del novelista pródigo. A los problemas y presupuestos de aquella otra tradición abandonada a medias, la de lo "experimental" sumará ahora cuestiones pasadas de moda (¿cómo se construye y se resuelve felizmente una historia?) y viejos problemas técnicos de repente rejuvenecidos. Esta novela híbrida —que quizás no existe particularmente pero cuyas características se pueden esbozar a partir de muchas— debe ser, para satisfacer el "gusto", más y menos que la historia, más y menos que la aventura o el crimen. Su exceso o su carencia deben

apuntar al reino de la escritura donde se sigue novelando, de una vez para siempre, el acto mismo de escribir. Escribiendo esta novela nueva-veja donde pasan cosas que no son las de la escritura sino las del mundo, el novelista vive la ilusión de un encuentro placentero con el lector. Un encuentro más fácil. Pero el novelista pródigo no ha renunciado a su pasado experimental. En las fracturas y curvas de su novela, en los callejones sin salida a los que conduce al argumento el lector debe buscar y encontrar las pistas de lo que se propone como un juego antirealista aunque quizá no sea más que un intenso movimiento de nostalgia por aquella novela de la escritura que ha abandonado. Conviene detenerse en la novela de Umberto Eco. Viniendo de quien viene, es un auténtico producto de laboratorio: imagino a Eco combinando el inmenso fichero y desplegando el resultado con una especie de carcajada sardónica. *El nombre de la rosa* fue, en su origen, una llamada al pie de página de catorce líneas en su último texto teórico, *Lector sin fábula*, y traba acerca de "la polémica sobre la posesión de bienes y la pobreza de los apóstoles que se planteó en el siglo XIV entre los franciscanos espirituales y el pontífice, así como la polémica, aún más amplia y antigua, entre el papado y el imperio. . ."⁷ Dos años más tarde, Eco convirtió esta llamada en un novellón divertidísimo de casi quinientas páginas: restos de la gran novela, remedos de caracteres y ambientes, parodias de peripecias y simulacros de conflictos. Desde el prólogo hasta el desenlace se pasean Borges y los laberintos, Sherlock Holmes y Watson, monjes vagando en inmensos osarios, venenos, sodomía, el cantar de los cantares y Aristóteles, todo sometido a un juego de claves despreocupadamente gruesas que pone en evidencia que ellas mismas están sometidas a una verdadera sátira burlesca. El tratamiento del argumento es lineal, unido con trazos toscos pero unido al fin mientras el suspenso que precede cada crimen o cada cadáver está marcado, sin ningún pudor, por frases como "No imaginaba todavía el horror al que dos horas más tarde. . ." o "Al decir esto, Guillermo de Barskerville no podía saber que detrás de la puerta. . .". Traigo a colación la cuestión del suspenso y su tratamiento en la novela de Eco porque me parece que puede leerse de distintas formas. He dicho que es burdo pero férreo. Cabría preguntarse si es burdo porque es una parodia o es burdo porque Eco sólo puede narrar "hasta

ahí". O si es férreo porque Eco lo exalta o porque tiene miedo —el miedo de un filósofo que escribe su primera novela— a que el argumento le falle. O si se trata de parodiar el relato dejando intactos sus elementos primarios con lo cual lo burdo/férreo se vuelve casi una condición de necesidad —quizás la única— de *El nombre de la rosa*. Es como si Eco fuera consciente de que no siempre las fracturas tienen en el relato la ambivalencia coherente que el sentido requiere, que no siempre las evanescencias constructivas o los abruptos y malogrados perfiles de una anécdota pueden explicarse por trascendencias de orden formal. Definible sólo en términos de éxito o fracaso, el problema de lo narrativo parece escapar aquí a intentos de teorización y se obstina en situarse a caballo de las dos tradiciones, la de lo experimental y la de lo narrativo mismo. Actualmente, el movimiento pendular entre las dos corrientes se produce no sólo de corriente a corriente sino incluso de autor a autor o dentro de la producción de un solo autor. Y no puede ser confundido con tipo alguno de evolución: todo lo contrario, los dos polos coexisten, se mezclan, niegan de hecho la posibilidad de la "evolución" como fenómeno.⁸

IV

¿No implica este movimiento pendular un replanteo de la cuestión del "realismo"? Los términos parecen haberse deslizado y el realismo (la cuestión del realismo) suena irrelevante. Por lo menos, suena irrelevante la oposición entre aquella novela que imitaba la realidad y aquella que enfatizaba la irrealidad o los límites de la imitación a través de la puesta en evidencia de sus dispositivos. Habría que apelar aquí, supongo, a los procesos de automatización de ciertos mecanismos y preguntarse entonces si la sorpresa y el distanciamiento no los genera ahora lo narrativo —vieja costumbre olvidada— como antes los generaba aquel *writing on writing* del que habla Steiner, del que se ha hablado tanto en los últimos años. ¿No es esta vuelta a la narratividad un experimentalismo al revés? ¿No existe un desfase entre esta corriente —si se la puede llamar así— y la crítica que todavía sostiene que hay una escritura de vanguardia y otra tradicional y quiere aún hoy que una sea *más* que la otra? Pero si no afirmo que esta diferencia verda-

deramente tiene vigencia ¿no caigo en una suerte de eclecticismo crítico de tintes peligrosamente conservadores? Y surgen otras preguntas que muchas veces se han respondido con demasiada prisa: ¿Es siempre la novela "realista" ideológicamente complaciente? ¿Puede darse, hoy todavía, el caso de aquella novela "subversiva" que al balancearse en el borde de la inteligibilidad arrostre el tedio, desafíe la dificultad y se burle del sentido? ¿Se puede verdaderamente marcar el límite entre la novela que dice sí y la novela que dice no?

V

La novela de Eco ilustra también un aspecto importante de la cuestión, que acaso dé un tinte europeo a estas dudas. De forma inequívoca, *El nombre de la rosa* ejemplifica la situación de los intelectuales europeos en esta nueva década. Todos ellos fueron viajeros incansables: visitaron (y regresaron de) Cuba, China, Vietnam, Chile. El fruto y la renovación que parecían la consecuencia natural de estos viajes se ve ahora oscurecida por la pobreza ideológica, la precariedad política y la nueva oleada de Realpolitik que con variados tintes cubre el Viejo Continente. Efectivamente, los europeos se disponen a vivir estos tiempos oscuros, esta nueva edad media, como aquellos monjes sobre los que Eco escribe con tanto amor. El mismo lo dice en el prólogo de su novela: "Transcribo sin preocupaciones de actualidad. En los años en que descubrí el texto del abate Vallet circulaba la idea de que se debía escribir sólo impregnándose del presente y para cambiar el mundo. A diez años o más de distancia consuela al hombre de letras (restituído a su altísima dignidad) que se pueda escribir por puro amor de escritura." No hay que olvidar que Eco se refería todavía a Mao como "el sabio chino de la última dinastía" en *La estructura ausente*. A esos años y a esos peregrinajes orientales alude en la cita anterior. Ya no se "impregna del presente" —tampoco Vargas Llosa lo hace en su última novela— ni escribe "para cambiar el mundo". Ahora, por "puro amor de escritura" no vacila en construir un mundo de novela gótica. Pero algo más que eso: una novela de tesis donde no solamente discurren ideas filosóficas sino donde se define la tesis de que la novela puede expresar la vida de las ideas. Concedor de límites y peligros, Eco

no vacila en recurrir a trampas, subgéneros y convenciones: sabe que, pese al ropaje con que lo presenta, nos entrega material de primera.

VI

Se ha dicho y es aceptado que lo narrativo tradicional tiende a la transparencia y que la novela de vanguardia opaca las palabras, enrarece sus resonancias más habituales, "dialectiza" la visión y la lectura. Pero lo narrativo tradicional era transparente cuando era completo: una campana de vidrio que recogía todo al tiempo que —con el lector en el centro— regalaba su mundo posible como el único mundo. En cambio, la nueva narratividad es neuróticamente parcial, es conscientemente expresionista, está abiertamente fracturada, fraccionada, dividida. Puede elegir el lirismo, el grotesco o la manía hametiana de la economía: cubrirá apenas un sector de realidad mientras los otros se hurtan a su mirada. Parcialidad elegida: le deparará sus logros mejores, la eximirá de derrotas ideológicas, la volverá cautelosa en interpretaciones y juicios.

En esa neurótica parcialidad no hay ingenuidad alguna: no es una voz tranquila y segura la que narra. Al contrario, tiene inflexiones ásperas y poco reconocibles y nos agobia y deleita a la vez con excesos porque debe asegurar que "pasen cosas" en la novela, que haya acontecimientos, que haya personajes. Muchos dirían que con esta actitud se esquiva la pregunta de nuestra época, una pregunta que es ética, programática y textual: "¿Es posible escribir?" Pero si se lo considera históricamente, la respuesta de esta nueva estirpe es lógica: "Escribir es imposible, volvamos a narrar".

Barcelona

¹ La guerra del fin del mundo, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

² Juan Benet publicó en 1961 su primer libro de relatos, *Nunca llegarás a nada*. Mas tarde, dos novelas, *Volverás a Región* y *Una meditación* (Premio Biblioteca Breve 1969) lo dieron a conocer en España. "Región" es un ámbito imaginario (como Yoknapatowpha y Santa María) cuya insólita descripción geológica y física le fue quizás inspirada por el comienzo de *Los sertones de Euclides da Cunha*, origen también de la última novela de Vargas Llosa. Benet es un Faulkneriano, lo cual ha contribuido a su poca circulación en la península, donde no ha existido costumbre de leer

esa literatura hasta hace muy pocos años. Benet detesta la literatura latinoamericana, declara que Borges no sabe inglés (él mismo escribe en inglés a veces) y afirma no ser un escritor profesional. Las obras antes nombradas, así como *Un viaje de invierno* o *Saúl ante Samuel* deberían ser conocidas fuera de España. Ásperas, originales y extrañas a su medio, sus novelas lo relacionan de manera curiosa con Onetti.

³ En una entrevista recogida por *The Paris Review*, Borges preguntó al periodista si todavía se leía a O. Henry y Ring Lardner en Estados Unidos. "En las escuelas secundarias" le contestó el entrevistador. Por otro lado, a la difusión permanente de esos narradores se corresponde inversamente el poco éxito editorial que han tenido en castellano los representantes del new-modernism norteamericano. El arco iris de la gravedad, de Thomas Pynchon —vasta suma del movimiento, con sus setecientas páginas joyceanas, rabelesianas y borgianas—, considerada por la crítica norteamericana como la mejor novela de la década pasada, fue traducida por Grijalbo hace más de cuatro años pero apenas ha circulado. A William S. Burroughs y Donald Barthelme se los ignora, a pesar de que el primero tiene publicados en castellano excelentes artículos sobre la novela latinoamericana. La razón de tal ignorancia reside quizás en que, con variantes, la novelística de estos autores reconoce una deuda explícita con las vanguardias europeas, las nuevas concepciones de la escritura, Borges y Céline. Los modelos que los novelistas de nuestra lengua buscan en los norteamericanos no son precisamente estos, que ahora parecen estar en boga en USA.

⁴ Una conversación con Norman Mailer, de Bárbara Probst Salomon, Madrid, *El País*, suplemento dominical, 1981.

⁵ *Extraterritorial, Papers on Literature and the Language Revolution*; Penguin, Londres, 1972.

⁶ Paralela al boom, existe una corriente mucho más ligada a la reflexión teórica y a los problemas de la escritura: Pacheco, Elizondo y Saer están entre sus representantes mejores. Pero lo que siempre ha asombrado a los españoles es la capacidad inagotable de fabulación de los "indios".

⁷ *Lector in Fabula*, La cooperación interpretativa en el texto narrativo.

⁸ Una idea similar, aunque las implicaciones exceden con mucho lo tratado aquí, esboza Bernard Bergonzi en *The Situation of The Novel* (The MacMillan Press LTD, Londres, 1970-79). Comentando a Meyer, cita: "nos estamos dirigiendo hacia un período de estasis estilística, un período caracterizado no por el lineal y acumulativo desarrollo de un estilo único y fundamental, sino por la coexistencia de una multiplicidad de estilos bien diferentes en un estado fluctuante y dinámica inmovilidad. . . Una multiplicidad de estilos en cada una de las artes, coexistiendo en un balanceado si bien competitivo entorno cultural, produce un estasis fluctuante en la cultura contemporánea."

⁹ Me refiero a lo que se llama habitualmente "ideología de la escritura".

ANTONIO MARIMON

El ausente



Este texto será —debería ser— el análisis de una fotografía. Unos hombres abandonan una casa, representa a unos hombres que abandonan una casa: caminan en la calle, ya han descendido de la vereda y el lente los encuentra a un costado de la calle; detrás está la casa. Yo no salgo en esa fotografía tomada el lunes 26 de octubre de 1974, a las dos y cinco de la tarde; no salgo pero creo estar en ella de tres maneras distintas. Por la mirada, en primer lugar, por el hilo magnético que la une a ese recorte de *La Voz del Interior* y suelo ejercer a veces como un magnético, como si mi tiempo se hubiera coagulado en algún punto de su densidad. Porque de todas maneras me encontraba en el horizonte de la mirada de ellos, fuera de foco pero en el horizonte de la dirección que podían tener sus ojos, y sobre todo los ojos de Pablo. Detenido por la barrera policial que cercaba la esquina, desde el veredón del Paseo Sobremonte yo seguía con mi propia vista sus pasos, yo encontraba sus miradas como reflejos de la tarde, como pequeños agujeros, yo —y también el fotógrafo— los veía salir de la casa y emprender un viaje último por esa cuadra de la calle 27 de Abril, pese a que entonces no creía que fuera un viaje último y, al mismo tiempo, sabía que ese era un momento inasible, que contenía la carga de dolor y sorpresa de todas las derrotas. Y finalmente, no sólo porque frente a este papel amarillo parezco adosado a una noticia que ya ocurrió, sino que además la derrota de aquellos hombres es también la mía, yo soy entonces igual de vencido.

Hay tres maneras por las que estoy comprometido con esa foto, repito. En ella está Saúl, según el orden clásico, de izquierda a derecha y todavía cerca de la pared, un poco encorvado y con las manos en los bolsillos. Está Ismael, a cuyo brazo izquierdo se toma Pablo, y Jorge, cuyo brazo derecho también se agarra de la mano izquierda de Pablo. Lidia camina camina un paso adelante, gacha la cabeza, mientras López

se ha dado vuelta y parece mirar a Pablo con asombro, o con la intención de hablarle. El último de la primera fila es Cogorno, que se lleva la manga al rostro como ocultándose, o como si estuviera por llorar. Le sigue Chino, hay angustia en la expresión de Chino. Luego son caras, caras cerca o lejos del lente que las retrató, algunas cuyos nombres se me escapan. Luego Garutti, que aún avanza por la vereda, y Roque. De éste veo apenas un pedazo del torso; la parte superior de aquel suéter color crema, y que también lo busca a Pablo, o seguramente al hueco —un centro invisible— que formaba el cuerpo de Pablo en el punto medio y profundo del grupo, tres pasos adelante del apresurado caminar de Roque y cuatro pasos y medio más acá de la pesada puerta de roble de la casa, construida en madera maciza y con una roseta en cada hoja. Yo conocí bien esa puerta. Una noche hice guardia frente a ella, solo en la calle y con el revólver oculto en la cintura, porque tenía el presentimiento de que iban a poner una bomba. Me despertaron detonaciones, el estallido de bombas en toda la ciudad, y entonces corrí hasta la casa. Todo estaba bien pero algo me ordenaba velar, en la madrugada azul.

Sin embargo, el primer encuentro con Pablo fue mucho antes, fue el 15 de marzo de 1971, día del *viborazo*. De súbito apareció Rodolfo en plaza Vélez Sarsfield; aguardábamos la columna de SITRAC-SITRAM, a lo lejos veíamos la marcha lenta de banderas, motos, bicicletas y filas de hombres con los brazos enlazados. Y al lado de Rodolfo se encontraba un individuo de baja estatura, seco y serio, que apenas dijo: "Ahí están". Ese era Pablo. Para el segundo encuentro ya se lo identificaba públicamente por su nombre real, era Renée Salamanca, secretario general del SMATA Córdoba. Me esperaba a las cuatro y media: haríamos una entrevista para publicar en cierta revista de Buenos Aires. Esa tarde entré por primera vez a

la casa de 27 de Abril. Sitio hasta entonces misterioso, mitológico: la casa de los mecánicos. No sabía aún que después de las oficinas gremiales, los gabinetes, el largo mostrador que ocultaba a la contaduría, el primer patio, la secretaría general y la sala de reuniones, iba a estar mi escritorio; que en esa pieza del segundo patio, antes del salón de actos y bajo una permanente presencia de andamios y ladrillos sueltos, de pilas de baldosas por poner y feos sillones de plástico con gente haciendo antesala, había una máquina de escribir y el rum-rum del mimeógrafo separado por un tabique de cartón. No imaginaba cada atardecer, la noche y las despedidas en la luz del hall —luz percutida por la urgencia—, los viajes en *renoleta* hasta mi casa, a veces con Saúl, y otras con Roque o con Piquito, las paradas en la imprenta para dejar el original del volante que iban a repartir al otro día, o para corregir los artículos del periódico, y el trayecto posterior por Alberdi, Puente Tablada y Costanera hasta la avenida Caraffa. No pensaba que espiaría el matorral del río por la ventanilla, presintiendo los caños de las armas bajo un impermeable.

De hecho, pues, esa tarde hablé por primera vez con Pablo. Mas no deseo reproducir lo que recuerdo de su biografía sino entender qué imán invisible me une a esta foto, cuál es el sentido de ella que me fascina y a la vez se fuga, entender por qué escribo de aquellos hombres abandonando una casa, o los evoco en sueños. Tal vez porque Pablo tenía aura, como cree Héctor. Era una virtud suya ordenar la confusión, imponer su propia seguridad. Una mañana de septiembre u octubre de 1973 la confusión predominaba: los activistas de Concord y Materfer habían tomado sus fábricas pidiendo que se los incorporara al SMATA; la tensión se prolongaba y en el sindicato nadie era capaz de hacerse cargo de los acontecimientos; él estaba en Buenos Aires. La ciudad temblaba como una hoja. Entonces llegó, poco después del mediodía. Recuerdo su entrada, cuando se desprendió la camisa a cuadros y fue al baño, mientras casi todos lo esperaban rodeando el pequeño escritorio del despacho, ubicado en un ángulo. Era como los niños que aguardaban al padre, y el rumor se corría por toda la casa: "Llegó el Chancho". Lentamente salió de orinar y mirándolos con ironía buseó su lugar; luego alguien expuso los hechos. Oyó sin inmutarse e indicó las medidas necesarias para volcar rápidamente el curso de la acción; de allí partió una de sus mejores victorias, pues por unos meses se unificaron en el SMATA los obreros de toda la industria automotriz de Córdoba. Saludaba con un estilo que solía combinar el afecto con una dosis de autoridad y otra de ironía, graduándolas de acuerdo al interlocutor y reservando siempre para sí una zona de displicencia, de hermetismo que era su máscara. El estaba detrás y quizás no ocultara más que una ambición de poder dura como una roca. Lo cierto es que era caudillo nato, un político que poseía el don de atraer las vibraciones y convertirlas en acontecimientos. En eso era análogo a Antonio. La leve sonrisa, la seguridad de su cuerpo que se iba ensanchando, la inteligencia de sus grandes ojos marrón claro, casi amarillentos, daban la permanente sensación de que tenía una carta más, de que compartíamos con Pablo un juego pero siempre podía guardar en sus manos un as secreto. Se señaló la muñeca un día, a fines de enero de 1973, se tocó la muñeca por debajo de la manga y me dijo:

—Acá está el sábado inglés.

Desde que asesinaron a Dirk Kloosterman yo temía por su vida. En ese punto también era análogo a Antonio. A veces abría los diarios de la mañana con el temor no confesado de

ver la foto de su cadáver, o escuchaba inquieto el último noticiero de la noche, pese a haberlo despedido dos horas antes, y en los actos públicos me ubicaba no lejos suyo, debajo del palco y no muy lejos como si la cercanía del cuerpo propio —de mi mirada— fuera un escudo para protegerlo. En mi imaginación, si yo estaba cerca él no moriría. Eso pensaba aquel 29 de mayo, en Bolívar y Bulevard San Juan. Miguel y yo éramos su guardia bajo el sol y él estaba al lado de Tosco y el padre de Máximo Mena, hasta que arribaron Dorticós, Obregón Cano y Atilio López. De pronto vimos arriba de la tarima una escolta de oficiales cubanos. Éramos unos desengañados del castrismo, pero me asaltó la ilusión de que algo poderoso estaba en curso para que aquello fuera posible frente a nosotros, en nuestra ciudad, de que el socialismo estaba en nuestras manos o era parte de sus gestos. Se cantó el himno, algunos levantaban el puño cerrado, otros los dedos en "v". Yo elevé mi puño. Como secreto amigo de los arquetipos me observaba navegando en un mar de manos, en las aguas de la historia, y sentía escalofríos; creía —sin creer nunca a pies juntillas— que ocupaba un lugar dentro de una gran trinchera y que ésta era el universo, mientras el calor arreciaba. Menos que una certidumbre aquello quizás fuera una nostalgia de la fraternidad, que envolvía, como una campana de vidrio, a las banderas, a los cuerpos sentados sobre las terrazas de los edificios, y a mí hundido en la muchedumbre al pie del palco. Era una época rara. Un desenlace era necesario y lo ambicionábamos en las calles, heroico o a cara descubierta; no terminábamos de darle carnadura real al poder, que parecía lejano, pero tampoco a la perspectiva de un final sórdido, que recién surgiría al año siguiente. El escenario de la historia había llenado nuestra vida cotidiana; fuimos de los que nos lanzamos a vivirla como el borde de una cornisa, mas a la vez tapizando ese abismo con mitos, con los ejemplos de un pasado en verdad remoto. ¿En Córdoba combatían los últimos héroes del Comintern? Así era; otros asumían papeles distintos e igualmente fantasmales. La historia se iba convirtiendo en una vertiginosa obra de actores sanguinarios. Entonces aquel día habló Pablo. Su voz era metálica tirando a aguda, y su estilo directo, de orador de masas obreras. Dos veces, sin embargo, oí que el jadeo —casi el sollozo— se adueñaba de él, que el nudo emocional cubría su aliento con más fuerza que la periodización de las palabras. Una durante una asamblea nocturna, cuando un grupo fascista ocupó por la fuerza el local de 27 de Abril; otra también de noche, en el salón de actos, frente al cuerpo de delegados cuando José Rodríguez decretó la intervención del SMATA Córdoba. Minutos después de aquel discurso, en la penumbra de octubre el mayor de los Jury se despidió de mí con la vista turbia:

—Rubén, no sé si será soportable lo que viene —dijo.

¿Por qué miro la fotografía? Tal vez porque cerrando los ojos todavía presiento su salud, "Buenas tardes compañero", y supongo que va a empezar realmente la conversación con Pablo, que él me contará su vida sentado en una reposera y yo anotaré en mi libreta, ubicado por mi parte en una silla gris, arrinconados ambos en una salita de lo que era entonces el local sindical, donde había estanterías y algunos muebles viejos. O tal vez porque sigo atrapado por un fenómeno que se ceñía en Pablo y al mismo tiempo era mucho más. Así me veo agobiado en las tardes, los veranos del 73 y el 74, sentado en el escritorio o en un banco de la mesa de reuniones, entre pedazos de pizza o platos de guisos que los obreros traían de sus casas, en derredor de sus cuerpos sin camisa,

algunos dormidos sobre los asientos, gorjos y sedientos o con las melenas en desorden; así me reconozco —me reconocía— yo como un caracol en el absurdo, reconociéndolos a ellos, a mi vez, por la estricta diferencia, por la certeza de otros gustos, otro lenguaje y otra vida, dedicado a escribir sus volantes, preparar los pliegos de los convenios colectivos, discutir y compartir sus riesgos. Entonces dejaba en suspenso el nihilismo del poema y simultáneamente sabía que esa era una tentativa más por escribirlo, al menos necesaria para mí, al menos necesaria como otra onda de la nada entrevista en el río metafórico, que no es dos veces el mismo pero participa siempre de la misma nada, semejante a aquella de que está hecho el río verdadero.

No tengo dudas. Ni piedad pequeñoburguesa ni principios políticos: lo que me sostenía allí era, en el fondo, la lujuria de lo heterogéneo y la seguridad de estar hablado por una poética de la negación. Sentirme a la altura de ese compromiso me provocaba una alegría delgada, asible sólo para mí: allí estaba el topo devorador, lo negativo plebeyo, el único lugar estéticamente posible para nosotros. En Pablo, en el Gordo Antonio o en Héctor veía esta idea, esta imagen hasta el grado del centelleo. Lo demás era la añadidura, el llenado de la teoría, la moral y la vida misma. Por eso me extenuaba para ser eficaz y me enorgulleció como ningún otro un elogio de un delegado de fábrica: "Renée es el cuerpo, pero aquel flaco —y me señaló— es el espíritu".

¿Por qué miro la fotografía? Porque me resisto a la pérdida, a haber perdido la casa, a aquellos hombres que no cesan de marcharse definitivamente mientras yo camino con ellos. Porque no perdono a los bienpensantes que se incomodan al recordar a Pablo. Muchos se alegraron cuando, en la madrugada del 23 de marzo de 1976, lo secuestraron. Veinte días antes vino a mi casa en un Renault blanco. Vera abrió la puerta, él mantenía esa sonrisa que dejaba el saludo unos segundos estático, como si la intención fuera esperar un sobregesto del interlocutor, un reiterado acto de complicidad que permitiera el encuentro verdadero.

—Cuánto tiempo sin verte por aquí —dijo ella.

—Son cosas de la política, compañera —respondió.

Luego trabajamos en la que sería su última carta abierta. Yo me senté al costado del escritorio y Pablo enfrente, en diagonal a mí y de espaldas a la ventana. Yo veía detrás suyo las rejas negras y las hojas dentadas del gomero que había en el jardín externo. Vera trajo café; estaba embarazada y llevaba un vestido marrón. Pablo vestía saco sport y a veces, en el contraluz, me parecía que la silueta de su rostro transparentaba, como una carbonilla, los huesos, la forma ya descarnada de su calavera. Como en los viejos tiempos, cuando nos planteábamos un texto, empezó a exponer sus ideas diciendo "Tiene que decir que". Yo había elaborado una retórica tan directa como su habla y era consciente de que ese documento iba a ser histórico. Luego de escribir la firma, "Renée Salamanca", la despedida fue inmediata; presuroso cruzó la vereda y se acomodó una boina. Ni bien se alejó el auto en la primer esquina, Vera empezó a llorar.

Para muchos su memoria debiera borrarse como el agua estancada, como los espejos que es preciso deshacer. Yo, en cambio, no puedo sacar los ojos de la fotografía en que él sale incesantemente de la casa, ni evitar que se confundan las imágenes del ícono con las del personaje. A ambos desconozco. Pablo ridículo, cuando hablaba de hacer la "revolución cultural" en el SMATA. Pablo cuando subió al Torino del sindicato y

lo estrelló contra un árbol, acompañado por la empleadilla de risa pícara. Pablo mirando absorto desde el ómnibus los silos y la gramilla ordenada del campo, en un viaje a Jesús María. Pablo negándose a enfrentar a Irusta y Antonio, desdiciéndose de su palabra política. Pablo ausente de los congresos del partido o llegando último a las reuniones, inaprehensible para el centralismo del aparato. Pablo con los dientes apretados mientras los montoneros le interrumpían, o mirando desdeñoso a Firmenich en su despacho. Pablo en las asambleas al frente de "su" masa obrera, a la cabeza de los mecánicos. Ahora con una mano tiene a Ismael y con la otra a Jorge; me sorprende la transparencia de su cara, la serenidad tormentosa que transmite blanca por la tensión, y sin embargo perfecta. Pablo camina digno en la derrota. Esa es la palabra. El fotógrafo captó su perfil izquierdo, el pelo rebelde le tapa la oreja y decae un poco, la nariz va al frente, los labios se aprietan y su mirada se fija en un punto desenfocado como nuestras vidas. Todo él es serio y rígido, pero quizás yo agregue una brizna de azoro a sus pupilas, mi estado de ánimo o el ángulo oblicuo del lente en relación a su marcha destellen un gramo de azoro, como un postrer filo de luz sobre un borde de estameña. También se nota el silencio. No hay ya cánticos en esa calle cerrada por los policías y que yo observo, simultáneamente, desde tres posiciones distintas. La vereda alta del Paseo Sobremonte, un recorte de periódico y un lugar intermedio, carente de peso, aire o punto de apoyo, pues va del corazón a Pablo, o de Pablo al corazón, uno y mismo es su camino. No oigo cánticos. Sólo una ausencia que no cesa de aparecer mostrando y ocultando las cosas que ya no están como antes, y sin embargo permanecen.

REVISTA IBEROAMERICANA
Órgano del Instituto Internacional de
Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano.

SECRETARIO-TESORERO: Bruce Stiehm.

DIRECCION: 1312 C. L. Universidad de
Pittsburgh. Pittsburgh. PA 15260. USA.

SUSCRIPCION ANUAL:

Países latinoamericanos: 20 dls.

Otros países: 25 dls.

Socios regulares: 30 dls.

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Gloria Jiménez Yamal

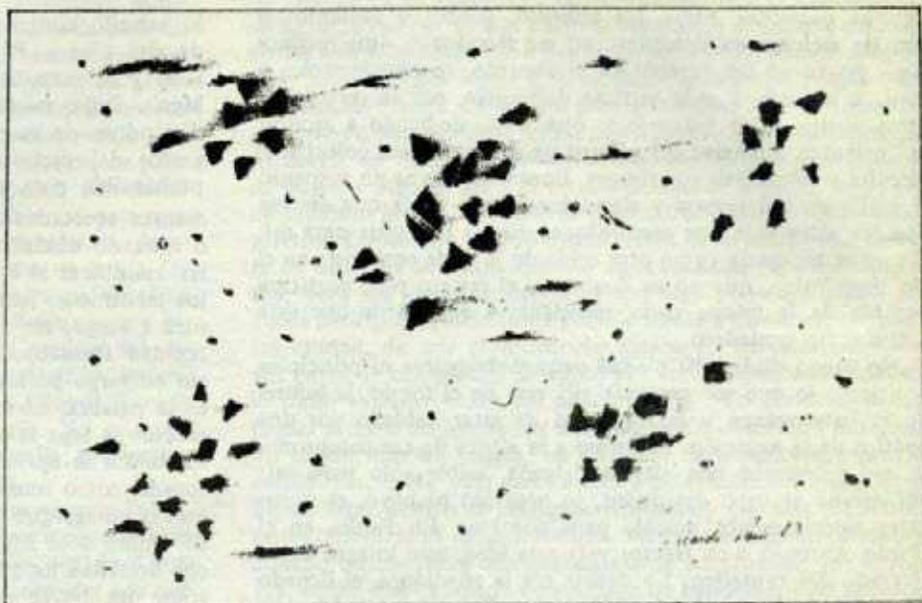
CANJE:

Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

DANIEL FREIDEMBERG

Poemas



LUCES QUE A LO LEJOS

Viejos dibujos de las ramas:
hojas

no quedan
—se volaron—
ni
sombras que añorar
ni
plata en los bolsillos

nada hay
(sólo gestos
como venidos de otros gestos
“tres o
cuatro palabras”
que el viento no pudo arrasar)

Esto hay: el
fuego en la cocina
el
poco de amor
que sobrevivió a la intemperie
(y entre la lentitud de la nostalgia
uno
se preguntaba a qué volver)

Todo el cansancio se ha juntado
(es un punto)
el dolor estalla como sol
(despacio las
hojas
vuelven a caer
como creando el

aire en que se mueven)

Uno quisiera juntar todo
hacer
algo con todo: un
humo que
nada pueda apagar
Bajo el burlón
mirar de las estrellas
uno se atreve a preguntar
por el capítulo que viene

y es alto el cielo y
no hay respuesta

Ahora se acerca la
cercanía de las cosas
la concordancia de un lugar
que
tal vez siempre estuvo ahí

alguien
—ahora—
silba o
se mueve tras los vidrios
como empañados de algo
que
ya no importa qué es.

AHORA

Tortuga el alma sale de invernarse
un poco a tientas quiere ver si estabas

platos

halló en la mesa
no los quites
De esa materia
volveremos a comer?
Hay lentitud en estos ojos
acostumbrados a invernarse
Con vos dormiré el aire, esta mañana
con vos despertará?

Y el alma remolona, el alma
acalambrada por la luz?
Y a esas fogatas de la tarde
las volveríamos a encender?

Al humo de este corazón
causa de toses?
El del vidrio empañado, el que
—eso era cierto— dibujó
siempre lento, tu nombre?
Lerda es, torpe es
el alma
no quites los platos:
sitio en que comer.

DESDE AQUI

Hay aves que vuelan, puedo asegurarlo
ayer
vi una bandada de cigüeñas
(biancas) sobre Buenos Aires
Movían sus grandes alas ahí,
como a mil metros
de nosotros
y
todo era lo más natural.

El modelo autoritario

DANIEL R. GARCIA DELGADO

Guillermo O'Donnell, *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, 500 págs.

Escrito por O'Donnell entre 1974 y 1976, la publicación de *El Estado Burocrático Autoritario* tiene por objeto mostrar los frutos de un concienzudo y extenso trabajo de investigación sobre las características de un nuevo tipo de Estado surgente en la década del 60, y al mismo tiempo, realizar un ejercicio de memoria histórica, que sirva de aprendizaje político para la actual situación de transición a la democracia.

El trabajo se destaca por su gran rigor conceptual, la extensa bibliografía consultada y el exhaustivo método de comprobación empírica utilizado. No puede dejar de mencionarse al respecto, el aporte realizado a los estudios económicos del período (análisis del plan de Krieger Vasena, Dagnino Pastore y Aldo Ferrer), como también a los del sindicalismo, con la evolución de sus movimientos y divisiones en consonancia con una dominación burocrática que inicialmente consideraron favorable a sus intereses.

De los diez capítulos que componen la obra, el primero está destinado a establecer el andamiaje teórico del B.A., la elaboración de conceptos fundamentales como Estado, nación, pueblo, clase, gobierno y régimen. Los restantes, a recorrer las tres etapas principales del B.A.: la de su implantación (Onganía), o como dice el autor, "... el intento de suprimir la política al servicio de la normalización económica, y tras de ella, la ofensiva de la gran burguesía". La que sigue al Cordobazo, cuestionador del principal logro del régimen —el orden— y definida como el intento de forzar la economía en una dirección nacionalista y estatista, bastante más allá de lo que permitía la relación de fuerzas políticas (Levingston). Y finalmente, con el B.A.

en extinción, en la que se intenta subordinar la economía a la viabilización del salvataje político (Lanusse). El último capítulo está destinado a una interpretación polémica de los elementos —especialmente de índole ideológica— que contribuyeron en esos años de transición, a la posterior debacle del gobierno peronista.

Dentro del marco teórico propuesto por el autor, el B.A. es un Estado que surge en países con un cierto grado de desarrollo y con una serie de rasgos que, además de Argentina, pueden encontrarse en los regímenes autoritarios de Brasil (1964); Chile (1973); Uruguay (1973) y nuevamente Argentina (1976). Estos serían: el estar precedido por una fuerte amenaza a los patrones de dominación celular de la sociedad capitalista; llevar a cabo una "normalización" de la economía en función del gran capital; implantar un orden político que supone la exclusión del sector popular (supresión de la ciudadanía y la democracia política) y de carácter económico (acrecentamiento de las desigualdades existentes); impulsar la transnacionalización de la economía; e intentar la despolitización de los asuntos sociales (primacía de la técnica). De esta manera O'Donnell construye un tipo ideal weberiano de gran claridad conceptual y que ha tenido amplia repercusión académica.¹

La variable clave de este esquema está constituida por el grado de amenaza a los patrones de dominación capitalista y afiliación internacional del país, previo a su implantación. Amenaza derivada fundamentalmente de la activación y movilización popular, que motivan este crispado reflejo de la burguesía. Esta variable permite transformar el tipo ideal en un modelo explicatorio ya que de acuerdo al nivel de amenaza alcanzado, o percibido como tal por estas capas, es posible compren-

der la posterior evolución del B.A.: tanto en relación con el mayor o menor apego de su dirigencia a la ortodoxia económica; la intensidad con que ésta tiende a desactivar el sector popular; como en el grado de cohesión o fragmentación del grupo dominante. Por medio de este juego interrelacionado de variables es posible comparar también, las distintas evoluciones de los B.A. del cono sur.²

En relación con la elaboración del concepto de Estado y su desarrollo histórico en el caso argentino, la transformación que tendría entidad para el autor, luego de la crisis del Estado oligárquico sería la del B.A., siendo el período que media entre la crisis de éste y el que surge en el 66, una continuidad del Estado en los términos generales de garante de la dominación capitalista, y en donde en todo caso afloran contradicciones entre un discurso populista y el aumento de la transnacionalización económica. No se registran de esta manera las importantes transformaciones ocurridas durante el período 40-50 y que dan lugar al surgimiento del Estado de compromiso o más conocido como el Estado Protector.

Estas transformaciones, sin embargo, tienen una gran significación, tanto en lo relativo a la distribución del poder en la sociedad, al capitalismo de concertación a que dan lugar y a la reformulación ideológica que se realiza del Estado liberal, por lo que parece importante rescatarla, dado que gran parte de la acción del nuevo autoritarismo estará destinada —en la Argentina— a suspender o modificar los términos de esta articulación estado-sociedad, y durante el Proceso de Reorganización Nacional, claramente a desmontarla.

En relación con una variable clave del modelo autoritario, la amenaza previa a los patrones de dominación capitalista, es necesario preguntarse si en el caso argentino tiene la significación que el autor le atribuye en la emergencia del B.A. Si bien ello es evidente en el caso chileno del 73, es bastante controvertible en una situación en la cual el sindicalismo no se planteaba metas que trascendieran el sistema; con ausencia de un movimiento político de envergadura en esa dirección; de guerrilla; y con un gobierno de tendencia liberal democrática.³

O'Donnell aclara que se trata de un

grado de amenaza leve, basado en el pre-torianismo de masas y en una crisis de acumulación que generaba un alto grado de incertidumbre en la burguesía. No obstante, el énfasis puesto en esta variable puede esfumar otros rasgos y factores concurrentes en el golpe del 66 de carácter histórico estructural y no tan referidos a la coyuntura. Nos referimos al accionar de una clase dominante tradicional poco dispuesta a generalizar sus intereses dentro de un pacto democrático, y que a partir de la pérdida de su hegemonía y su tradicional rechazo a constituir un partido con bases importantes, tendió a servirse de las fuerzas armadas como un medio de acceso al Estado.⁴ También concurren con esto la avidez del capital transnacional y su renuencia a aceptar mínimos controles y regulación a su expansión; la tradición facciosa de los partidos políticos y la fragmentación de la cultura política de la población.

En el análisis de las ideologías autoritarias convergentes en el B.A. el autor rediliza una importante contribución a la comprensión del corporativismo integrista del presidente Onganía —los paternalistas— de carácter desmovilizante, tecnocrática y conservadora, conjuntamente con la corriente nacionalista estatista y movilizadora y el liberalismo con fachada democrática. No obstante se percibe en las características del autoritarismo burocrático, la ausencia de un rasgo ideológico: la Doctrina de la Seguridad Nacional. O el autor no asigna un rol de importancia a este corpus ideológico en la constitución del B.A. Sin embargo, éste habría sido esencial para la constitución del actor protagónico del mismo: las fuerzas armadas. Onganía no habría llegado al poder por el apoyo otorgado a su proyecto de sociedad orgánica de representación funcional, sino como intérprete privilegiado de la D.S.N. Recordemos el discurso pronunciado en West Point en 1964, donde fijaba como una de las atribuciones de las fuerzas armadas, el interrumpir el proceso constitucional en el caso de que estuviera comprometida la "seguridad nacional".

La D.S.N. permitirá lograr la cohesión y amalgama de este actor político, que favorece la estructuración de un mundo simplificado, maniqueo y anti-político, otorgando a las fuerzas armadas la conciencia de estar llevando a cabo una misión universal, y galvanizándolas respecto de los reclamos y de-

mandas de la sociedad. Por otra parte, la influencia de la D.S.N. no sería sólo perceptible en el proceso argentino del 66, o en el de Brasil del 64, sino también en los golpes del 70, al punto de que fuera considerada por diversos autores como la ideológica hegemónica de estos autoritarismos. De ello se sigue que esta doctrina podría constituir uno de los rasgos decisivos del tipo ideal construido por O'Donnell: es decir, no habría B.A. sin D.S.N.

En síntesis, el B.A. permite una mejor comprensión del proceso de cambio social y el desarrollo del autoritarismo político en países con alto grado de modernización. Extiende nuestra capacidad analítica para la política comparada sobre diversos procesos autoritarios en América Latina. Reafirma también de esta forma, la importancia de una corriente teórica que se manifiesta como una de las contribuciones más importantes de la ciencia política argentina de los últimos años.

El trabajo de O'Donnell suministra además una valiosa información cuantitativa y cualitativa sobre diversos aspectos del proceso político argentino, uno de los más interesantes o que menos contribuciones ha tenido hasta el momento, es la referida a la evolución de la violencia política desde comienzos

de los años 60. Ofrece asimismo un campo fértil y sugerente para el desarrollo de diversos estudios (por ej. el análisis de las relaciones internacionales del B. A.) y abre el debate sobre conceptos principales de la teoría política.

¹ Ver por ej., de David Collier, ed., *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1979.

² Esto puede verse con mayor desarrollo en otros trabajos del autor como: "Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el Estado Burocrático Autoritario", Documento CEDES/G.E. CLACSO, núm. 1, Buenos Aires, 1975; "Tensiones en el Estado Burocrático Autoritario y la cuestión de la democracia", Documento CEDES/G.E. CLACSO, núm. 11, Buenos Aires, 1978 y "Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado Burocrático-Autoritario", IDES, vol. 22, núm. 86, Buenos Aires, 1982.

³ Un análisis sobre la importancia de esta variable en el modelo de O'Donnell puede encontrarse en Karen L. Remmer, Gilbert W. Marx, en "Bureaucratic-Authoritarianism Revisited", *Latin American Research Review*, vol. XVII, núm. 2, 1982.

⁴ Ver Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, Emecé, Buenos Aires, 1982, t. II, págs. 397 y 411-12.

Marx y América Latina: raíces de un desencuentro

HORACIO CRESPO

José Aricó, *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial Mexicana, segunda edición, 1982. Primera edición: Lima, 1980.

En la presentación al libro de José Aricó *Marx y América Latina*, Carlos Franco lo califica de "texto fundador". Compartimos esta opinión en la medida en que con él se abre —a partir de posiciones cuya radical novedad conviene subrayar desde el inicio mismo de este comentario— un espacio de reflexión y debate en torno de un problema que, a pesar de su vieja data, no había podido desembarazarse de una red de equí-

vocos que con mayor o menor intencionalidad oscurecían su dilucidación y, lo que es más, su real significación. En efecto, las alusiones, referencias y escritos de mayor aliento de Marx y también de Engels sobre América Latina¹, cargadas de connotaciones negativas en su inmensa mayoría, habían sufrido hasta ahora una doble manipulación: por un lado, la de aquellos que veían allí la prueba irrecusable de la ontológica ineptitud del marxismo para dar cuenta de la "originalidad" de nuestras realidades; por otra, la vergonzante aceptación de la "culpa" exonerada por la ocultación de hecho de tales materiales

o la descalificación, por una u otra vía, de su "seriedad", garantizando de esta manera la validez del sistema erigido en verdad absoluta e incontrastable a pesar de estas minucias y deslices. Aricó da un decidido paso adelante al abordar el problema de lleno y al considerarlo el motivo de una indagación de largo alcance.

Dos niveles de reflexión diferenciados se entrelazan en el texto de Aricó, que si bien aparecen orgánicamente ligados en el tratamiento del problema abordado resultan fácilmente discernibles. Primero, el tema de la forma de la presencia de América Latina en la obra de Marx, presencia caracterizada fuertemente por elementos singulares cuya génesis y sentido es una línea de fuerza en el desarrollo del libro. Segundo, la cuestión del marxismo contemporáneo, en América Latina y en el mundo, la problemática del marxismo y su crisis. La compleja vinculación de ambos planos —más allá de las apelaciones reiteradas y explícitas del autor en cuanto a la forma que él considera adecuada de leer su libro, no como el resultado de una preocupación y subsecuente indagación filológica (aunque esta preocupación afortunadamente está presente y resulta una señal significativa en este mundo intelectual cada vez más corroído por las urgencias, las generalizaciones apresuradas, los *a priori* respecto de la "importancia" de las temáticas, los fuegos artificiales en fin, dejando de lado cada vez más la investigación y el trabajo realmente constituyente y fundante) sino como el abordaje de un problema nodal para la consideración del desarrollo del marxismo en nuestro continente— se realiza en el método utilizado por Aricó para llevar adelante su propósito. Estamos frente a un marxista que considera los textos de Marx desde la perspectiva crítica que constituye para él lo esencial de la propuesta y el contenido metodológico de la obra del propio Marx, enfrentando claramente de esta forma toda la línea hermenéutica que hace del *corpus* teórico del autor de *El capital* un sistema cerrado, definitivo y oracular. A partir de la dilucidación practicada sobre ellos en función de lo que llama una lectura *contextual* de Marx, un trabajo *en* Marx, muestra un camino de reflexión, una forma de análisis y una concepción global del marxismo como corriente del pensamiento social, y de su presencia y papel en el mundo

contemporáneo — que pasa a constituirse en el otro eje sustantivo de su trabajo. Así, las posiciones planteadas por Aricó en este terreno conforman una de las propuestas con mayores resonancias dentro del dificultoso proceso del socialismo latinoamericano en pos de una recomposición teórica, ideológica y política. En esto reside una de las virtudes más interesantes del ensayo que nos ocupa: no es una pontificación repetitiva de la vigencia del marxismo como el sistema revelador del sentido de la historia y, a través de este poder, como el otorgante de sentido al movimiento social de transformación de la realidad, sino que es un cuestionamiento radicalmente polémico —en la medida en que manifiesta la génesis y la historicidad de esta propuesta en la práctica de la II y III Internacionales— mediante la *mostración* en acto de un método y una concepción opuesta que supera en sus alcances el elemento concreto investigado.

¿Cuál es, aquí, el objeto de investigación inicialmente planteado, que funciona como disparador de todo el análisis? o Aricó se centra en la forma en que América Latina aparece en los textos de Marx —ejemplificada por las referencias a la guerra de México con Estados Unidos o en el panfleto desmedidamente negativo sobre la figura de Bolívar—, que para el autor no puede ser explicada en su propia positividad, que fue el camino intentado por todos los que hasta el momento se abocaron al problema. La clave de la dilucidación de la cuestión está en la forma en que América Latina *no* aparece en esos textos, en la manera en que se constituyó en una "realidad soslayada". Y el camino consiste, entonces, en *contextualizar* a Marx, confrontar los textos acerca de Latinoamérica con los que paralelamente iba dedicando a China, Turquía, Rusia, Irlanda, España, esos textos en los que con un despliegue teórico y metodológico sorprendentemente agudo y moderno daba cuenta del complejo fenómeno del asiatismo, de la formación de los estados, del problema nacional. La compleja relación entre presencias y ausencias de determinados puntos de vista en el tratamiento de conflictos de algún modo semejantes no puede ser, por tanto, resuelta apelando a categorizaciones condicionantes de la obra de Marx en un sentido general —tales como la noción de *européismo*— sino sólo por medio de la lectura *contextual* mediante la cual un texto alumbró a otros, ambos se cues-

tionan, abren fisuras e intersticios, fomentan una radical fragmentación en un pensamiento en constante desarrollo, abierto, refractario a cualquier congelamiento sistematizador, "asistemático" en su planteamiento más esencial². En resumen: si Marx en un texto es *européista* y en otro escrito contemporáneo no lo es, evidentemente la explicación debe situarse en otro sitio que el de esa supuesta y por cierto socorrida limitación. No se trata, entonces, y para Aricó, de la escasa importancia de la temática de América Latina en la obra de Marx —finalmente, como bien subraya el autor, los textos no son tan mínimos y escasos— sino del persistente prejuicio con que la trata: ausente de otros escritos contemporáneos, debe encontrar su fundamento en otra dimensión del universo mental de Marx: el de la política.

En efecto, Aricó no sólo cuestiona que el pensamiento de Marx haya quedado encerrado en presupuestos teóricos de matriz hegeliana que le impidieron enfrentarse al complejo fenómeno acrecentado por la universalización del capitalismo y la necesidad de un capitalismo "industrial" frente a un capitalismo "colonial" que lo complementa y que es de hecho funcional con los presupuestos del primero, sino que de esta estrecha relación de naturaleza orgánica avanzó a planteamientos muy significativos en cuanto al papel del mundo colonial oprimido en el proceso de liberación social. Nada de esto está presente en los análisis dedicados a América Latina: por el contrario, vemos en esos textos los más claros prejuicios y la más radical incompreensión de un fenómeno de la importancia de las guerras de la Independencia, por ejemplo, y del tumultuoso y complejo proceso de conformación de los nuevos estados nacionales. Pero si Marx logró elaborar teóricamente la "autonomía" del campo nacional, "desde la cual, y sólo desde la cual, puede pensarse el problema de la revolución social en términos concretos o, dicho de otro modo, el problema de las posibilidades concretas de conjunción del combate por la emancipación nacional con el proceso de la lucha de clases"³, entonces superó completamente los presupuestos "eurocéntricos" tan visibles en el momento marcado por el impacto de las revoluciones de 1848. La tesis de Aricó se redondea: "(...) nuestra tesis es que no fue la 'superficialidad' del periodista, ni el 'desconocimiento' del his-

torizador, ni las limitaciones del 'metodólogo', ni finalmente el desprecio del 'eurocentrista', las que pueden explicar la paradójica actitud de Marx frente a América Latina. Todas estas limitaciones pudieron emerger y desvirtuar sus reflexiones porque una previa y prejuiciosa actitud política obnubiló su mirada".⁴

Este prejuicio político tan acentuado en Marx motivó la resurrección en su pensamiento de la idea hegeliana de "pueblos sin historia" —en un momento de evidente superación de esa noción para otras áreas de análisis—, como base de su caracterización del proceso latinoamericano, es decir, la consideración de los pueblos latinoamericanos como conglomerados humanos carentes de la madurez y, podríamos decir, de la "masa crítica" necesaria para la constitución de una nación legitimada en sus derechos de existencia. Y, paralelamente a la resurrección positiva de esta idea hegeliana, se avivó su aversión a un postulado de Hegel acerca del papel del Estado como instancia productora de la sociedad civil. En la medida en que el presupuesto era la inexistencia de la nación, Marx no podía ver de otra forma que como presencia omnímoda y no racional —también en un sentido hegeliano— del Estado sobre los esbozos de sociedad civil a los procesos en curso en América Latina a partir de la independencia

—procesos, además y sobre todo, en los que el Estado cumplía sin duda un papel decisivo en cuanto al moldeamiento de la sociedad. Marx, de acuerdo con Aricó, no pudo observar en ellos "la presencia de una lucha de clases definitiva de su movimiento real y por lo tanto fundante de su sistematización lógico-histórica";⁵ y a partir de esto no podía categorizar correctamente esta realidad que se le presentaba en un estado de magna.

Acordada la presencia de un prejuicio político, y no de un impedimento teórico en la visión de Marx, resulta importante identificarlo. Aricó piensa que las condiciones de constitución de los Estados latinoamericanos, a las que nos hemos referido, y las primeras etapas de su desarrollo independiente, eran tan excéntricas de los postulados de Marx respecto a la relación entre Estado y sociedad civil —a partir de la refutación del principio hegeliano de la primacía otorgada al Estado— que condujeron a Marx a "excluir" de su pensamiento "una realidad que se presentaba ante sus ojos como la potenciación sin contrapartida del bonapartismo y la reacción europea".⁶ En esto se encuentra localizada la raíz del prejuicio de Marx que le veló toda posibilidad de comprender un fenómeno como el de Francia en el Paraguay, y el caso más explícito y rotundo: la figura histórica del Libertador Bolívar, cuya

identificación con el tipo de dictador bonapartista —pintado con los colores más viles— es transparente.

Este análisis sistemático de las reflexiones de Marx sobre América Latina y de la naturaleza del impedimento que le canceló la posibilidad de ver aquello que fue capaz de observar en Asia en Irlanda o en España, está fundamentado en una serie de proposiciones que constituyen puntos nodales de la reflexión de Aricó sobre la obra de Marx y sobre el marxismo.

Primero: el pensamiento de Marx no constituye un sistema a la manera de Hegel, por ejemplo, sino que está conformado por una multiplicidad de núcleos teóricos y una "sucesión" e intercalación de problemáticas, metodologías y resultados cuya evolución es rastreada a lo largo de toda su obra.

Segundo: no existen en la obra de Marx textos privilegiados, "científicos", y textos desechables. Aricó no trabaja con una distinción y jerarquización de los textos a la manera de Louis Althusser, aunque en cierto sentido existe en él la preocupación por abordar, por inquirir en aquellos trabajos del Marx "desconocido" —cuyo ejemplo más notable serían los *Grundrisse*— que no entraron en la constitución del "sistema" marxista fijado por la II y posteriormente por la III Internacional. Los textos "políticos" de Marx, aquellos que él de-

CRITICA & UTOPIA N° 9: DEMOCRATIZACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Artículos

El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina, *Angel Flisfisch*.

La construcción social de legitimidad política en procesos de transición a la democracia (I), *Francisco Delich*.

Organizando la democracia, *Lawrence Goodwyn*.

Los dos cuerpos políticos de la sociedad estadounidense, *Sheldon Wolin*.

Perplejidades compartidas sobre la comunicación democrática, *Elizabeth Fox*.

Problemas de la participación política en la Argentina contemporánea, *Vicente Palermo*.

Notas de investigación

La concertación social; una perspectiva sobre instrumentos de regulación económico-social en procesos de democratización, *María Grossi y Mario R. dos Santos*.

Notas críticas

Dettes et developement, de Sánchez Arnau y otros, *José Kulesz*.

"Indigenismo e iglesia católica frente a la integración sociocultural de América Latina: ideologías y modelos", de Dieter Goetze, *Isabel Hernández*.

CRITICA & UTOPIA. Latinoamericana de ciencias sociales se edita cuatrimestralmente en Buenos Aires con la dirección de Francisco Delich. Suscripciones: exterior (4 números) U\$S 28. Incluye envío aéreo. Argentina: los suscriptores recibirán cada uno de los números con la factura adjunta por el precio de tapa vigente. El franqueo aéreo será sin cargo.

dicó al estudio de la realidad internacional a partir de los años cincuenta —hasta ahora singularmente devaluados como escritos “ocasionales”, o surgidos de los apremios económicos de Marx, y por estas razones desligados del desarrollo de su “verdadera” concepción de la historia y la teoría— adquieren para nuestro autor una particular importancia como reveladores de fracturas, discontinuidades, nuevos rumbos y preocupaciones, todas cosas que subrayan la asistematicidad del pensamiento marxiano y las falacias de la interpretación “sistemática”.

Tercero: existe en el trabajo de Aricó una periodización implícita de la obra de Marx que ubica una quiebra profunda, una discontinuidad radical, entre un Marx todavía “europeísta”, un Marx convencido del sentido de progreso del que sería portador el mundo burgués —en la dirección asignable a las afirmaciones del *Manifiesto Comunista*, los textos en torno a la Revolución de 1848, los artículos acerca de la dominación británica en la India e inclusive determinados pasajes de *El Capital*— y las preocupaciones cada vez más presentes y acuciantes en su pensamiento, a partir de finales de la década de los cincuenta, en torno a los problemas generados por las consecuencias del desarrollo del capitalismo, su presencia en el mundo colonial, la emergencia de las luchas nacionales, las relaciones complejas entre “cuestión nacional” y lucha de clases. Esta discontinuidad alcanza su punto de ruptura —para Aricó— en los escritos acerca de la cuestión irlandesa en torno al año 1867, en los que se produciría una inversión trascendental en el nivel de la categorización de la ruptura revolucionaria y su agente: el proletariado inglés no sería el liberador de Irlanda, sino que la lucha nacional de los irlandeses sería el presupuesto de la liberación social en Inglaterra. Esta evolución es subrayada como una verdadera revolución copernicana en el pensamiento de Marx por Aricó, acentuada luego, en la década de los setenta, por el estudio de los problemas concernientes a la comuna rusa y sus potencialidades para ser la base de un desarrollo no capitalista, que altera todo el consagrado cuadro de evolución “necesaria” de las sociedades asignado a Marx con toda su carga de improntas positivistas.

Cuarto: la existencia de una radical diferencia teórica entre Marx y Engels,

reflejada muy sensiblemente en el plano de la cuestión nacional, cuyas consecuencias han sido muy importantes en la medida en que el segundo habría contribuido muy sustancialmente en la tarea —que Kautsky culminó— de sistematizar a Marx y convertirlo en el pensamiento orgánico del movimiento obrero europeo, con cargas positivistas y eurocentristas cuyas consecuencias fueron nefastas para el desarrollo del movimiento socialista durante un largo período, y que resienten todavía hoy.

Quinto: subrayar la discontinuidad entre el pensamiento de Marx y el sistema hegeliano, y fundamentalmente la cabal refutación de la existencia de un “historicismo” genetista en la teoría de Marx, resulta una de las notas básicas de la interpretación de Aricó.

Finalmente, nuestro autor efectúa una nítida distinción entre Marx y el marxismo, entre la obra abierta de un pensador “clásico” con sus múltiples posibilidades de lecturas e interpretaciones y el desarrollo del marxismo como teoría sustantiva del movimiento socialista, desde una concepción cuyo punto de toque reside en la idea de la conexión orgánica de la teoría con la realidad social, y eso no en el sentido de la esquemática relación entre “estructura” y “superestructura” resultante de la mecanización de una metáfora de Marx, sino en el de la ligazón orgánica, profundamente dialéctica, entre sociedad, movimiento social y desarrollo teórico, entre los problemas efectivamente planteados por una sociedad, la reflexión sobre ellos y el movimiento práctico de su resolución. Planos todos interrelacionados pero, a la vez, relativamente autónomos. Es desde aquí que Aricó insiste en la urgencia de la revisión de la historia del movimiento social y del marxismo, para encontrar las necesidades pero también las insuficiencias y las esclerosis cuya superación sea motivo de una reflexión útil para la recomposición de un socialismo latinoamericano ubicado, como él afirma, más sobre el costado libertario del pensamiento de Marx que sobre los pesados paradigmas estatales que hoy son contrabandeados como su herencia más pura.

De esta manera nuestro autor entra de lleno en el debate actual de la crisis del marxismo, admitiendo la vigencia del mismo como instrumento de análisis de la realidad contemporánea —en la medida en que la época histórica que Marx

alumbra todavía no ha desplegado todas sus potencialidades, no se ha realizado plenamente—, y a partir de esa capacidad teórica destaca su vinculación orgánica con las fuerzas actuantes en forma contradictoria en nuestra sociedad. A cien años de la muerte física de Marx, su obra sigue siendo un elemento fundamental de interpretación de nuestro mundo y la pretensión de unidad entre marxismo y movimiento social de transformación no reposa —como muchos críticos señalan— en la voluntad subjetiva de algunos sino en las reales capacidades de ella de contribuir a develar y resolver los problemas esenciales de su desarrollo. La contribución de Aricó en este sentido —más allá de algunas discrepancias cuyo señalamiento resulta aquí ocioso— me parece precisamente reveladora de esta capacidad del marxismo —al menos de cierto marxismo— para el ejercicio crítico de la reflexión y el pensamiento libre, y a partir de ahí su plena posibilidad de participación activa en la resolución del gran desafío histórico de nuestra generación: el de la construcción de la democracia social en nuestra América. Un socialismo recompuesto, un socialismo sacudido de la pesada carga de la opresión estatal que lo aqueja en su realización práctica, un socialismo que realmente ponga en el centro de su sustantividad la liberación social junto con la resolución de los problemas nacionales en el pleno ejercicio de la democracia irrestricta constituye un elemento necesario y probablemente decisivo en su consecución. El libro comentado se instala plenamente en el debate de esta problemática y en eso radica —sin duda alguna— su mérito esencial.

¹ Se encuentran reunidos en la excelente edición de Pedro Scaron: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente 30, 1980.

² Para un excelente tratamiento de este problema cf. la introducción de Oscar del Barco a Marx, Karl, *Notas marginales al “Tratado de Economía Política” de Adolph Wagner*, México, Cuadernos de Pasado y Presente 97, 1982.

³ Aricó, José, op. cit., pág. 94. Los subrayados de las citas son de J.A.

⁴ *Ib.*, pág. 172.

⁵ *Ib.*, pág. 127.

⁶ *Ib.*, pág. 107.

El fantasma de Althusser

LUIS ALBERTO QUEVEDO

Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista*, México, Folios Ediciones, 1982, primera reedición: Buenos Aires, 1983.

Según confiesa el autor, el libro reúne un conjunto de trabajos escritos entre 1973 y 1981. Y como es de suponer —cosa que de Ipola dice explícitamente— en ese lapso, muchos de sus puntos de vista sufrieron cambios, algunos de ellos, muy importantes. Por lo cual “la unidad y la coherencia del libro están lejos de ser evidentes”. De aquí que las “contradicciones” que aparecen no son más que la polémica que el autor sostiene consigo mismo, en favor del crecimiento teórico del tema. Primer reconocimiento a de Ipola: su enorme honestidad intelectual (¡tuvo el valor de publicar todo lo producido en los últimos ocho años!). Segundo reconocimiento: su convicción de que solamente la polémica franca, empezando por sus propios artículos, hará crecer la teoría de la ideología. Al decir del autor: “En el terreno de la teoría de lo ideológico, del análisis de los discursos y en particular, como en este caso, de los discursos políticos, sólo se avanza al precio de desplazamientos, de rupturas, de replanteamientos, de una cierta deriva teórica y empírica de la cual no están excluidas, por cierto, ni dudas ni, tampoco, contradicciones” (pág. 9).

La teoría de la Ideología, y más tempranamente, la discusión sobre el posible campo del Discurso Político, tienen su historia. En ella, tanto de Ipola como gran parte de los pensadores sociales latinoamericanos, tienen en Althusser su referencia más clara. No porque adhieran siempre a las propuestas del filósofo francés, sino porque él fue capaz, a partir de algunos artículos claves, de organizar los desacuerdos. “Ideología y aparatos ideológicos del estado” es, en este sentido, un texto ya clásico para iniciar la confrontación teórica. Tiene por lo menos dos grandes virtudes: por un lado

constituye una postura formulada en términos “positivos” sobre la difícil temática de la ideología, —relacionando el pensamiento de Marx con las producciones más actuales del psicoanálisis—; y, por otro lado, ha despertado una inabundante y productiva polémica en torno al tema. Casi no hay autor que esté de acuerdo con Althusser, pero casi ninguno deja de polemizar con él. Los años setenta estuvieron muy marcados por la polémica althusseriana. De Ipola reconoce esta herencia intelectual y comienza su libro con un ensayo que titula “Crítica de la teoría althusserista sobre la ideología”, escrito en 1973. Practica allí una exposición de sus principales nudos teóricos, sus articulaciones, interrogantes, respuestas y lagunas. La difícil tarea de reabrir una problemática es asumida por de Ipola con total responsabilidad. Efectúa una revisión de temas cruciales como el de la “necesaria opacidad” del todo social a los ojos de los agentes; de la continuidad o no entre las fantasías socialmente constituidas y la ideología en-el-sujeto; el problema del carácter universal del mecanismo de interpelación-constitución de los individuos en sujetos; el problema de la ideología como aseguradora de la reproducción de las relaciones sociales existentes, etc.

El Emilio de Ipola del 73 busca separarse de su propio “vértigo althusseriano” de fines de los años 60, época de las grandes certezas y adhesiones desprovistas de crítica. Intenta además echar luz sobre los “estratos” políticos que puede causar “una determinada manera de leer, asimilar y hacer suyo el althusserismo” en la generación de intelectuales que él compartió. El que reflexiona ocho años después está preocupado por pensar la política en términos ideológicos; quiere analizar hondamente al populismo, y recomponer algunos “excesos” en la crítica a Althusser. Es el de Ipola de la “Introducción” (mayo de 1981), que lejos de ser una “presentación” tradi-

cional del libro, constituye una suerte de espacio crítico (si es que queda alguno libre de la crítica en todo el libro) donde de Ipola polemiza consigo mismo.

En el capítulo segundo, denominado “Sociedad, ideología y comunicación”, el autor muestra especial preocupación por señalar cuál es su desacuerdo básico con Althusser. Este pasa por la tendencia que tiene el filósofo francés —y ciertos investigadores marxistas— en atribuir a la ideología un papel “integrador y cohesionante” del todo social. En esta línea también estaría el Poulantzas de “Poder político y clases sociales en el estado capitalista”.

Por el contrario, de Ipola desea enfatizar la imbricación de la ideología con la existencia misma de las luchas políticas y sociales, cosa que, a su entender, pasa por fuera de la definición de Althusser. Para decirlo de otro modo, Althusser estaría comprometido con una cierta concepción “funcionalista” de la ideología, mientras que él argumenta que la producción, circulación y recepción (“cambio”) de significaciones se realiza bajo determinadas condiciones materiales y sociales que, en el capitalismo, está regida por la lucha de clases.

Salta a la vista el hecho que de Ipola intenta despejar el problema de la ideología usando elementos teóricos que Marx usa para tratar el “modo de producción económico”. Queda entonces planteado el problema de si esta homologación de los procesos económicos y los procesos sociales de producción de significaciones, posee legalidad teórica.

En la historia del pensamiento sobre lo social, la tentación al isomorfismo de estructuras conceptuales es larga. El traspaso de aquellos desarrollos teóricos más consistentes a los campos menos desarrollados, suele ser común. Claro está que tanto el terreno que aborda Marx como el que toca de Ipola están dentro de “lo social”. Pero estamos persuadidos de que la misma productividad teórica en el campo de lo ideológico depende de que produzca la debida “discontinuidad” con lo económico.

En el tercer artículo del libro, “Populismo e ideología I”, de Ipola aborda la crítica de un libro crucial para este campo: *Política e ideología en la teoría marxista* de Ernesto Laclau. El respetuoso análisis del texto comienza por caracterizarlo como “político” más que “teórico”. Pero en el medio de la “discusión” que de Ipola abre con Laclau, transita el fantasma de Althusser. La propuesta de

Laclau sobre la "forma" de una ideología (en contraposición a su "contenido") está inspirada en las tesis del filósofo francés. Por lo tanto, de Ipola reprochará a Laclau la poca distancia que es capaz de tomar con respecto a Althusser, sobre todo con su polémico artículo "Ideología y aparatos ideológicos del estado". Considera que la "recuperación acrítica" de algunas tesis, como aquella que reza: toda ideología interpela-constituye a los individuos como sujetos, es uno de los puntos débiles del libro—cosa que, como ya dijimos, fue revisada en la introducción. Se trata sin duda de un artículo sustancioso (tal vez el más complejo de todo el libro), cargado de interrogantes decisivos para la teoría marxista de la sociedad.

De Ipola tiene especial preocupación por resolver la dificultad que presenta el texto de Laclau cuando debe resumir el conjunto de interpelaciones que un individuo soporta; es decir, señalar cuál es el elemento que posibilita el "efecto de condensación" sobre el que reposa la unidad de una ideología. Respetando el pensamiento de Laclau, de Ipola dice que "la relativa unidad" de un discurso ideológico está garantizada por "aquello que llamaremos un 'proyecto clasista' determinado". No todas las interpelaciones son clasistas, pero aquello que tiene la capacidad de integrar en un todo, relativamente estructurado, interpelaciones de alcance y naturaleza diferente (clasistas o no) es el proyecto hegemónico de clase con arreglo al cual se opera una articulación. "Lo esencial—dice de Ipola— es que dicho proyecto clasista funciona, ante-todo y sobre todo, como un principio constitutivo de la unidad de una ideología, vale decir, de su 'forma' ". De aquí, de Ipola discrepa con Laclau en que el "populismo", siendo un fenómeno ideológico, no constituye por sí mismo una ideología. Y ello porque es imposible adjudicarle una inherencia de clase, y porque su estatuto teórico corresponde al de los "contenidos" y no al de la "forma" de un discurso. Del populismo, siguiendo a Laclau, de Ipola salta a la discusión sobre el término "pueblo": elemento analógico que opera como unificador de los "populismos". Y de allí a las semejanzas y diferencias con las determinaciones "de clase" situadas en el plano de las relaciones sociales de producción.

En el final de este artículo, de Ipola analiza un discurso clave de Perón: el que pronunciara en el acto de proclamación

de su candidatura el 12 de febrero de 1946. El siguiente artículo, "Populismo e ideología II", retoma este tema y desarrolla su pensamiento sobre el discurso peronista, manteniendo como telón de fondo la discusión teórica sostenida con Laclau. De Ipola analiza las constantes ideológicas en el discurso de Perón, e intenta demostrar de qué forma estas constantes perduran, pese a los vaivenes del tiempo y las coyunturas, en la trayectoria política del caudillo, desde 1943 a 1974.

El quinto ensayo, "Sobre algunas deudas y divergencias teóricas", está dedicado a confrontar ideas con Eliseo Verón—o por lo menos con algunos trabajos que Verón escribió entre 1975 y 1978. De Ipola se reconoce en ese campo de discusión teórica que, abandonando la concepción "expresionista" de la ideología, busca su relación con los procesos de "producción" y "recepción" del discurso, y su conexión con el tema, complejo e intrincado, del poder.

En este capítulo es tal la presencia del "fantasma" que si bien de Ipola establece la polémica con Verón, hay en todo momento un "tercero" que innegablemente ofrece el terreno de las divergencias: ese tercero es Louis Althusser. Queda entonces planteada, no tanto la posible "novedad" introducida por Verón en esta temática, como su parentesco—"insalvable"— con el modo en que el

filósofo francés problematiza el par ideología/ciencia.

A éste, le sigue un pequeño artículo donde el autor sacará interesantes conclusiones sobre una alocución de Perón. De allí el título: "Desde estos mismos balcones. . ." (Notas sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945). Buscará allí las "marcas" que la sociedad imprimió a aquel discurso histórico, tratando de mostrar su eficacia en tanto acontecimiento. La elección de este discurso no es un capricho del autor, sino que, según de Ipola, ese día y por ese "acontecimiento", se produjo una ruptura en el espacio político hasta entonces vigente y comenzó su reestructuración con arreglo a otras coordenadas.

El último texto, "La Bemba", según lo admite de Ipola es el menos trabajado teóricamente y metodológicamente. Apunta a mostrar un tipo particular de producción discursiva de la que el autor tuvo experiencia directa. Se trata de un texto testimonial y casi personal. Se aproxima más a un "Diario de la cárcel", escrito por un semiólogo preocupado por estas unidades de significación que constituyen las "bembas" (posible de ser traducido como "rumor" o "versión"). Para ello se introduce en los mecanismos de producción de "lo verosímil" en el ámbito de la prisión política y de los procesos ideológicos del "encierro". Tampoco está ausente Althusser en esta reflexión menos teó-



Ricard 2011

rica. En la cuestión del "nosotros" carcelario, de Ipola señala la particular "interpelación" que soportan los individuos, lo quieran o no, al estar incluidos desde siempre en las redes de sentido que se tejen en la prisión.

En síntesis, el libro constituye una verdadera biografía intelectual de Emilio de Ipola y, seguramente, un escalón de paso en su trayectoria teórica. Creemos, si se nos permite, que aún falta revisar más la teoría de la comunicación que respalda alguna de sus hipótesis. Notamos aún un "emisor" demasiado estructurado en su lugar de sujeto-enunciador;

un "mensaje" que usa como "vehículo" al lenguaje para "transmitir" significaciones; y un "receptor" que si bien es activo en la resignificación, lo es poco o nada en el "proceso directo de producción". Aún la "escucha" es demasiado pasiva —para de Ipola el proceso de recepción o "consumo" de los discursos es el "polo opuesto" del proceso social de producción de los hechos de significación. Y falta, creemos, conceptualizar esa distancia radical que existe entre la "realidad" y la relación imaginaria que los sujetos tienen con ella desde donde queda posibilitada la significación. Los libros, a diferencia de las mercancías, llevan inscrip-

tos en su frente lo que son. Al de Emilio de Ipola se le puede leer: "Ideología y Discurso Populista", y es esto justamente lo que según creemos, falta conceptualizar, abandonando a la vez las descripciones y las definiciones. Está ausente —aunque sí *problematizado*— lo específico de la productividad discursiva que está en juego en los procesos sociales. Emilio de Ipola, Ernesto Laclau, y Eliseo Verón, son tres invaluable teóricos argentinos comprometidos en esta tarea. Lamentablemente para nosotros, por una u otra razón, el primero reside en México, el segundo en Londres y el tercero en París.

Quando la historia se construye

HILDA TORRES-VARELA

José Luis Romero, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, Siglo XXI Ediciones, México, 1981.

Al publicarse en 1967 *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, primera parte de una búsqueda que tiende a "comprender el mundo actual" y aún más "el oscuro proceso histórico en el que se elabora y constituye la situación de nuestro tiempo", José Luis Romero en su madurez de historiador, vale decir de hombre que piensa al tiempo y a su tiempo, ya ha elaborado la óptica de lo que representa para él construir la historia a la luz de problemas, métodos y objetivos capaces de eludir toda ortodoxia, salvo una, única y permanente, la capaz de plantear nuevas preguntas para poner en tela de juicio a la historia misma, en sus fundamentos epistemológicos y en su condición de relatividad científica.

La publicación de *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* (1976) confirma el rigor con que aborda la tarea. Rama lateral, aunque no secundaria, desprendida del mismo proceso que lo preocupa, y tal vez objetivo último de su interés interrogador (¿no es acaso una parte del camino hacia nuevos planteos que añadir a los muchos realizados por el mismo

Romero en pro de una mejor lectura de la realidad argentina?) desmenuza en América Latina la dialéctica entre el mundo autóctono y el de la conquista y colonización, entre lo rural y lo urbano, entre las formas de pensamiento que particularizan a los grupos y van definiendo la fisonomía de los centros de poder. Su calificación de "empresa civilizadora y mercantil" antes que de "empresa cultural" para explicar el tono de la penetración europea de América es el resultado de esa búsqueda, de ese énfasis y de una medular valoración.

Las estructuras mentales que se ponen en juego en Latinoamérica, José Luis Romero las viene rastreando desde que se insinúan y comienzan a abrirse en el siglo XI hasta infiltrarse en el tejido feudal y conformar la nueva mentalidad que califica de feudoburguesa.

Mundo de realidades —el del burgués—, y mundo imaginario —el de las ideas que confluyen, se aglutinan, pactan y se rebelan—, ya en los análisis de las dos obras antes citadas el juego entre *crisis* y *orden* se traduce en un ritmo que es al mismo tiempo instauración de formas, de instituciones, imágenes y conceptos, de modos de vida y de actitudes en los que el reclamo de un realismo mental en

avance va desplazando concepciones ya por entonces ineficaces.

La segunda parte de este interrogatorio a la construcción de nuestro tiempo (*Crisis y orden en el mundo feudoburgués*) aparece a fines de 1980, casi cuatro años después de que la muerte sorprendiera a José Luis Romero sin darle tiempo para concluir su obra esclarecedora, acerca de la cual nos informa su hijo, el historiador Luis Alberto Romero, en la Advertencia preliminar, que debía incluir dos volúmenes más: *Apogeo y ruptura del mundo feudoburgués* (siglos XVI a XVIII) y *El mundo burgués y las revoluciones antiburguesas* (siglos XVIII a XX).

Paralela en su tiempo de elaboración a *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, se publica en París en 1978, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* de Georges Duby. Feliz coincidencia la del pensamiento y las inquietudes de estos dos ilustres historiadores y medievalistas que permite una mayor clarificación al comprobar hasta qué punto se complementan y se enriquecen, mutuamente, los hallazgos de Romero y los de Duby. Para ambos se trata de reordenar un mundo y se acercan en la voluntad de penetrar e interpretar los procesos sociales generadores de determinados sistemas de valores en los que residen los principios de toda acción capaz de dinamizar a una sociedad. Sin embargo, tanto el espacio y el tiempo como los límites del campo interrogado, difieren. Para Duby (siglos XI y XII) se trata de observar y situar —incluso cronológicamente— las mutaciones de los sistemas ideológicos que conforman las tres funciones: orar (o predicar), cultivar (o trabajar) y hacer la guerra (defender o luchar). Romero aborda la herencia del mundo ro-

mano e imperial; de su etapa caótica y expansiva (siglos XI a XIV) ya se ocupó en *La revolución burguesa en el mundo feudal*, parte ahora (siglos XIV a XVI, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*) de cuando todavía persiste en muchas mentes el "cuadro tripartito de la sociedad: oradores, defensores y labradores, como se decía en Castilla". Ya en el intermedio restringido y homogéneo escogido por Duby (Francia, al norte del Poitou, el Berri y la Bourgogne) como en el terreno vasto, diverso y complejo de la elección de Romero (Europa), la voluntad dilucidadora tiende a desentrañar ese mundo imaginario de los sistemas de valores de los que se nutren sueños y utopías, el sentido que cada grupo acuerda a la dimensión de su pasado, la tolerancia o rechazo de leyes y derechos, y el tono de las tomas de conciencia de individuos, comunidades y clases sociales.

A esas "formas de mentalidad propias de los grupos participantes", a los sistemas de valores por ellos usados interroga José Luis Romero y no sólo al juego de las situaciones reales, de los hechos, óptica esta última que por mucho tiempo limitó —y limita aún hoy— el campo de la historia.

Análisis de conclusiones que coronan una búsqueda paciente y minuciosa, la obra refleja una visión global (la del espacio que va del siglo XIV al XVI) pero atenta a diferentes centros de interés. En la *primera parte*, es la economía de mercado, su relación con la nueva sociedad y con los demás estratos sociales, con el mundo urbano y el mundo rural; tensiones, conflictos y consecuencias de estas relaciones en el armado de nuevas formas de estratificación social. Los individualismos burgueses se enfrentan y se contagian. El hecho de que las situaciones reales se anticipen a la construcción de nuevas ideologías adecuadas genera un estado de desconcierto que es imposibilidad de comprender la realidad circundante y se traduce en desarmonías entre los grupos sociales y dentro de los mismos —como en el de los artesanos, que se estratifica—, o genera recelos y agresiones de las que, entre otros, serán víctimas los judíos. Los centros de poder se desplazan.

En la *segunda parte* aborda la nueva forma de poder político surgida de los valores y concepciones de la clase en ascenso —la burguesía, por entonces todavía calificada como clase feudoburguesa— y la denomina "política del realismo". Si la nueva sociedad resulta una

consecuencia de la nueva concepción económica, la nueva actitud política es a su vez expresión de la conducta de esta nueva sociedad protagonista y de la eficacia que revela esa conducta. A esta transformación no escapan ni la Iglesia ni las monarquías, ni el campesinado ni la nobleza. Corporaciones, gildas, cofradías, luchan y se infiltran con sus modalidades, con sus ambiciones, con sus concepciones particulares. Los sistemas de valores se trasladan y se incorporan provocando choques o alianzas y la revisión de los criterios por los que las clases sociales se distancian. Ciudades ahora autoritarias y estados territoriales sustituyen a las grandes figuras del orden ecuménico, Imperio y Papado. Con la acentuación del carácter nacional comienza a definirse el sentimiento de patria. Espontáneo en un principio, gradual más tarde, se precisa el distingo entre lo sagrado y lo profano, entre el ser y el deber ser. De esta segunda dualidad surgirá el divorcio entre lo moral (modelo ideal) y lo político (destinado a moverse entre realidades). La noción de *fortuna* se introduce entre las que aprende el nuevo hombre de la nueva sociedad.

En la *tercera* y última parte ("Las formas de vida conflictivas") la atención va hacia la vida cotidiana, la distribución de trabajo y entretenimientos, el mundo del "orden" y el de los seres anónimos. La mal llamada "historia menor" comprueba su peso y significación, su expresividad, y la capacidad de ser más que

síntoma o dato, verdadero *signo* de la mentalidad de un tiempo y de una sociedad.

Si cada una de las tres partes que se incluyen (existiría una 4ª, "La prefiguración del mundo feudoburgués" que lamentablemente sólo quedó en notas) traza elipsis rodeando al período, el método cambia cuando considera cada problema y su funcionamiento dentro de un núcleo social. Las conclusiones generales alcanzan sólo a aquellas actitudes unificantes impuestas por sobre estados o fronteras. Pero lentamente se dibujan las concepciones particulares, la fortuna o desfavor de que éstas gozan dentro de las distintas comunidades de las que ha de surgir, siglos después, una casi estable división política europea. El destino de la acción ascendente y rebelde de la burguesía difiere de manera notoria según los núcleos de población. Triunfa en algunas comunidades aunque con matices diversos (Países Bajos, Suiza, Inglaterra), sometida a complejos y fluctuantes coquetos o enfrentamientos con la nobleza, la monarquía o la Iglesia (Francia, España, Portugal, Europa Central, Alemania, Rusia), o imponiéndose por caminos surgidos de los nuevos sistemas de valores que configuran una ética inédita (Italia), cada estilo es sometido a un análisis metódico e inteligente.

Entre los primeros que propician en el país —ya desde la cátedra— una actitud científica interdisciplinaria, José Luis



**NUEVA
SOCIEDAD**

REVISTA LATINOAMERICANA BIMESTRAL

AHORA PUEDE OBTENERLA EN LA ARGENTINA

FOR SUBSCRIPCIÓN (Incluido transporte)

Año 10 número 1 US\$ 20 / Número 112 número 1 US\$ 35

PAGOS: Cheques en dólares o dólares de NUEVA SOCIEDAD

Apartado 61712 - Caracas - Correo 1960-A - VENEZUELA.

Reservas no efectuar transferencia bancaria para cancelar suscripciones.

Y TAMBIÉN EN LIBRERÍAS

Distribuidor: Caligaris S.R.L.

Av. Independencia 1960 - Caracas Apto. 7 - Tel. 363.7028



**NUEVA
SOCIEDAD**

NO 88

ANÁLISIS DE COYUNTURA

Rogelio García López: Argentina: Un Peronismo y la Melisa de los Millores. Luis González Quintanilla: Bolivia: Una Democracia en Crisis. Oscar González: Guatemala: La Institucionalización Coercitiva. Leopoldo María Gutiérrez: Haití: Los Signos Inesperados.

CONTEMPORANEA

Enrique Aramburú / Pedro Pablo Kuczynski: Negociaciones Bilaterales o Club de Deudores?

ENTREVISTA

Diálogo con Willy Brandt, Presidente de la IE. La Internacional Socialista: Una Fuerza Política Moral en Dimensión Internacional.

TEMA CENTRAL: CARLOS MARX - CINCO AÑOS DESPUÉS

Humberto Peña: Carlos Marx: Miseria de la Especificidad. José Aricó: Marx y América Latina. Leopoldo Zea: Visión de Marx sobre América Latina. Pablo González Casanova: Resurrección y Revaloración del Clásico. André Gunder Frank: El Marxismo Real en Realismo-Marxista. Demetrio Semaner: Marx, El Colonialismo y la Liberación Nacional. Luis Vitero: El Marxismo Latinoamericano entre Dos Decadas: Feminismo y Crisis Ecológica. Leandro Konder: El Marxismo en la Cultura Brasileña. Jesús Moragas Ruiz: México en los Centauros y Fuertes de El Mirón.

POLÍTICA - ECONOMÍA - CULTURA

Rafael Sabor: Democacia de Nueva Delhi. David Martin: Al-Ghazali. Georjangles Pevsner: El Explosivo Mundo Árabe. Maurice Skolnik: Conservación y Recursos Naturales Renovables. Orlando Rojas: El Ejemplo de Varón y Vitero. El Teatro Municipal Proponer en Caracas. Osvaldo Dragón: César González Rodríguez en un Feb que Vive en la Inestabilidad. El Teatro Argentino.

NOTICIAS - INFORMES - REVISIONES

Romero muestra su vocación integradora en la elección de las fuentes que lo aproximan al tema. Atento a los datos que aportan demografía, estadística, ciencias, crónicas y archivos, no se detiene en lo fáctico o cuantitativo; los sistemas culturales, los sistemas de creencias y valores, el *equipamiento intelectual* atraen su pasión y su oficio de historiador. El documento representado por la literatura y las artes plásticas le sirve muy en especial para desentrañar el pensamiento, la sensibilidad y las ideas aun cuando éstas lleguen desde un pasado que refleja más la conciencia individual que colectiva. Lector y contemplador de penetración poco común, no se limita a aproximarnos a esa fuente que es parte de la *herramienta mental* del hombre. La desmenuza, la goza y nos devuelve un texto al que su nueva lectura —puesto que lectura existe también frente a la obra plástica— ha hecho crecer en expresividad. Su honestidad y erudición evitan el riesgo que habría en transitar caminos de intencionalidad forzada. Tras cada análisis, extraña virtud, la obra renace vigorizada.

Una prosa rigurosa, precisa, que guarda el estilo vivaz e intencionado con que José Luis Romero sabía dosificar su palabra, y el respeto ceñido a esa ley del *armado lógico de la narración* del que habla en las *Conversaciones con Félix Luna*, hacen de *Crisis y orden en el mundo feudoburgués* una obra destinada no sólo a enriquecer el pensamiento de estudiosos y eruditos sino a ser una lectura apasionante para el lector curioso y no iniciado. Pocas veces se cumple como en este libro de absoluta unidad y coherencia a pesar de haber quedado inconcluso, el deseo de Lucien Febvre cuando en *Combats pour l'Histoire* recuerda que "la historia abarca todo lo que siendo del hombre depende del nombre, lo sirve, lo expresa, significa su presencia, su actividad, los gustos y los modos de ser del hombre". Lección de humildad y de grandeza de una disciplina que se ha honrado, ciertamente, al contar entre sus filas a José Luis Romero.

A quienes conocieron el privilegio de ser sus alumnos en la cátedra universitaria y en los seminarios que desarrollaba en los últimos años, cumpliendo una vocación docente frustrada una vez más en nuestro país por la intolerancia y la prepotencia demagógica, y a quienes no pudimos gozar de ese elevado magiste-

rio pero aprendimos escuchándolo y dejándonos guiar por la claridad y exigencia de su pensamiento, nos queda el tremendo vacío de sus respuestas sin enunciar, y ese otro del visceral optimismo con que sabía analizar, desbrozando, las situaciones más caóticas, hasta dejar al desnudo los síntomas del crecimiento y de la construcción. Optimismo dictado, sí, por confianza y fe en el hombre, pero más aún por esa agudeza de observador que lo llevaba a penetrar la epidermis sin dejarse perturbar por la anarquía ni el estrépito.

Su lección nunca piadosa ni confor-

mista, sigue siendo oportuna y actual.

Ya en las reflexiones del *Ciclo de la Revolución Contemporánea*, reflexiones de una honda inquietud por el destino de nuestro tiempo, nos recordaba que este tiempo, por duro y amargo que aparezca, es el "tiempo de nuestras vidas" y "nuestro único patrimonio". Transitorio, pensarlo, ordenarlo para los contemporáneos, fue su preocupación y su ocupación primera, por —así lo creía— la certidumbre de las creaciones que promete, por la revolución que entraña y en la ilusionada espera del triunfo del espíritu.

Las formas de la diáspora

CARLOS DAMASO MARTINEZ

Daniel Moyano, *Libro de navíos y borrascas*, Legasa, Buenos Aires, 1983.

Como una profunda herida, el exilio ha recorrido a la sociedad argentina de estos últimos años. Su problemática se ha planteado con mayor vehemencia en el campo intelectual que en las obras de escritores que, por su situación particular, se los ha inscripto en una rotulada literatura del exilio¹. Tanto desde el interior como del exterior del país, algunos intelectuales y narradores han planteado posiciones antagonicas hasta llegar a establecer diferencias valorativas entre la producción literaria de los que se fueron y los que se quedaron. Diferencias que pueden existir, porque hay experiencias distintas, pero que de ninguna manera pueden dividir el campo cultural y simplificar una situación mucho más compleja, en la que cabe hablar de un exilio general, que se dio tanto interna como externamente.

En este horizonte —en el que comienza a darse un debate público de problemáticas diferentes—² *Libro de navíos y borrascas* es tal vez la primera novela de un escritor exiliado que intenta dar cuenta de una de esas formas particulares de la diáspora.

Si en *El vuelo del tigre*, la alegoría, los procedimientos alusivos hacían re-

ferencia a una realidad inmediata de violencia y represión autoritaria, y, a su vez, sugerían el interrogante de cómo narrar una situación de esa naturaleza,³ en su última novela Moyano llega a la exasperación de ese interrogante. Es más, podría decirse que es un relato que se construye sobre una fractura. Esa fractura de la historia reciente que el discurso narrativo quiere asir. Barthes dice que a lo largo de los siglos la literatura es el intento frustrado de representar la realidad. Lo real como objeto de deseo, aunque sea un deseo de lo imposible. *Libro de navíos y borrascas* puede leerse como una reflexión sobre los límites de la palabra, sobre la posibilidad de encontrar los modos de representación (o la realización estética) que pueda dar cuenta de una experiencia. Moyano vive personalmente esa encrucijada e intenta traducirla en esta novela con un discurso reflexivo y disperso, donde pocas veces aparecen algunos motivos tradicionales de su obra —la marginalidad y el desarraigo del interior— enmarcados en un presente sombrío y pesadillesco.

La historia que se propone contar es la de un viaje: el viaje en barco (el Cristóforo Colombo o Zampanó) que inicia el camino del destierro de Buenos Aires a Barcelona. Sus pasajeros, cerca

de setecientos, pretenden cubrir un amplio espectro de distintos tipos de exiliados: hay uruguayos, argentinos, provincianos (*los riojanitos*), algunos gremialistas (la mayoría cordobeses), psicólogos, artistas plásticos, músicos y titiriteros. Sin embargo, los principales núcleos narrativos se dan en torno a pocos personajes. Desde el primer capítulo (*Chau Buenos Aires*) un narrador protagonista (hombre del interior y músico) busca el tono exacto, el registro apropiado para contar esa historia. Se reflexiona sobre la elección de una retórica, la de las historias tradicionales de barcos y desaparecidos propias de la literatura europea (él va a ocupar el lugar de un viajero nórdico en un caserón de piedra de un viejo faro), la de una narrativa de transmisión oral. ¿Cómo empezar? ¿No sé si esto me va a salir?, dice el narrador. Todo el capítulo mantiene como constante este tipo de preguntas. Finalmente la literatura oral aparece como una propuesta aceptable para contar esa historia: "Lo mío es la música antes que las palabras".

Desde esta perspectiva la novela se estructura con un símil musical: el narrador se compara con un vidalero, cada capítulo se plantea como parte de una partitura (*Rasguídos, Titríteando, Cadencia*). Hay un intento de alegorizar, pero el relato es zigzagueante. Oscila entre la reflexión narrativa, ese velado alegorismo y cierta obviedad referencial (como la alusión al *desaparecido* Haroldo Conti) que impone una significación precisa al libro. Se habla de desapariciones, se cuenta la experiencia de la prisión, la tortura y violaciones en forma directa. A través del narrador protagonista (Rolando) se procesan elementos autobiográficos de Moyano, y en algunos momentos del texto la distinción escritor-narrador se borra y pierde toda distancia. Estos rasgos impiden una lectura fluida de *Libro de navíos y borrascas*, y muchos pasajes se tornan azarosos dado las dificultades que el texto mismo tiene de referir la historia que se quiere narrar. Recién a partir del capítulo doce la novela pareciera encontrar su ritmo y alcanza un nivel más cercano a los mejores relatos de Moyano. En todo lo anterior solo se logran exponer ciertos hitos, fragmentos de una historia, la del narrador que es detenido por las fuerzas represivas arbitrariamente y puede exiliarse después, una reflexión sobre los viajes y el destierro: el de su abuelo español y el suyo en sentido inverso.

Situación que roza la problemática del origen y la identidad nacional. Otra secuencia que se relaciona y refuerza alegóricamente esta cuestión, al proponer un pasado autoritario y violento, es la representación de títeres sobre el fusilamiento de Dorrego por orden de Lavalle.

En el capítulo doce (titulado *El faro*), la reflexión inicial de la novela, expresada centralmente como elección de una retórica (la casa de piedra, el faro y los relatos de navegantes) se presenta ahora —y se prolonga en el capítulo catorce— a través del intento de escribir una historia de un guardafaro y su hija, extraída de un "valcesito criollo" para ser representada por títeres. El destinatario de la obra es el viejo Contardi, un artista plástico y padre de un desaparecido a quien se quiere levantar el ánimo. El narrador y otros personajes son sus auto-

res. La anécdota tiene aparentemente la simpleza de una fábula, pero a medida que se escribe se va modificando, sufre sucesivas transformaciones y cambios de títulos que van desde *Historia del guardafaro* a *Fsss*, que es la representación sonora, la onomatopeya de la llama de un fósforo al apagarse. A la pregunta constante cómo llegar a narrar una experiencia alucinante y cercana, el mismo texto —mediante esta simple anécdota que se hace tan difícil construir— pareciera responder que es una experiencia que deberá ser contada por todos. Tal vez sea la propuesta implícita (y la ideología literaria) de toda la novela. El apagón, la oscuridad, la confusión envuelve a todos sus protagonistas y, por cierto, a una situación, que por tan próxima es casi imposible desentrañar mediante el arte de las palabras.

A diferencia de una producción narrativa que, desde los modelos de una retórica testimonial, se ha planteado la realidad argentina de manera directa y hasta simplista, Moyano se sitúa (aunque persista con esa mezcla de alegoría y humor de obras como *El trino del diablo*) en una ruptura con los motivos y el estilo de su narrativa anterior. Ruptura que responde a una doble situación: la de su experiencia del exilio y la condición de escritor. Desde esta última perspectiva cabe esperar, más allá de la reflexión propuesta por este libro, la obra futura de un narrador que, por novelas como *Una luz muy lejana* y *El oscuro*, ocupa un lugar destacado en la literatura argentina contemporánea.

*Pie de página. revista de literatura Nº2 - INVIERNO '83

LITERATURA Y SITUACION NACIONAL: DI PAOLA - GUSMAN - LAFFORGUE - SARLO - SASTURAIN / REPORTAJE A JUAN JOSE SAER / ASIS Y LOS BUENOS SERVICIOS por R. FOGWILL / INFORME PARA UNA ACADEMIA (ARGENTINA DE LETRAS) por J. PEREDNIK / LECTURA DE SUSANA CHEVASCO por MARTINI REAL / LOS NUEVOS / BIBLIOGRAFICAS: SAER, GANDOLFO, MARTINEZ

APARECE EN AGOSTO

¹ Las obras producidas en el exterior por David Viñas, Juan José Saer, Juan Carlos Martini, Osvaldo Soriano o Mario Szychman no tematizan sobre el exilio y abordan desde distintas escrituras conflictos y temas que se relacionan con su país de origen.

² Por ejemplo, en torno al concepto de cultura nacional.

³ María Teresa Gramuglio en "Temas y variaciones en la narrativa de Daniel Moyano" (*Punto de Vista* Nº 15, agosto-octubre de 1982) observa cómo los cambios en los temas, en los personajes y en el registro poético de Moyano a partir de *El vuelo del tigre* pueden ser leídos como "un índice de que la historia reciente del país se ha encargado de ponerle a mano nuevos demonios a exorcisar". Y cómo en este aspecto Moyano estaría planteándose en el texto "cómo contar, precisamente, esa historia".

MINIMA

David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, México, Siglo XXI, 1983, 326 pág.

El proyecto de la revista *Contorno* (1953-59) incluía la relectura de la literatura argentina, considerando a la serie histórica no como un simple encuadre de referencia, sino como espacio productor de materiales e ideologías estéticas y sociales. En ese marco podría inscribirse *Indios, ejército y frontera*. Toma un objeto del discurso histórico oficial: la conquista del desierto y lo deconstruye.

La univocidad, característica del emisor (la oligarquía que da su versión de la historia) define el acceso a su discurso ideológico. Es necesario interrogar ese discurso y, con esa perspectiva crítica, Viñas activa los "espacios en blanco" del corpus de la literatura de frontera. Para

Vinas, ese sujeto emisor único, la oligarquía, perfecciona con la conquista del desierto el proyecto romántico de construcción del estado. Se homogeneiza la clase frente a un enemigo común: el indio, y se resuelven las contradicciones ideológicas en la coyuntural hegemonía positivista.

La clase tiene sujetos privilegiados para su versión de los hechos. Roca, en el plano militar, reúne las notas del momento: soldado civilizador que cierra las guerras contra todo lo que es extraño al proyecto del 80 y con "sobriedad y eficacia" inserta al país en otra homogeneización contemporánea: el capitalismo.

Serán necesarias la crisis del 90 y el cambio de los términos de la dicotomía sarmientina (ahora nacionalidad/inmigración), la crítica al reparto de tierras anexadas y la aparición de intelectuales del recién fundado Partido Socia-

lista, para acceder a una visión —mero desplazamiento en muchos casos— distinta de la versión oligárquica.

Al deconstruir esta versión sobre el exterminio de los indios, Viñas (completando el programa de *Contorno*) aborda los discursos histórico-literarios (oficiales u oficializados) reformando la antología en el plano de la literatura y apartándose del sectarismo en la crítica histórica: ni historia oficial liberal de vencedores ni un revisionismo que funcione como su negativo fotográfico.

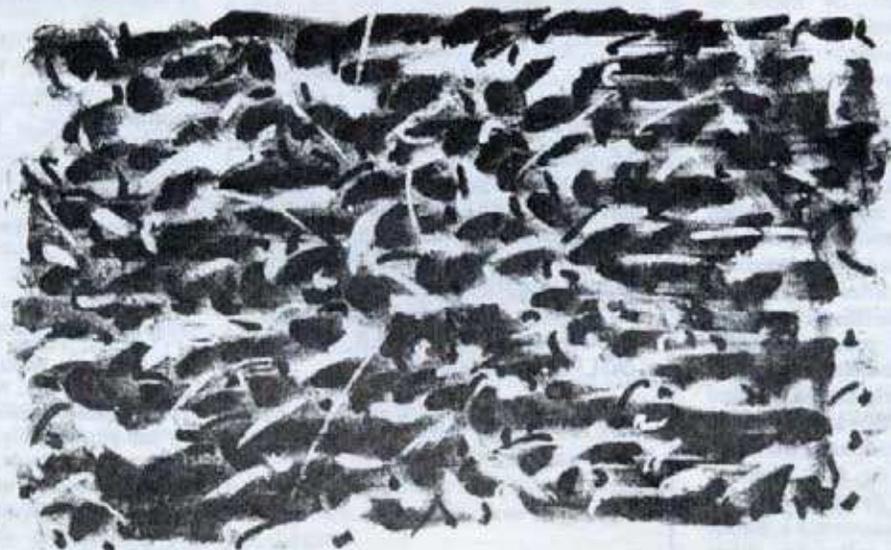
En el análisis de un discurso que resiste, como la clase que lo omite, los "fermentos modificadores" del yrigoyenismo y del peronismo, encontramos la tesis central del trabajo: la correspondencia entre las situaciones históricas en las que la clase tuvo que decidir la asimilación o la eliminación de los "suplementos" que no entraban en su proyecto político.

Al preguntarse Viñas "¿fueron los indios los desaparecidos de 1879?" se remite a un rasgo del funcionamiento de la oligarquía argentina desde aquel 1879 hasta

el actual proceso político: la necesidad de adaptación violenta (que puede entenderse como eliminación violenta) de esos "suplementos" que hubieran podido agrietar su poder.

En esa homología de situaciones históricas, también las estructuras de los discursos guardan cierto contacto. En ambos extremos cronológicos, determinadas formas son privilegiadas: antes y hoy, el discurso oficial habla de *guerra sucia*, elude la nominación de los caídos y espectaculariza *informes, documentos finales*, inscribiendo justificaciones en la pertenencia a genealogías —ayer raciales, hoy ideológicas. Estas son marcas del discurso del poder en la sociedad argentina: autoritario, positivo y pragmático (en lugar de autorizado, válido y objetivo). Una suerte de "historicismo brutal" (seductor de algún progresismo) que legitima "lo que se impuso". Pero aunque la clase dé "su versión de los hechos", el análisis riguroso de Viñas nos muestra la subversión de la historia.

Carlos Mangone



LIBROS RECIBIDOS

CIENCIAS SOCIALES E HISTORIA

Pierre Bourdieu, *Campo intelectual, campo del poder*, Buenos Aires, Folios, 1983.

El volumen reúne dos textos del sociólogo de la cultura francés: en el primero se explicitan ordenadamente sus tesis sobre constitución de los intelectuales, ideología y hábitos que los caracteriza como miembros del campo intelectual; en el segundo, "La ontología política de Heidegger", Bourdieu propone una lectura en *sociologie* del filósofo alemán, lectura que resulta en una perspicaz crítica filosófica.

Julio Godio, *Sindicalismo y política en América Latina*, Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, 1983.

El objeto central del texto es la localización del campo específico en el cual se materializa la relación entre sindicalismo y política (en tanto práctica socio-política de los sindicatos) y la relación entre sindicatos y partidos políticos (en tanto nexos entre instituciones de naturaleza diferente). El libro integra seis partes: "Socialistas, campesinos y ciudadanos", "Nacionalismo y socialismo", "Estado, populismo y movimiento obrero", "Crisis política y movimiento obrero" y "El movimiento sindical latinoamericano".

Julio Godio, *Diálogo sindical Norte-Sur, Bases para la cooperación*, Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,

1983.

Se trata de una selección de textos, prologada por Godio, sobre dos cuestiones centrales: la cooperación del sindicalismo latinoamericano para el control de las empresas multinacionales y la posibilidad de establecer modalidades de contratación colectiva internacional.

Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Folios, 1983.

Ideología, instituciones, figuras sociales son interrogadas en este ensayo histórico donde la psiquiatría argentina es considerada en el marco de sus funciones sociales (disciplina de la fuerza de trabajo, imposición de criterios de normalidad, etc.) y de su producción de representaciones.

CRITICA LITERARIA

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

El volumen se propone pensar la literatura como práctica social específica, inscrita por sus mecanismos discursivos e institucionales en los procesos históricos, e interrogar a los textos respecto de las condiciones de producción y lectura que están inscriptas en ellos; se discuten así los materiales ideológicos que confluyen a la literatura, las categorías de Autor y Lector, nociones descriptivas como las de campo intelectual y hábitos cultural. El volumen incluye, como apéndice un ensayo de Angel Rama sobre Martí y otro de Antonio Candido.

Juan Gustavo Cobo Borda, *La otra literatura latinoamericana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, El Ancora Editores, 1982.

Estos ensayos del director de la revista *Eco* proponen una lectura expansiva y casi periodísticamente desprejuiciada de Octavio Paz, García Márquez, Victoria Ocampo, Vargas Llosa, Alvaro Mutis, José Bianco, Enrique Molina, Donoso, Sánchez Peláez y Gabriel Zaid entre otros, sin renunciar a las culturas populares del bolero o a la crítica de las costumbres culturales.

Suzi Frankl Sperber, *Guimarões Rosa: Signo e sentimento*, San Pablo, Editora Ática, 1982.

La comparación entre las versiones editadas y los manuscritos originales le permite a Frankl Sperber encarar la cuestión de la intertextualidad en la obra de Guimarães: por otra parte, desde la perspectiva de la *Textkritik* y las teorías de la recepción, se interroga sobre los problemas de lectura y las formas de ésta en relación con la constitución del sentido.

Tamara Kamenszain, *El texto silencioso; tradición y vanguardia en la poesía sudamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

Escritos como ensayos que son a la vez, y muy conscientemente, largos poemas en prosa, los textos de este libro hablan de Gironde, Macedonio, Juan L. Ortiz, fundadores de una tradición de la vanguardia, en la cual no parece arbitrario afirmar que estos mismos textos han sido elaborados.

Nora Mazziotti, estudio preliminar y notas a: Alberto Vacarezza, *El conventillo de la Paloma y San Antonio de los Cobres*, Buenos Aires, Kapelusz, 1983.

En su estudio preliminar, Mazziotti no sólo proporciona una visión documentada del teatro argentino desde 1880 hasta Vacarezza, sino que avanza la tesis sobre el carácter festivo del teatro como práctica cultural de los sectores medios y populares y la función de la obra de Vacarezza en la serie del género chico rioplatense.

NARRATIVA

Joaquín-Armando Chacón, *Las amarras terrestres* (novela), Hanover, Ediciones del Norte, 1982.

Esta es la segunda novela del mexicano Chacón (1944), historia de un pescador visionario que recibe las visitas de un ángel, trabajada con una escritura transparente que logra cruzar la dimensión mítica y la de la representación realista.

R. Fontanarrosa, *El mundo ha vivido equivocado y otros cuentos*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

Trabajando con el discurso del periodismo, los clisés de los medios masivos, las denominaciones de personajes literarios, de actores o de intelectuales, Fontanarrosa produce historias donde el humor subraya la trivialidad, el absurdo, los lugares comunes de la moral y de los mitos.

José Bento Monteiro Lobato, *El burlón arrepentido y La colcha de retazos* (cuentos), serie Escritores del Brasil, Centro de Estudios Brasileños, Buenos Aires, 1983.

Elsa Osorio, *Ritos privados*, Buenos Aires, Losada, 1983.

El absurdo, la perversidad o la locura irrumpiendo en el mundo aparentemente liso de la vida cotidiana; cuentos ordenados, contruidos con una

simplicidad que hace más ostensible el esfuerzo que lo recorre para captar el misterio que habitaría más allá de su anécdota.

Carmen Valle, *Darios robados*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1982.

Los cuentos que integran el volumen, escritos todos en primera persona, adoptan la forma más externa del "diario íntimo"; su autora, poeta y crítica portorriqueña, ha encontrado en la temática femenina un centro explícito para estas ficciones simples y fácilmente atractivas por el efecto de reconocimiento psicológico y social que producen.

Ernesto Sábato, *Viaje a los mundos imaginarios*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

Sábato selecciona, junto con Anneliese von der Lippen, relatos que permitirían a los jóvenes lectores a quienes se les dedica el volumen traspasar "las puertas de lo imaginario". Los responsables de esta experiencia estética son Poe, Daudet, Stevenson, Quiroga, Chéjov, Oscar Wilde, Conan Doyle, Kafka, London y Conrad.

Guillermo Wasserzug, *La gran fiesta*, Buenos Aires, Editorial Rodolfo Alonso, 1983.

La violencia argentina de los años setenta es el marco histórico para esta novela, donde un adolescente vive sus años de aprendizaje, incluido en una trama que anuda persecuciones, secuestros, actividades de organizaciones internacionales, en el espacio de Buenos Aires y su periferia.

POESIA

Rogelio Bazán, *Enterrando mis muertos*, Buenos Aires, Ediciones Último Reino, 1982; *Límites*, Buenos Ai-

res, Ediciones Taladriz, 1979.

"De los muchos que he visto y muchos que he olvidado / hay rostros ateridos por el viento de la muerte, / algunos signados por la espada, otros cautivados por el sueño / entre las ruinas de un jardín anochecido, / adonde ilegal por las tardes con sigilo / cuando las flores exhalan su silencio, y hay algo / que en mí presiento desterrado para siempre".

Rodolfo Alonso, selección y estudio preliminar de:

Campana, Saba, Ungaretti, Montale, Quasimodo: *Cantos órficos y otros cantos*, Biblioteca Básica Universal 233; Pessoa, Sá-Carneiro y otros: *Lluvia oblicua y otros poemas*, Biblioteca Básica Universal 245; Eluard, Artaud, Prévert: *La victoria de Guernica y otros poemas*, Biblioteca Básica Universal 247; Pavese, Pasolini y otros: *Los mares del Sur y otros poemas*, Biblioteca Básica Universal 234, Buenos Aires Centro Editor de América Latina.

Lía Berisso, *Señoras y señores*, Buenos Aires, Ediciones de Poesía La Lámpara Errante, 1983.

"La patria quizás no, demasiado importante / sólo el lugar aquel, pequeño / donde aprendiste a amar por vez primera. / Un atardecer en el mar / los bancos oscuros de la facultad / O bien quizás la patria es eso / la avenida de las palmeras / en aquella tarde."

Juan Carlos Boveri, *Ecas de otro*, Buenos Aires, Ediciones Actividades Creativas, 1983.

Carlos Federico Esteban, *Tiempo de Poesía I*, Buenos Aires, Botella al Mar, 1983.

Alicia Genovese, *El mundo encima*, Buenos Aires, Editorial Rayuela, 1982.

la isla de Delos
está lejos
en la biblioteca
las hendiduras silban
libros que estornudan
luz que
va bajando
sobre apuntes malimpresos
ojos leves
una persiana cae
es tarde
nadie pasa
nada insiste
excepto la isla
que no conozco.

Pablo Marcelo Ingberg, *Canto de ceniza*, Buenos Aires, Ediciones La Lámpara errante, 1983.

Héctor Piccoli, *Si no a enhestar el oro caído*, prólogo de Nicolás Rosa, Rosario, La Cachimba, 1983.

El alba de la jarra, alrededor
de una arbitrariedad
sanguínea:
lo cóncavo se imbrica allí,
o almena su mismo
ejercicio cenital, de simular
un alma.
La volatinería gradúa también
así lo intersticial,
una palabra, la ensoñación del
reciario.
Vuelve la figura entonces al
recuerdo,
a gravar el aire enrarecido y
cofrade,
a grabar la aleda sonora y
sutilísima
de la tarde increada.
Y alucina sus visos, se
encuaderna
en inútil prevención del
ardimiento,
del desorden que demora
la madera del sicómoro:
el tríptico, donde un mismo
pétalo lentamente se calcina...

Enrique Puccia, *Tópicos*, Madrid, Puerta del Sol, 1983.
Saudades

Buena parte del tiempo transcurre en la memoria entre un murmullo de hojas y la delgada sombra de sus párpados (me creerás si te digo que de otros silencios empiezo a recordarte).

REVISTAS

Actualidades, número 6, 1980-82, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas.

Aguas vivas (variaciones), número 1, marzo-abril 1983, Buenos Aires.

Cine Boletín, número 16, mayo 1983, Buenos Aires.

Contexto, número 24, marzo-abril 1983, Buenos Aires.

Cuadernos médico sociales, número 23, marzo 1983, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, Asociación Médica de Rosario.

Feuillets, número 5, mayo 1983, publicación del Groupe de Littérature, Linguistique et Philologie, Friburgo.

Kosmos, periodismo alternativo, número 14, Buenos Aires.

Letras, número 86-87, órgano del Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad de San Marcos, Lima.

El molino de pimienta, cabaret literario, 1983, Berazategui (provincia de Buenos Aires).

Nueva Sociedad, número 64 (Nuevas formas de hacer política) y número 65 (Desafíos y respuestas ante la crisis), Caracas.

El papagayo de cristal, revista de arte y literatura, número 9, 1982, Bogotá.

Talita, revista cultural, número 4, La Plata.

Derecho de réplica

Bs. As., 15 de mayo de 1983

Querido Altamirano:

no lo digo por pedantería sino porque es cierto: no acostumbro a responder críticas, sean "a favor", "en contra" o algo entre ambas puntas. Pero con Uds. —y digo, claro, "ustedes", porque los visualizo así, digamos: la gente de "Punto de Vista"— es diferente: leo la revista, los respeto y me interesan.

Cuando Jorge Lafforgue me avisó: "están preparando una crítica de 'Filosofía y Nación' en 'Punto de Vista'", le contesté: "Ah, qué bien. Esa gente me aprecia". Lafforgue, con risita, dijo: "no estés tan seguro. Con las novelas, puede ser. Pero con 'Filosofía y Nación' es otra cosa". Tenía razón: fue otra cosa.

Entonces, empiezo: "Filosofía y Nación" no pertenece, en absoluto, al "revisiónismo histórico nacionalista". No tengo nada que ver con Font Ezcurra ni con Ernesto Palacio ni con Julio Irazusta. Estos son revisionistas históricos nacionalistas. Hoy, por ejemplo, revisionistas como José María Rosa y Fermín Chávez, no son revisionistas, o, al menos, sería anacrónico definirlos como revisionistas. Son peronistas. Sería largo detallarlo pero el "revisiónismo histórico" tiene un contexto bastante claro y también un desarrollo. Después del peronismo, las cosas, en este campo, se com-

plejizan bastante como para que reflexionemos más seriamente sobre lo que hoy podemos llamar "revisiónismo histórico".

Lo importante, de todos modos, es esto: "Filosofía y Nación" enfrenta lo histórico como resultado de una postura filosófica. Porque lo confieso: *no entiendo la filosofía sino como la reflexión sobre lo histórico*. Me diferencio en esto —y estoy orgulloso de que así sea— de los fascistoides energúmenos de la filosofía —"pensadores" del "Proceso"— que llamaron "ideología" a la meditación sobre lo histórico e hicieron terrorismo intelectual uniendo indisolublemente esta modalidad de pensamiento a Hegel y Marx. Pensar filosóficamente la historia no lo condena a uno a ser hegeliano, aun cuando haya sido Hegel quien mejor realizó esta empresa.

Creo que es injusto que simplifique mis planteos. Sé, desde luego, que no es "nuevo" el tema de la dependencia cultural. Pero ocurre que mi libro no es una charla más sobre la bendita dependencia, sino que es un análisis *concreto*, elaborado a partir del minucioso análisis de ciertos textos fundamentales, sobre este tema. Hasta donde yo sé, nadie ha trabajado —no hablo de grupos de estudio, sino de libros publicados— los trabajos filosóficos de Alberdi que figuran en los *Escritos Póstumos*. Los estudios sobre el "Fragmento" de Alberdi, por ejemplo, y el "Facundo" de Sarmiento no pueden ser definidos como "simplistas". Tampoco creo adecuado afirmar que rescato a Sarmiento y Hernández como "escritores". Digo que son "grandes escritores argentinos y americanos" y esto es decir mucho más. Ser un gran escritor no es "escribir bien", es, en esencia, comprender y expresar el drama nacional. Sarmiento y Hernández lo hicieron. Cuan-

do los rescato como escritores, los rescato en totalidad. ¿Cómo me atrevería a incluirlos en la línea grande de la literatura argentina si no creyera en la complejidad y en la hondura de su temática, de su estructura expresiva, de su lenguaje?

Tenés razón: mi Moreno se relaciona con temas estrictamente actuales. Si es así, ¿por qué no insististe un poco sobre el tema? Si es así, ¿no te parece que es erróneo calificar de simple mi visión de la historia? ¿Cómo puede ser simple si la ha interpretado hasta el extremo de entrelazarla indisoluble y problemáticamente con nuestra actualidad?

Tenés razón: mi concepto de "superación" es hegeliano. Lo reconozco: por el momento no tengo nada mejor. Estoy en eso. Algunos alumnos, algunos amigos me dicen: "Filosofía y Nación" es un punto de partida". De acuerdo. Otros dicen: "plantea más problemas de los que resuelve". De acuerdo. Yo digo: "Filosofía y Nación" es un ensayo". Alberdi —de su "Fragmento"— decía: "esto es un ensayo, no un testamento". De acuerdo también.

Atención ahora: cuando digo que es característica del pensamiento dependiente poder ser definido a partir de sus fuentes, estoy hablando de una de las características del pensamiento *reflejo*, pero *no es* lo que hago yo. Es injusto atribuirme a mí justamente la simplificación que estoy denunciando. ¿O acaso mi estudio sobre el "Fragmento" de Alberdi ha consistido en reducirlo a sus fuentes? De ningún modo. Ni tampoco lo hice con "Facundo".

Más que señalar lo que —según vos— es una lectura "clasista" del "Martín Fierro" o marcar la deuda que mantengo con la página y media que alguna vez escribió

Milcíades Peña sobre el tema, hubiera sido interesante que te detuvieras, justamente, en las objeciones que hago a las interpretaciones clasistas —"Felipe Varela y la lógica de los hechos"— de nuestra historia, a su mecanismo y a su identificación final con el esquema interpretativo sarmientino.

Por último, un par de consideraciones de tipo político. Me cuesta aceptar o entender, Altamirano, que yo, por ejemplo, haya leído con total acuerdo una nota tuya (editorial de la revista, creo) sobre las Malvinas y vos te muestres tan apartado de mi libro. O alguno de los dos no entendió algo o nos estamos polarizando —y claro está: debilitando— absurdamente. Cito el editorial que Uds. publican en el mismo número en que vos —casi— me ubicás en la vereda de enfrente: "Las alternativas políticas que se avecinan traerán la discusión y la controversia (...), ellas son necesarias y sólo una visión beata de la democracia puede temerlas. Sin embargo, sería olvidar la experiencia de esta década (porque en nuestra memoria debe estar presente toda la década), si cada posición intelectual se convierte en una máquina de guerra intolerante, dispuesta a que suenen nada más que sus argumentos y a demonizar toda diferencia. El terrorismo ideológico no tiene causas buenas y suele preceder o acompañar al otro terrorismo, cuya perversa dialéctica hemos conocido".

Comparto *absolutamente* la actitud intelectual y política de este texto. Descartaría, entonces, que a partir de la misma releerías o al menos repensaras "Filosofía y Nación".

Un afectuoso saludo para vos, para Beatriz Sarlo y para la gente que hace "Punto de Vista".

José Pablo Feinmann



Ricardo Roux '81

SUMARIO

- | | | | |
|---|----|---|----|
| Materiales de discusión: cultura nacional y cultura popular | 2 | | |
| La perseverancia de un debate, <i>por Beatriz Sarlo</i> | 3 | El fantasma de Althusser, <i>por L.A. Quevedo</i> , sobre "Ideología y discurso populista" de E. de Ipola | 50 |
| Algunas notas sobre nuestra cultura, <i>por Carlos Altamirano</i> | 6 | Cuando la historia se construye, <i>por H. Torres-Varela</i> , sobre "Crisis y orden en el mundo faudoburgués" de J.L. Romero | 52 |
| La cultura de los sectores populares, <i>por PEHESA</i> | 11 | Las formas de la diáspora, <i>por Carlos D. Martínez</i> , sobre "Libro de navíos y borrascas" de D. Moyano | 54 |
| Filosofía nacional: profesionalización y compromiso, <i>por Jorge E. Dotti</i> | 15 | Minima: David Viñas, "Indios, ejército y frontera" | 56 |
| Los males latinoamericanos y su clave, <i>por Carlos Real de Azúa</i> | 17 | Libros recibidos | 57 |
| Reportaje a Tulio Halperín Donghi | 29 | Derecho de réplica: carta de J.P. Feinmann | 59 |
| Literaturas: La cocina literaria de García Márquez, <i>por J.G. Cobo Borda</i> | 32 | | |
| Kafka: la escritura ardiente, <i>por G.M. Goloboff</i> | 37 | | |
| La vuelta a la narración, <i>por Nora Catelli</i> | 38 | | |
| Textos: El ausente, <i>por Antonio Marimón</i> | 41 | | |
| Poemas, <i>por Daniel Freidemberg</i> | 44 | | |
| Libros | | | |
| El modelo autoritario, <i>por D. García Delgado</i> , sobre "El estado burocrático autoritario", de Guillermo O'Donnell | 45 | | |
| Marx y América Latina: raíces de un desencuen- | | | |

Las ilustraciones, realizadas especialmente para este número, son del pintor Ricardo Roux.